

# UACM

Universidad Autónoma  
de la Ciudad de México

---

*Nada humano me es ajeno*

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**Preta (Novela)**

TRABAJO RECEPTACIONAL QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA

**Gamaliel Alejandro Flores García**

Directora del Trabajo receptacional

**Mtra. Karla Paola Montalvo de la Fuente**

Ciudad de México, abril de 2021

## SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

### RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

#### DERECHOS RESERVADOS ©

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

## **Resumen**

Entre 1994 y 1996, en otro Distrito Federal, las historias de dos gemelas (Mariana, aka “La Vicha”, y Miriam) y una familia (Felipe, Mónica y Raulito) se entrecruzan en una violenta trama que está bordada con las líneas del metro y sus espacios oscuros. La soledad, el egoísmo y las precarias vidas de los personajes de esta novela, son la perversa representación de una oscura y acechante presencia que condena a todo aquel que se atreve a entrar en contacto con su verdadera naturaleza. En los túneles del metro hay más que pasajeros o animales achicharrados en las vías; en las calles de la ciudad hay más que transeúntes y comercios; en las casas, los secretos son sólo los detalles más visibles de lo que realmente mora dentro.

## ÍNDICE

<b>1. Proyecto Creativo</b>	<b>2</b>
1.1 Título tentativo del libro	3
1.2 Antecedentes	4
1.3 Características del proyecto	11
<i>a) Temática</i>	11
<i>b) Recursos técnicos</i>	13
<i>c) Género y límites</i>	14
1.4 Descripción de las actividades	17
1.5 Objetivos	17
1.6 Extensión aproximada de la obra	18
1.7 Estructura e índice tentativos	19
1.8 Plan de trabajo	20
1.9 Obra consultada	21
<b>2. Preta (Novela)</b>	<b>23</b>
Prolegómeno	26
Primera Parte	32
I	33

II	38
III	51
IV	60
V	66
Segunda Parte	75
I	76
II	89
III	103
IV	113
V	120
Tercera Parte	132
I	133
II	139
III	149
IV	156
V	166
VI	175
Paralipómeno	184

## **Agradecimientos**

A Alejandro por su paciencia, apoyo y consejos infinitos

A Ana por su amor y firmeza, y esta clase de certeza

A Axa por su determinación, complicidad y esa fe que espero honrar

A Isabel por sus cuidados y dones constantes que nutren

A Tania por su luz y empuje matemático

A Susana por su dulzura y arrebató plástico

A Karla Montalvo por sus correcciones y su guía

A Tere Dey por sus oportunos jalones de orejas

A Adriana Jiménez por su generosa lectura

A Armando Alanís por su visión y presteza

A la UACM por enseñarme a escoger lo que amo

# **1. PROYECTO CREATIVO**

## 1.1 TÍTULO TENTATIVO DEL LIBRO

“PRETO. - Diz-se dos corpos que, absorvendo os raios luminosos, apresentam a côr mais escura.”

*Novo Dicionário da Língua Portuguesa*, Cândido de Figueiredo.

“PRETA. - En el marco de las mitologías budista, hinduista y jaina, un *preta* es un tipo de espíritu atormentado, el alma de un fallecido. [...] La palabra sánscrita *preta* deriva de *para-ita*, literalmente ‘alguien que se ha ido’.”

*Wikipedia*, <https://es.wikipedia.org/wiki/Preta>

La idea de nombrar a la novela de esta manera surge de la afección cutánea que presenta, a lo largo de la novela, uno de los personajes principales, Felipe. Después de esa primera selección, llegó la sonoridad del idioma portugués. La combinación de las consonantes atronadoras es ominosa desde su pronunciación. Finalmente, después de investigar más sobre la palabra, surgió la definición mitológica que habla de un espíritu atormentado y olvidado; reforzando el tono trágico de la historia.

## 1.2 ANTECEDENTES

La literatura puede tener muchas funciones, pero la más antigua y vigente es aquella que le permite exponer las otredades y, a la vez, cuestionar las estructuras de las instituciones. Lo menciona Víctor Antonio Bravo en su ensayo *La irrupción y el límite* (1988):

La primera razón del acontecimiento literario parece ser el cuestionamiento de lo 'real': la subordinación (...), la separación (...). [...] La producción de lo literario supone la puesta en escena de la alteridad; a través del intento de anulación o de profundización de esa complejidad que lo constituye (la alteridad) lo literario se subordina o se aparta de lo real para reflejarlo o interrogarlo (p. 8).

Habrá que considerar esta ontología de la literatura como la que encuentro más cercana y estimulante para el proyecto de novela que el lector tiene en sus manos. Avanzando en la idea anterior, Bravo (1988) llega a la conclusión de que la razón que constituye la narrativa fantástica es “la puesta en escena de la naturaleza misma de la ficción” (p. 7). Esa naturaleza que es un conflicto.

Fuera de cualquier tipología, la literatura es un encantamiento. Convoca las ausencias y los desconocimientos. Coloca sobre su infinito campo de posibilidades todas nuestras dudas, los desvaríos y las convicciones para hacer de ellos algo diferente, alterado. Aún hoy, entre tantos contenidos e ideas, hay historias y personajes que nos hacen replantearnos las “realidades” en las que vivimos inmiscuidos. Y es justo en la literatura de terror donde encontré la alteridad que a mí me interesa.

La literatura de terror, desde sus orígenes, personificó la ruptura. Lo resume David Punter (1996) de la siguiente manera:

lo *Gótico* se volvió relativo a lo medieval —de hecho, aglutinó todo lo anterior a la mitad del siglo diecisiete [...] y si el *Gótico* contenía el barbarismo post romano, incluido el del mundo medieval, entonces se convertiría en un término que podía ser usado como lo opuesto a lo Clásico. Allí donde lo Clásico se mostraba organizado, lo Gótico era caótico; donde aquél era simple y puro; éste, lleno de adornos y complejo; y donde aquél ofrecía ejemplos de modelos culturales a seguir, lo Gótico representaba el exceso y la exageración, los remanentes de lo salvaje e incivilizado<sup>1</sup> (p. 5).

Pocas personas podrían negar la autoconsciencia de la que hace gala la literatura. Los antepasados lo sabían, aunque a ratos pretendieron olvidarlo. No es conveniente para una historia romántica ser consciente de sí misma. Uno termina recordando el horrible resumen que hace Jack Nicholson sobre el éxito de las novelas que su personaje escribe en la película *As Good as It Gets* (1997): “Pienso en un hombre. Y le quito la consciencia y la medida”. Pese a eso “la primera expresión de la alteridad (...) se encuentra en la <ironía romántica>, esa ambigua consciencia de que toda pasión es una representación” (Bravo, 1988, p. 277). Las limitantes de un género son intrínsecas a él. Al romperlas, se ensalzan. Al vedarlas, se materializan.

Si la literatura tiene límites es porque intenta frutos. Y las parcelas en las que crecen sus succulentos productos se llaman géneros. Para fines prácticos, salvaré la complejidad que implicaría

---

<sup>1</sup> “(Gothic) became descriptive of things medieval —in fact, of all things preceding about the middle of the seventeenth century [...] if (Gothic) meant to do with post-Roman barbarism and to do with the medieval world, it followed that it was a term which could be used in opposition to <<classical>>. Where the classical was weltordered, the Gothic was chaotic; where simple and pure, Gothic was ornate and convoluted, where the classics offered a set of cultural models to be followed, Gothic represented excess and exaggeration, the product of wild and uncivilised”. La traducción es mía.

tratar la cuestión de género al trocarla por la amigable solución que propone Omar Nieto en su *Teoría general de lo fantástico*, al decir que lo fantástico es un sistema, “un conjunto de elementos articulados entre sí que operan de una forma estable e identificable de cierta manifestación estética” (2015, p. 22). Y para dejar claro que aquello que otros teóricos habían intentado para definir el género fantástico era una disección por tópicos dice: “«El sistema de lo fantástico» no depende de manera directa de una tipología o clasificación temática sino de una estrategia textual” (2015, p. 42). Creo que la estrategia textual del Nieto es la alteridad de Bravo.

Regresemos al terror. Una de las mayores figuras antagónicas (para con la “realidad”) que la literatura de terror posee es lo sobrenatural. Eso que está justo encima de lo cotidiano, lo sorprendente e inesperado por nunca haber existido. Aquello que en el reino de lo fantástico puede ser un conejito vomitado, un caballo de inabarcables patas o un trozo de límpido hielo; en el reino del terror, debe ser un abyecto y revulsivo encuentro que destruya la representación del mundo, pues “lo sobrenatural presentado como un hecho provoca una sensación de miedo en la medida que afianza dudas irresolubles sobre la validez de la concepción pragmática de la realidad”. (Larson, 1977, p. 17).

La mayoría de los autores coinciden en que el precedente natural de la novela de terror es la novela gótica, que “nació” en 1765 con la publicación de *El castillo de Otranto* de Horace Walpole y “murió” en 1815 con la aparición de *Melmoth, el errabundo* de Charles Maturin. Posteriormente vendría una época de rompimientos que sería iniciada por los cuentos de terror de Arthur Machen, los cuales modifican las locaciones, los antagonistas y las fórmulas góticas; pero que conservan y expanden las estrategias textuales del terror: la irrupción, la confrontación y el ensombrecimiento.

Posteriormente, Edgar Allan Poe y, un poco después, Robert W, Chambers, en Estados Unidos, se encargarían de cambiar de nuevo la locación llevando la alteridad y la irrupción a las incipientes (y cada vez más monstruosas) urbes; inspirados por el decadentismo francés, inmersos en sus problemas y vicios, sentaron las bases para que llegara Lovecraft y su terror cósmico. El cariño que le tengo a Lovecraft va por encima de sus cuentos. Él fue mi maestro, leer su *Horror sobrenatural en la literatura*, me abrió la puerta a todo un universo de pesadillas y engendros que me permitió repensar y dudar del mío.

De Lovecraft a la actualidad (en la tradición anglosajona) los cambios han sido cada vez más específicos y más elitistas (por describirlos de alguna manera). Las subespecializaciones, los subgéneros (que para el mercado norteamericano son vitales) y el academicismo, han convertido el terror en un modo de vida, para algunos. Baste quizá para los fines de este proyecto mencionar a mis dos principales referentes.

El primero es Stephen King. Que resultó ser ese amor enfermo que uno tiene al menos una vez en la vida y al que uno perdona todo porque su motor es la pasión y la ignorancia. Y no quiero decir con eso que el “Rey del Terror” no sea un buen escritor. No. Pero si uno regresa en la historia del terror y en sus autoras y autores, se da cuenta de que hubo mucho y bueno, quizás mejor. Sin embargo, si no hubiera sido por Stephen King quizás yo no estaría tratando de escribir esta novela. Como lector, Stephen King es imperdible. Tiene esa pasión — que es más contagiosa que la gripa— por otros autores, y no sólo de literatura fantástica o de terror, la cual permite acercarte y seguir buscando, te vuelve su cómplice.

Quiero puntualizar un par de estrategias que él usa y que de manera consciente e inconsciente permearon en la planeación de esta novela:

- El uso de comerciales televisivos o radiofónicos y referencias musicales que interrumpen y se entremezclan con la narración.
- La recurrencia de epígrafes al inicio de cada capítulo.

El segundo referente anglosajón es un académico llamado Noël Carroll que nos recetó un ensayo bastante convincente sobre la ontología del terror y las atracciones sentimentales. A manera de resumen, rescato tres de sus definiciones, en las cuales encuentro un sustento para este proyecto. Primero, la que trata de darle una explicación a la paradoja que habita en el placer por buscar asustarnos: “Al aceptar una pequeña dosis de terror aspiramos a mejorar el autocontrol sobre nuestras desordenadas emociones, emociones que de hecho nosotros mismos encontramos atemorizantes” (1990, p. 8).

Segunda y tercera. Su definición del monstruo y lo que significa ese Ser que puede ser en la literatura de terror. “El monstruo en la ficción de terror es, pues, no sólo letal sino —y ese es su significado más destacable— también repugnante”. (1990, p. 42). En esa definición podemos ver que para este autor (y para mí, el día de hoy) la característica más valiosa del monstruo es su capacidad de abyección. Es algo que nos desagrade tanto que nos imposibilita cualquier otra acción que no sea mirarlo con asombro, fascinados de que su existencia cuestione la nuestra. En ese sentido: “los monstruos son en cierto sentido desafíos a los fundamentos del modo de pensar una cultura” (1990, p. 62). Y regresamos a la capacidad anti-institucional de la literatura.

Antes de arribar a costas nacionales quiero aclarar que, a lo largo del proyecto y citando a otros autores, aparecerán las palabras “terror” y “horror”, frente a “miedo” y “suspenso”. Al

respecto se ha escrito mucho. Desde las definiciones de Freud<sup>2</sup>, hasta el resumen que Norma Lazo (2004) hace para los hispanohablantes:

El horror es definido como un movimiento interno, es asombroso, y está más ligado al suspenso, y el terror, en cambio, es básicamente miedo, espanto de forma más elemental. [...] El horror es un proceso mental. El terror es el sobresalto producido por un hecho particular (p. 37)

Norma traduce “horror” tal cual lo define como lo definen los anglosajones. Mientras que otros autores hispanohablantes siguen refiriéndose a esa angustia mortal y acechante como “terror”.

El género en México tiene un gran precedente en las leyendas orales de la colonia, que fueron rescatadas por algunos pensadores liberales como Guillermo Prieto e Ignacio Ramírez. Los escritores Amado Nervo y Ramón López Velarde conocían los trabajos de los escritores románticos y las *Narraciones extraordinarias* de Poe; de esas inspiraciones surgieron cuentos y poemas oscuros y con un fuerte componente fantástico. Aunque quizás el ejemplo más claro de asimilación del Decadentismo y sus imágenes bizarras lo brinda Bernardo Couto Castillo. Contemporáneo suyo (que de hecho le sobrevivió), Alejandro Cuevas fue un poco más claro con sus pasiones al publicar en 1905 *Cuentos macabros*, una antología de aparecidos y monstruos que se ha extraviado en los oscuros rincones de esta ciudad. Basta nombrar al temprano Alfonso Reyes para sentir escalofríos, y aunque el peso del resto de su obra lo aleja un poco del tema terrorífico, “La cena” es un cuento que brilla por su actualidad, potencia e imágenes.

---

<sup>2</sup> Aquella que dice que el *terror* puede ser disipado con un manotazo, mientras que el *horror* es estar amedrentado frente a una causa imaginaria.

Y después están Amparo Dávila y Francisco Tario. Ella, sagaz forjadora de indeterminaciones y necia defensora de lo inexplicable. Él, bromista incansable y atormentado verbigrácil. Ambos hicieron para el género fantástico y de terror en México e Hispanoamérica mucho más de lo que pueda imaginarse aún y las semillas blandas de sus pulpas aún dan de sí. Quiero señalar particularmente la novela de Tario, *Aquí abajo*, (publicada originalmente en 1943) porque la lectura de la misma fue determinante para desarrollar el proyecto de esta novela. Las razones son las siguientes:

1) Por las imágenes oníricas y de angustia constante en las que los personajes se hallan de repente: “el infinito se hacía visible, como una inconmensurable y blanca llanura, en mitad de la cual, sentado sobre una piedra, yacía él desnudo y ridículo (2011, p. 19). Otro ejemplo:

Muy cerca, tanto así que apenas la distinguía, una mano sin uñas le acariciaba la frente. Y aquella mano tibia, pero no humana, no era la de su mujer, ni la de nadie que recordara, sino la de Alguien muy por encima de él —suspenso— que lo había arrojado al mundo por entre un torbellino de sangre donde no era posible nadar y sí manotear desesperadamente, lanzando de vez en cuando algún grito (2011, p. 84).

2) Por la trama que es la de un hombre que, egoísta, se enfrenta a una angustia inmensa al mismo tiempo que su esposa experimenta una, solitaria. Por la ciudad de México y sus calles eternas y prevalentes.

El último texto al que voy a referirme en estos antecedentes es de 1979. *Anónimo*, de Ignacio Solares, es una novela que sin bien no es tipológicamente de terror, lo es por las estrategias

textuales. De nuevo: la irrupción, la confrontación y el ensombrecimiento. En las características de proyecto, discutiré más estas características. Por ahora quedémonos con la historia de alguien que despierta siendo otro; con las letras en *itálicas* que “narran” a otro que está buscando lo que le robaron y con el terror de saber que, después de despertar, uno puede dejar de ser sí mismo: “Era como si captara la médula de los hechos, de cualquier hecho, el aura de eternidad que los rodea, y no pudiera digerirla. Miraba con los ojos de la muerte y lo que me dolía era la vida” (Solares, 1987, p. 106).

Es cierto que hay autores que brillan por su ausencia en el repaso que doy. Pero enumerarlos sólo porque existen tampoco sería justo. Basten las anteriores páginas para dejar en claro que la alteridad que busco en el proyecto es aquella que está ligada al cuestionamiento de la realidad y a las imágenes y recursos que yo encuentro más poderosos para formular y conjurar las energías del terror.

### **1.3 CARACTERÍSTICAS DEL PROYECTO**

#### *a) Temática*

“La puesta en escena de lo fantástico logra una de sus expresiones más extremas: el terror, la presencia del mal como una extraterritorialidad que irrumpe el ámbito del yo para apoderarse de su existencia” (Bravo, 1988, p. 83). Siguiendo este precepto, la temática principal de la novela es la irrupción del mal en la vida de una familia, manifiesta a través de las manos de uno de los integrantes de ella. Sin embargo, a la vez creo que, si hay algo peor que la visión repulsiva del monstruo, eso es nuestra incapacidad de notarlo.

“La violencia de un modo u otro, aparece como consustancial con la literatura de miedo y terror. Es la amenaza implícita o explícita” (Martínez, 2004, p. 17). En una realidad amenazante y llena de violencia, el horror reside en lo invisible u olvidado. La temática secundaria sería esa otra maldad insondable e irracional. Las líneas del metro unen más que estaciones y lugares, son puentes a otros tiempos y a otras realidades. Son las venas de una ciudad monstruosa. Por ellas corre una masa sin rostro que es toda la gente de la ciudad y nadie a la vez. Y su ritmo es la ignorancia.

“El género de <<terror familiar>> recuerda las extrañas formas y transformaciones en las que cae la familia de clase media contemporánea: su tema es la ruptura del átomo de la familia nuclear” (Carroll, 1990, p. 338). Aunque los protagonistas de esta novela no están cerca de ser clase media, el tema aplica para el modo en que la “estructura base” de la sociedad se cimbra por la irrupción del mal.

Las motivaciones de los personajes serán impuestas por el deseo. Tanto el deseo colectivo y amorfo de los personajes externos y los deseos visibles y narrados de los protagonistas, bajo la siguiente definición del mismo:

La persistencia del deseo es la persistencia de la carencia y, por tanto, en el deseo, lo que se desea es el deseo mismo. [...] La insaciabilidad, a través del deseo que existe a pesar de la ausencia de objeto: el deseo sin límites, monstruoso y verdadero, el deseo del deseo, que existe por sí mismo, en la ausencia de la monstruosidad del deseo: su esencia irreductible (Bravo, 1988, p. 99).

## *b) Recursos técnicos*

La novela estará dividida en tres partes y cada una de ellas se dividirá en seis capítulos. Cada capítulo seguirá, en orden cronológico, los puntos de vista de los cuatro personajes principales. Sin embargo, esta cronología estará deliberadamente plagada de omisiones e imprecisiones, así como de elipsis que reforzarán la sensación de incompreensión en la que viven los personajes. Sólo saben lo que sienten y viven.

El primer narrador tendrá una focalización omnisciente con algunos saltos al interior del personaje que acompaña. El segundo narrador será un *a vec* completo que terminará pasando a primera persona a lo largo de la novela. Las narradoras tercera y cuarta, serán en segunda persona completa. (Véase Paredes, 2015) Para este último narrador habrá un capítulo de libre experimentación en el que las dos protagonistas se encontrarán y se separarán y este pasaje estará lleno de cambios de focalización y de persona gramatical enunciativa. La idea de este narrador hablando en dislocadas personas gramaticales es un homenaje a la novela *Tu nombre escrito en el agua* de Irene González Frei.

Así mismo, el texto tendrá como aspiración recurrir a la prosa poética. Lo anterior debido a que la también llamada novela lírica es la “narrativa no de los grandes acontecimientos sino de la simultaneidad de los hechos triviales que configuran lo cotidiano, transmutados en hechos trascendentes a través del espesor lírico” (Bravo, 1988, p. 198). Y la prosa poética estará sustentada en el uso de figuras retóricas pues “cuando la prosa se empieza a dibujar a través de elementos poéticos como la ambigüedad verbal, la ironía y la metáfora, se posibilita que la creación literaria avance hacia una apertura de las interpretaciones, que sería una de las características centrales de la poética de lo siniestro” (Mancilla Muñoz, 2017, p. 68).

Aquí es importante traer a colación la lectura que hace Martínez de Mingo (2004) al famoso texto de Todorov sobre la literatura fantástica, cuando dice: “T, Todorov ya advirtió la estrecha relación entre lo sobrenatural y las figuras retóricas: estas anuncian aquel a base de un discurso alusivo y analógico que se materializa en la aparición insólita” (p. 143).

### c) Género y límites

Me gustaría explorar mejor los tres elementos que a mi parecer conforman la literatura de terror: la irrupción, la confrontación y el ensombrecimiento. Ya habíamos hablado un poco sobre la confrontación y, como corolario, podríamos encontrar en las “cuatro negaciones” de Michael Foucault (2015), el *modus vivendi* actualizado de esta característica de la ficción, en general:

Cada nuevo acto literario [...] implica al menos, creo, cuatro negaciones, cuatro rechazos, cuatro intentos de asesinato: rechazar ante todo la literatura de los otros; segundo, negar a los otros el derecho de hacer literatura, impugnar que las obras de los otros sean literatura; tercero, negarse a sí mismo, impugnarse a sí mismo el derecho a hacer literatura, y cuarto y último, negarse a hacer o decir, en el uso del lenguaje literario, otra cosa que el asesinato sistemático, consumado, de la literatura (p. 138).

Foucault nos dice después que la literatura es una constante transgresión, pero que es ahí donde radica su sino actual. El rompimiento de las formas previas debe existir para perpetuar la tradición. Y aquí es donde el proyecto toma un ritmo complicado.

Ejemplificaré mi punto con las estrategias utilizadas por dos hermanos pintores, uno de ellos marido de Amparo Dávila. Justo este hermano es un pintor abstracto que dibuja, recurrentemente, figuras en alto grado coloridas y a la vez fantasmagóricas, pero que carecen o apenas representan sus referentes y significantes con respecto a la realidad. En cambio, el otro hermano es en altas dosis figurativo, en sus pinturas un cráneo es siempre un cráneo y su obsesión por la imitación perfecta se puede notar en los pliegues de piel y tela que tanto disfruta. Ambos hermanos tienen vocación por lo siniestro y lo sobrenatural, pero dentro de los lugares y límites que engloban lo que nos da miedo o nos aterriza, el hermano figurativo es el vencedor. Páginas arriba lo menciono: mientras más “real” sea el mundo narrado que será destruido y alterado por el monstruo, más efectivo será el efecto de terror de una obra.

Sin embargo, el otro hermano tiene mis simpatías y respeto porque su visión del mundo es aterradora y alterada en sí. Pierde en la respuesta del público, pero gana en expresividad e indeterminación. Cosas que yo considero más afines para mi prosa. Arturo Leyte (2017), en un ensayo bastante osado, pone en el centro de la cuestión del arte y el género, la indeterminación del terror y sostiene:

Que lo terrorífico no se identifique como tal de modo inmediato se debe quizá a que su significado se ha diluido entre otros, cuestionando de ese modo el sentido mismo del género, que presupone una determinación pero que la especificidad del género de terror no resulte nada natural y que incluso muchas veces haga frontera con el humor tal vez sea sólo una consecuencia de que *en realidad* ya no haya géneros de ningún tipo. La disolución de los géneros no dejaría de ser así un fenómeno paralelo a la indeterminación del propio significado de terror (p. 16).

Sus ideas en absoluto salen de la nada. Desde las últimas consideraciones que hace Noël Carroll allá en 1990<sup>3</sup>, hasta los estudios que acompañan la antología en la que aparece el ensayo de Leyte en el 2017, una corriente de filósofos y literarios han comparado al terror con el posmodernismo. Y quizá eso responda a que el oscurecimiento de ciertas prácticas culturales tiene una ritualización en la literatura de terror. El terror es moral porque son justo los temores que se han encumbrado como preceptos sociales, los que nos mantiene alejados de la violencia. Con la dicotomía de que las instituciones son las que violentan para controlar. Desde el Leviatán hasta el coronavirus, el Estado siempre ha sido el mal menor.

Por ello en la novela, la Secta del Metro no es la antagonista principal y aparece como una forma nebulosa en el horizonte de los personajes. Tampoco lo es la entidad primigenia que la Secta trata de invocar; también es una sombra, quizás es más poderosa porque es desconocida y ajena a lo humano, pero sombra al fin. El antagonista real es la indefinición de Felipe, su falta de capacidad y negligencia que eventualmente son más aterradoras y condenatorias para quienes le rodean. Teniendo esa claridad, las estrategias y límites rotos por el texto tiene una concordancia con el espíritu del protagonista, concordando con el precepto de Nieto (2015): “en el ámbito textual, los oscuros deseos, frustraciones, impulsos, terrores y temores ya no son transcritos como elementos extraños sino que están diluidos dentro del texto mismo, como alegoría del lugar que guardan dentro del ser humano” (p. 134).

---

<sup>3</sup> “El actual ciclo de terror y el postmodernismo se relacionan en la medida que ambos articulan un miedo acerca de categorías culturales; ambos miran al pasado, en muchos casos con una pronunciada nostalgia; ambos retratan la persona en los términos menos sagrados” (p. 342)

## **1.4 DESCRIPCIÓN DE LA ACTIVIDADES**

La creación de una novela de terror ambientada en el Distrito Federal entre 1994 y 1996. Para realizarla se llevará a cabo una investigación en periódicos, revistas y programas televisivos de la época. Así como la consulta de archivos del metro y entrevistas con los trabajadores del medio de transporte. La novela tendrá una extensión aproximada de cien a ciento veinte cuartillas.

Los primeros dos meses se recolectará información de la época, desde periódicos y revistas hasta la música y las películas. A partir de ese bagaje, (que se conservará y será parte del proyecto) al final del segundo mes, se comenzará a construir la atmósfera de la novela.

En los siguientes tres meses se escribirá la primera parte de la novela. Que sería el desarrollo de la misma. De los meses sexto al octavo, se escribirá la segunda parte de la novela, finalizando el desarrollo. Del mes nueve al mes once se escribirá la conclusión de la novela, concluyendo la tercera parte.

Por último, en el mes final se editará y corregirá la novela en su totalidad.

## **1.5 OBJETIVOS:**

1. El primer objetivo será la finalización de la novela *Preta*.
2. El segundo objetivo del autor será compartir su punto de vista y sus ideas con otros creadores y a partir de ello modificar su obra o sus ideas previas.
3. El tercer objetivo, y último, será la maduración del estilo narrativo del autor.

## **1.6 EXTENSIÓN APROXIMADA DE LA OBRA:**

Una novela de terror de ciento veinte cuartillas, tres partes de cuarenta cuartillas cada una.

## 1.7 ESTRUCTURA E ÍNDICES TENTATIVOS

Primera parte: “Señal de alarma. En caso de peligro jale la palanca”

Dividida en cuatro partes: I, II, III y IV

Segunda parte: “*I thought this what you wanted*”

Dividida en cuatro partes: V, VI, VII y VIII

Tercera parte: “Toda la redondez de la tierra es un sepulcro”

Dividido en cuatro partes: IX, X, XI y XII

## 1.8 PLAN DE TRABAJO:

MES	DESCRIPCIÓN DE ACTIVIDADES	METAS
1	<ul style="list-style-type: none"> <li>· Investigación bibliográfica (búsqueda de libros, revistas y periódicos de la época)</li> <li>· Entrevistas con los trabajadores del metro e investigación de campo</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>· Carpeta de evidencias con imágenes y notas de la investigación</li> <li>· Transcripción de las entrevistas</li> </ul>
2	<ul style="list-style-type: none"> <li>· Investigación audiovisual (búsqueda de música, películas y programas televisivos de la época)</li> <li>· Inicío de escritura de la novela por la atmósfera</li> </ul>	<ul style="list-style-type: none"> <li>· Carpeta de evidencias con notas y referencias</li> <li>· De cinco a diez cuartillas de ambientación</li> </ul>
3	· Escritura de la primera parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
4	· Escritura de la primera parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
5	· Escritura de la primera parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
6	· Escritura de la segunda parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
7	· Escritura de la segunda parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
8	· Escritura de la segunda parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
9	· Escritura de la tercera parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
10	· Escritura de la tercera parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
11	· Escritura de la tercera parte de la novela	· De diez a quince cuartillas
12	· Revisión de la novela en su totalidad con correcciones y ediciones	· De cien a ciento veinte cuartillas revisadas y corregidas, listas para su publicación

## 1.9 OBRA CONSULTADA

### *Teórica*

Bravo, V. A. (1988). *La irrupción y el límite. Hacia una reflexión de la narrativa fantástica y la naturaleza de la ficción*. México: UNAM.

Carroll, N. (1990). *Filosofía del terror o paradojas del corazón*. Madrid: Antonio Machado Libros.

Foucault, M. (2015). *La gran extranjera. Para pensar la literatura*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Larson, R. (1977). *Fantasy and imagination in the Mexican narrative*. Arizona: Arizona State University.

Lazo, N. (2004). *El horror en el cine y en la literatura*. México: Paidós.

Leyte, A. (2017). “Terror, arte y figura”, en V. Serrano Martínez y A. Castilla Cerezo (editores), *La filosofía, el terror y lo siniestro*. (pp.13-32). Madrid: Plaza y Valdés.

Mancilla Muñoz, M. (2017). Lo siniestro como motivo romántico. En V. Serrano Martínez y A. Castilla Cerezo. (Eds.), *La filosofía, el terror y lo siniestro*. (pp.51-72). Madrid: Plaza y Valdés.

Nieto, O. (2015). *Teoría general de lo fantástico. Del fantástico clásico al posmoderno*. México: UACM.

Paredes, A. (2015). *Las voces del relato*, Madrid: Cátedra.

Punter, D. (1996). *The literature of terror: a history of gothic fictions from 1765 to the present day*. New York: Longman.

***Narrativa directa***

King, S. (2011). *Todo oscuro sin estrellas*, México: Plaza & Janés.

Solares, I. (1986). *Anónimo*, México: SEP.

Tario, F. (2011). *Aquí abajo*. México: CONACULTA.

**PRETA**

*Para Santiago*

“A veces, con la cabeza, percibía la magnitud de la derrota popular, el frío mortal de la revolución congelada que se expresaba en esas multitudes cenicientas aplastándose en el metro como un gigantesco dragón serpenteante”

Miguel Bonasso, *La memoria en donde ardía*

## Prolegómeno

La primera noche que Ellos te recogen hace un frío simplón, desagraciado; un remedo de brisa sopla sobre Tlalpan, sin mucho ánimo. Las estrellas observan, indiferentes, la vida simple que cargas sobre dos tacones fucsias. Las intuyes orgullosas de que su brillo, contrario al de las flores que rematan tu calzado, permanecerá más tiempo. Aún después de muertas.

Las “ansias” que sientes recorriéndote las piernas (más insistentes que las manos de Don Chema, cliente asiduo), comenzaron medio año atrás; hoy, para calmar esa insistente marcha de insectos atravesando tus muslos hasta las pantorrillas y de regreso, debes turnar el peso del cuerpo entre una y otra, aunque preferirías sentarte.

La noche está guanga: cuando termina el año los solteros son más pobres o les salen más compromisos familiares y los maridos creen que aman más a sus esposas. La gente hace un pacto tácito para sentirse bien, para soportar con mejor talante lo patético que ha sido el año furibundo, lo patético que será el siguiente. Prendes un cigarro y el humo se lleva tus pensamientos.

Sientes que la chingada te está cargando, que se decidió a regalarte un año completo de ojetadas. Sientes que Estre no se merece Sullivan, mejor te hubieran dado el chance a ti por los años de experiencia y los clientes que has forjado. Tu consuelo: Circunvalación o el Azteca, la idea de poder estar echada sobre los huevos de algún don cachetes, riéndote de chistes apresurados saliendo de entumidos labios, te sosiega.

Claro que Valavala te había apoyado, no cualquiera consigue una esquina tan concurrida; pero recuerdas que la alcahueta siempre les tira paro a las tiernas, sin importar el bagaje. Escupes el humo con rabia y una gota de saliva preñada con una ceniza se desploma sobre el pétalo brillante

de la flor de tu tacón izquierdo. Mientras más niñas se vean, mejor; pinches escuinclas furcias, pinche Valavala desleal, no sabes quién es más pinche.

Total, qué tanto cuesta resignarse. Peor sería estar muerta de hambre, piensas al aventar la colilla del cigarro con un movimiento breve de las puntas de fantasía que decoran tus manos; peor es chile y el agua lejos, guardas el dicho en un gargajo y lo siembras en la hendidura que separa al amarillo de la orilla del gris de la banqueta. Te detienes a mirar tus pies y te sientes mejor. Tus dedos coquetos con las uñas pintadas de morado son tu trofeo; la piel de tu planta es suave y falta de callos.

Tus clientes buscan cualquier parte del cuerpo que no les remita a la muerte. Si te apesta la boca, te encajan el pene hasta las encías, en vez de darte un beso. Si los gallos decidieron bailar un torpe y avícola jarabe sobre tus mejillas, los sabios clientes te voltean, escapando de esas huellas. Si las nalgas se te están cayendo o, entre sombras, sus sensibles dedos distinguen tu celulitis, los filósofos del amor te piden que mejor se las aprietes con las manos. Si traes mucha bisutería o te sienten las manos rugosas, te pedirán que uses los muslos y si se llegan a cansar de tan acrobáticos amores, implementarán tus pies. Quizá de tanto semen se están poniendo aún más bellos. Patrañas. Igual se puede encontrar alguna otra parte del cuerpo qué mantener fuera de los embates del tiempo.

Definitivamente podrías llegar a conformarte con abrazar a los impotentes, que son siempre los más cariñosos. Si no siguieras viendo tus pies, probablemente notarías que hay algo raro en el Datsun rojo que se detiene frente a ti. Las palabras de cortesía siempre vienen antes de la tarifa. Levantas los ojos, presientes que las esquinas, la anterior y la siguiente, están vacías. Dos pares de ojos te miran desde los asientos traseros del coche. Del conductor una mano se extiende, abre la puerta que tienes enfrente y te invita a sentarte en el asiento vacío. Los muñí con la mente, piensas. Un trío de raros, piensas. Raros como tu palabra en desuso. “Muñir”. No es lo peor que te ha

pasado, Vicha. Te das ánimo y abres la boca defendiendo de alguna manera lo indefendible, tratas de aclarar (condición que suena a súplica) que, si todos van a usarte, el precio se triplica. El conductor sonrío y asiente. No es como los típicos clientes taciturnos y llenos de pelos que te han frecuentado últimamente. Tampoco parece juda ni tira, menos podrías decir si es un burócrata o un maestro. Te da la impresión de que podría ser alguno de tus vecinos.

Vives en la Atenor Salas desde hace siete años. La mudanza fue todo un éxito después de cuatro años de estar rodando de un cuartito de vecindad en Mixcalco a un departamento sucio de la Azcapo y de ahí a la casa de tu tía en Neza; al fin encuentras cierta paz en la planta baja de una casa que te renta uno de tus antiguos clientes, Ernesto. Su único hijo varón, soltero de treinta y tantos, vive arriba y el excliente te ofrece pagar sólo la mitad de la renta que está pidiendo, si alivianas a su vástago los fines de semana. Le aclaraste, con una firmeza que a bordo del Datsun piensas inexistente, que sólo los domingos. Ernesto aceptó. No le quedaba de otra. Cuando te lo encontraste en la calle, del brazo de su mujer, lo tuviste más de los huevos que nunca en dos años de servicios constantes (tres veces a la semana). Su esposa, Dafne (bendita entre las mujeres), te ofreció rentar el departamento aún antes de que contestaras el tembloroso saludo de su marido. Aceptaste encantada.

Crees haber visto la frente llena de lunares claros del conductor pegada al cristal de una puerta del metro a punto de abrir, en Centro Médico o en Viaducto, tal vez en ambas. Te parece que alguna vez sus manos peludas se desplazaron entre tus nalgas en la micro, antes de que te bajaras. Estás casi segura de que una vez lo viste en el Parque del Seguro Social con un niño de tres años sobre los hombros. Qué buen partido el de ese domingo. Ibas del brazo de Netito, hablando de sus hermanas y de la tuya. Vivir con mujeres no es muy divertido, se sinceró el vástago. Alguien tosió una carcajada y al girar la vista, buscando una mirada cómplice con la cual reírte del

inocente comentario de tu acompañante, lo viste, atenazando los tobillos de su hijo con esas manos peludas que ahora rodean el volante descarapelado del Datsun.

Una vez arriba del auto no te atreves a ver detrás tuyo. Sientes los dos pares de ojos anhelantes del asiento trasero. Los pensamientos que hilvanan se cruzan con el caminito de hormigas que poco a poco abandona tus piernas y se apresta a instalarse detrás de tu ombligo. Algo huele mal en el coche. Un persistente olor aceitoso que se te fue instalando en cuanto pusiste tus nalgas sobre el asiento. Un olor acre que te fue guiando los pensamientos por esa estepa nocturna que es Tlalpan.

Intentas advertir que acaban de pasar el hotel donde despachas, pero el “vecino” gira a la derecha en Toledo y piensas que lo dijiste, que de alguna manera te distrajiste en el camino, pero te diste cuenta a tiempo y el vecino entendió que había sido tu error, por eso te sonrío con cierta indulgencia; le devuelves la sonrisa idiotamente y de la comisura izquierda de tu boca resbala una, nada despreciable, porción de baba. Lo que quieres es agradecerle a tu “vecino” por entenderte sin palabras y te da risa que sea cierto; cuando bajan en el desnivel de Xola y las luces separadas alumbran/penumbran el capo del coche, te empieza a crecer una aprehensión. Te sientes grosera por haber desconfiado de tu vecino, tan simpático.

Algo se te asoma al rostro porque el conductor te dice, un gesto más de su infinita amabilidad (Vicha mala, Vicha mala), que no te preocupes que ninguno de los que viene en el coche te va a hacer nada. Que el cliente está en otro lugar, pero no me gusta manejar solo, ya sabes que la ciudad es peligrosa a ciertas horas, ladrones, prostitutas y policías. Sonríe. Intentas reírte de su chiste, no es la primera vez que un cliente nombra tu profesión, intentando no involucrarte, como táctica para romper el hielo. Cuando hay cuerpos de por medio, la educación sentimental para de golpe a las manadas de palabras que quieren salir. Pocos clientes son los que se quedan callados,

de alguna manera sienten que el destino de esos corceles son los oídos de sus conquistas. La mayoría comienza con comentarios chuscos y los menos, con halagos. Pero todos terminan hablando.

La que no puede hablar eres tú. Más saliva cae sobre tu falda mientras el vecino se regodea en palabras que no entiendes. Pero sigues sintiendo que él está haciendo un esfuerzo muy grande por complacerte y eso te da paz. Ya no hay hormigas desfilando sobre tus piernas, es más ya no hay piernas. Si no fuera porque los estás viendo reposar a tu costado, asegurarías que perdiste los brazos, también. Saberte completa, sin conciencia, te sume en un sopor del que no sales sino hasta que la presión de muchos brazos levanta tu cuerpo y te transporta fuera del coche.

Sueñas que eres el féretro de tu madre y que, al mismo tiempo, la llevas encima. Quieres decirle que la quieres mucho, que la extrañas, que ojalá nunca lleguen al final del recorrido para que puedan estar juntas siempre. Que la estás amando de veras, ahora que está encima y que ninguna de las dos puede hablar. Pero la gente que viene contigo se detiene. Al principio no quieres que te bajen, que te dejen en el agujero. Tienes miedo de no volver a verte, de no ver la luz de nuevo, pero la tranquilidad cae como trueno cuando sientes tu espalda hundirse en un colchón muy suave cubierto por telas olorosas y blandas. Presientes que tu vida cambiará para siempre y abres los ojos.

Rodeada de caras, manos rápidas y frías te desnudan. Sin pudor, sonrías. Te entregas al despojo. Hombres y mujeres por igual. Te parecen conocidos, con sus caras cotidianas y formales. No cabe duda de que la humana es una raza de ritos. Son las mismas caras que ves por las mañanas naranjas en el metro, las mismas caras de los martes rosas en el tianguis, las mismas caras de las misas pétreas sabatinas. Todas son tus vecinas y te ayudan a girar la cabeza para que mires al lado.

En esa pared, un cáliz; dos sujetos sostienen una estructura llena de mazorcas y ves dentro de ésta un perro abierto en canal; levantas el cuello para ver el suelo delante del colchón y todo se oscurece.

## Primera parte

### Señal de alarma En caso de peligro Jale la palanca

“He walked that morning as an older man  
and nothing since has looked the same to him  
objects around float nebulous and dim —  
false, phantom tiffles of some vaster plan  
his folk and friends are now an alien throng  
to which he struggles vainly to belong”

H. P. Lovecraft “Alienation”

## I

Sales de la estación Isabel La Católica, pon atención. No omitas detalles. Tienes que irte lo más rápido que puedas de ese templo a la velocidad. Recordabas esa rapidez ciega y naranja como una noción lejana de animal manso. La veías avanzar frente a tus ojos sobre Tlalpan, detrás del flujo de carros, inofensiva como los toros flacos que te enseñó tu abuelo Pepo, allá en Chimalhuacán. Pero ahora que has traspasado el cerco de su guarida, ahora que te ha olido, ya no hay sitio seguro en la ciudad. El metro te seguirá a todas horas, acechando bajo tus pies. Ahora sabes que las estaciones pueden cerrar sus puertas, pero lo que pasa allá abajo no se detiene nunca. Viras la cabeza hacia los torniquetes y cuando el sol remonta un edificio, dándoles de lleno, el brillo de esas fauces chuecas y metálicas enmascara los ritmos nocturnos.

Te escapaste de los dos hombres que te iban cargando. Del más enano de ellos recuerdas su panza colgando con garbo por encima de un pantalón negro y su nombre: Leobardo; usa botas negras con casquillo y recuerdas que cuando te patea o te pisa, tu cuerpo abandona el reino de la entomología y se asienta en el de la sismología. En vez de miembros hormigueantes con cientos de patas caminando sobre ti, el sufrimiento te ha hecho consciente de las capas tectónicas que habitan bajo tu piel. La geología interna remueve tus memorias, tus afectos. Tratas de recordar detalles clarificadores, pero se te escapan en erupciones ruidosas.

Del más alto sabes que le dicen Pinocho y se te escurre su verdadero nombre, quizá comienza con “M”, ¿Mercurio? ¿Menelao? En medio de los terremotos que te recorren el cuerpo, vislumbras que tu nombre real, antes de ser La Vicha, también tenía una “M” al inicio. Ves, entre las corrientes de magma, los labios de tu hermana pronunciándolo. El líquido hirviente anega tus venas y las imágenes de esa boca te recorren. Sabes que las sonrisas son escondites perfectos para posteriores acciones abruptas: carcajadas, llanto, mohines o mordidas. Sacas de tu mente esas

imágenes que de recurrentes comienzan a imponerse como verdaderas y en la habitación que inventaste dentro de ti después de una cópula con (“el cliente está en otro lugar”), de la que despertaste sin poder moverte; en ese espacio seguro que te protege de los recuerdos de los últimos ¿días, meses, años?, pones, bajo la luz, a tu cordura.

Quisieras saber, al tiempo que tratas de erradicar de tus piernas la torpeza que las avasalla, cuánto tiempo estuviste encerrada allá abajo. Lo quieres con hambre; tu estómago se quiere alimentar de esa verdad que prefiere ignorar lo que queda de tu cerebro. Sin aviso, náuseas ignotas convocan tu lava interna y sientes cómo te vacías desde las uñas de los pies hasta la cervical redonda que te sobresale debajo de la nuca. La erupción apestosa sale por tu boca abierta y termina esparciéndose por entre las muescas de la banqueteta. No traes zapatos; piensas en tu vestido, algún vestido, cualquiera de los que tenías, y te palpas para hallar una blusa muy holgada. Y tu vientre redondo.

No querías embarazarte. Por eso escogiste tu profesión. Presentiste en papá la inservible naturaleza del hombre y los seis años de convivencia con Netito, la corroboraron. Los hombres sólo saben dar lo fugaz: dinero y caricias. Libres de los trofeos que les da la caza, son como bebés berreones. Y aunque casi nunca conviviste con neonatos, les tenías indiferencia. Nacer con tu hermana te ahorró pedagogías infantiles; que tu padre no se casara de nuevo, una adolescencia de profilaxis perinatal. Por eso te detienes.

Te detienes a ver el bulto enorme que tienes bajo los senos. Lo tocas y se mueve. La placa tectónica más grande está justo debajo. Sabes que si sacas ese engrane los demás se detendrán un poco, para dejarte pensar, para dejarte recordar cómo te robaron los últimos ¿días, meses, años? El esmalte morado y descarapelado de tus uñas te hace muecas. Tratas de clausurar con los puños los dos géiseres húmedos que tienes tras las pestañas. El cráter con dientes se retuerce, escupes

empapando tus antebrazos. Sabes que no puedes quedarte ahí parada y caminas ¿segundos, minutos, horas?

Cuando decides mirar al poste más cercano, te encuentras con CUENCA y los ojos te duelen. Oteas al suelo y éste comienza a empequeñecerse, se hunde abajo, se aleja, se va. Te detienes y cuatro manos te detienen los brazos. La puta vida comienza a sonreírte y sonrías (sonrisa de puta). Las manos te manipulan de nuevo mientras ríes. Estás a salvo.

— ¿A dónde va, señorita?

— ¿Quiere que la ayudemos?

Algo en sus voces te emerge la desconfianza ciudadana, pero de inmediato la inhibes buscando sus rostros y lanzando miradas hacia tu vientre. Justificándote e implorando a la vez, aceptando y persuadiendo. El cráter debajo de tu nariz ha olvidado el lenguaje y sólo vibra y tiembla al ritmo de los recorridos de tus placas litosféricas. Quieres decir lo que aún no aceptas, lo que llevas años evitando. Estos desconocidos que te sujetan fuerte de los brazos serán los confesores perfectos. Estoy embarazada. Los géiseres ya están secos, del único lugar de donde te sale algo es de la nariz.

La luz del sol es tenue, te acaricia los ojos que de a poco se relajan. Los dos muchachos te cargan hasta la entrada de un hotel. Te apoyan para que subas las escaleras, a un costado te saludan BIENVENIDOS unas letras negras. Sublimado sobre el opaco vidrio de la entrada lees *COZUMEL*. Preferirías estar en tu casa. Te viene un agradecimiento de lo hondo, quisieras poder decirles a esos jóvenes que se nota que están contentos ayudándote, que valoras mucho lo que están haciendo por ti.

De algo te suena el nombre del hotel, a algo te remite su puerta. Sabes que es una entrada. Esa entrada es un cuento, un mito que te persigue desde zonas de tu cerebro que alguien más clausuró. Atraviesas la puerta, pisas los mosaicos marmolados, los plateados torniquetes, todo lo ves y sabes (fauces) que lo conoces. ¿Torniquetes? Al menos es solamente un hocico; el principal, piensas, los otros dos están en otra (línea) parte. Mejor así, no quieres verlos nunca; con uno tienes.

Un hocico devorando caras apenas ruborizadas, escondidas, caras con tedio escurriendo como el sudor causado por el desplazamiento cotidiano, los labios (cráteres) apretados conteniendo pestes, groserías; el pelo tieso bajo el gel, sofocado; los trajes, los vestidos fingiendo limpieza y lisura; un ejército de víctimas son esas caras, estos son tus clientes, tus hombres. ¿Dónde están?, ¿dónde estás?

El policía sonrío mientras abre la puerta a un costado de los torniquetes. Tú ríes, nunca te fuiste. No te escapaste. O en todos lados hay entradas al metro. O ya pasaron ¿días, meses, años? de nuevo. Los jóvenes te entregaron a Ellos. O Ellos te encontraron y mataron a los jóvenes. O todos son Ellos. El poli también ríe, Leobardo sonrío, Pinocho sonrío. Entonces de entre la risa te brota un codazo que diriges a las costillas de Pinocho, te repites no eres de verdad, no es verdad. Leobardo te somete pateándote detrás de las rodillas (crees que has sentido eso antes, aunque de una manera distinta), besas el piso, te levantan, bajan las escaleras eléctricas y mientras te susurran amenazas y te aprietan los brazos, se te va la luz.

Es cómoda la oscuridad, no te cabe duda. Es mejor que las garras de Pinocho o las botas (crees que has sentido eso antes, aunque de una manera distinta) de Leobardo. El traqueteo del vagón te saca de la comodidad a saltos. Las vías se van creando debajo del vagón y la luz del sol huye cuando te ve entrar en el túnel. Entre sueños escuchas:

— Swarzenegger grabó una película aquí en el metro, ¿no?

— Estás pendejo, fue en la azul.

Te empujan por el pasillo del transbordo, en Balderas, de la línea uno a la tres. Te desploman sobre la loseta del piso y después te arrinconan en la loseta de las paredes; ya estuviste ahí, drogada; recuerdas todo el tiempo que pasaste con (el cliente está en otro lugar). Reconoces la tercera puerta oculta, la de la derecha pasando las segundas escaleras, y la abren frente a ti, para descubrirte un baño sarroso, no olvidas la mancha carmín (a un costado del logo de Helvez) que está sobre el mingitorio, que parece un corazón chueco.

Ese corazón en realidad es la letra de un lenguaje perdido; ya le has visto más de tres veces, la señora Ángela (de todos, la que mejor te trata) te explicó qué significaba. En la esquina del burdo piso de cemento hay un agujero. Por ahí saliste, por ahí ¿escapaste? Sabes que, cuando te haga efecto lo que sea que te hayan estado suministrando, tu cuerpo desaparecerá, y con él, los torrentes de losetas, sonrisas y túneles.

Pinocho y Leobardo cierran la pared falsa y te obligan a descender por el agujero. Mientras bajas por unas diminutas escaleras, recuerdas dónde has sentido esas botas antes; el estremecimiento telúrico de tus costillas lo delata. Abajo están Ángela, Yaqui, Víctor y Celeste, esperándote. Les sonrías.

—Pronto será el día y más les vale que no se les vuelva a escapar. Es poco lo que se les pide, carajo.

—Muy poco, chingada madre. Descúbranse el pecho.

Con aire ausente, y en silencio, los cuatro se desvisten y comienzan a cantar. A tu lado el calor te avisa que Pinocho acaba de prender un soplete.

## II

El bandoneón entró solemne a perturbar los últimos sueños de Felipe. Entrar es poco. Los desapareció con argentina violencia y los torturó después con voz quejosa. Los sueños de Felipe podrían no ser dignos de recordarse, pero eso no justificaba su diaria evaporación forzada. Al menos no necesitaba de alguna alarma que le ayudara a regresar de esos ensayos mortuorios. Como todas las mañanas de los últimos cuatro años, se despertó cauto, queriendo no perturbar a Mónica ni a Raulito.

El pequeño parecía el reflejo de su madre; frente a frente, ella con la mano derecha debajo de la cabeza; él con la zurda debajo de la mejilla izquierda, ambas palmas extendidas, ambos con la boca abierta, con los párpados apenas cerrados, enseñándose un marfil trocito del globo ocular. No se detuvo a tantear el trecho de cama debajo de la criatura. Sabía que, como los anteriores días del mes, estaría mojado.

Quitó despacio las cobijas y al bajar los pies sintió la superficie crujiente, bajo su pie izquierdo del cuerpo de algún insecto. Felipe no pudo contener la inercia de su movimiento y el bicho terminó embarrado en su calcetín izquierdo; incorporado e incómodo, Felipe se dirigió al baño caminando sobre los talones, como si ambos calcetines estuvieran sucios o como si el piso estuviera lleno de bichos. Su suegro gritó los buenos días desde abajo, en la cocina, y Felipe le respondió un “gracias, igual, buenos días”. Se metió al baño amarillo, que olía a cloro y suspiró.

Con cierto asco, enrolló la tela creando una suave tumba para el bicho. Sus suegros tenían la cocina llena de cucarachas y en el cuarto él mismo había tenido que lidiar con las chinches un par de veces, pero jamás algo de ese tamaño. Al sentir que un hilo espeso emergía del calcetín, detuvo no sólo una arcada sino un pavor ignoto, dejó ambos en su garganta y soltó la prenda. Cerró

los ojos y recordó, sin quererlo que había estado en un equipo de futbol americano y lo que más tenía presente de esos días, en vez de las victorias deportivas o de las jugadas maestras, era al *coreback* de su equipo sosteniéndose la mitad de la lengua con dos ensangrentados dedos. Desde entonces le asqueaba la sangre, le recordaba esa lengua partida y casi volteada, mostrando las arterias y el cartílago partido, blanco, azul y sangre; todo palpitante y viscoso rodeado por unos dientes amarillos, al fondo, como un túnel, la garganta.

Abrió los ojos e intentó concentrarse en el calcetín que sostenía apenas con las puntas de sus dedos. Sería maravilloso tener un ataúd así de colorido, así de suave; la visión le tembló e intentó dominarla respirando hondo, se levantó y tiró el calcetín en el bote de basura. Se detuvo frente al espejo y su gesto le pareció un reproche.

Mientras desayunaba cereal y miraba los titulares de *La prensa*, que yacía sobre la mesa, un retortijón en el fondo de su vientre, lo hizo enfurecer. No podía entender por qué su cuerpo le estaba fallando de esa manera; que él recordara, nunca en sus veinticinco años de vida había sentido la necesidad de evacuar en la mañana. Qué frustrante y tonto tener que hacerlo justo después de haberse bañado.

Se paró lentamente de la mesa para convencer a su estómago de que lo que le estaba pidiendo era algo idiota, pero la sensación fue más intensa y tuvo que apretar el ano para llegar al baño. Se enfrentó al espejo nuevamente, pero sin verse esta vez. Después de subirse el pantalón, abrió la llave, disfrutando enormemente el correr del agua limpiando sus manos, su cuerpo, sus pensamientos. Miraba sus falanges con orgullo, las uñas cortas, las arterias finas, sentía elegantes sus nudillos como si fueran herramientas para el esmero y no para la violencia, indiferente al bote de basura que estaba a su lado. El bicho que había matado en la mañana había abandonado sus pensamientos.

Subió dos escalones. Escrutó el plástico negro, con rebabas en las esquinas, que cubría el piso. Pensó que, si un trabajo podía hacerse tan mal, hubiese sido mejor no hacerlo. Pagó y se sentó al lado de la ventana. El conductor aceleró con fuerza. Felipe agradeció el suave ronroneo del motor diésel, alegre de saber que la mayoría de las personas que viajaban con él, no imaginaban las grandes temperaturas que se producían a menos de medio metro debajo de ellas.

Todos podrían sufrir quemaduras mortales como el propio Rudolf Diesel; bendita ignorancia. No hay nada como desconocer las cosas para disfrutarlas, se dijo mientras rascaba la superficie de sus dientes con la orilla de la uña de su índice. Y si sonaba insolente, por primera vez en mucho tiempo no le importaba.

Setecientos cincuenta volts penetran por las resistencias colocadas a un lado de los neumáticos, entran hasta los capacitadores, llegan al estator, donde se genera un campo magnético que hace que el rotor gire y gire, revolucionando los ejes, mueve las llantas y envía luz a las lámparas tubulares que cuelgan sobre los ingenuos pasajeros. Felipe sonrió rascando sus dientes. Su padre solía rascarse los oídos, a Felipe eso le parecía asqueroso. Sabía que su padre era consciente y que, si lo hubiera querido un poco más, habría podido contenerse. Olvidando la costumbre paterna e ignorando la propia, él sí que no podía evitar rascar sus dientes.

La despensa del mes pasado estaba en las últimas; Mónica pudo haber ido por leche en la mañana, aunque había cosas más urgentes. Los “calzones entrenadores” eran aparte. No había manera de que Raulito los dejara y ahora que era más grande, era más sencillo que los ensuciara con rapidez, varias veces gimoteaba semiconsciente en la noche, molesto por el picor de la orina. Felipe se despertaba y lo llevaba al baño, mas sus intentos de sentarlo en la taza flaqueaban en cuanto Raulito chillaba y Mónica se asomaba al baño, con la pregunta que más lo enervaba: “¿Qué

le estás haciendo?”. Ella se lo llevaba, le ponía otro pañal y, a la mañana siguiente, éste estaba ya cargado de orina tibia.

Pero era la incapacidad del niño lo que más le irritaba; según la crónica familiar de su infancia, él había dejado de usar pañal a los dos años y medio, su hijo ya casi tenía cuatro y parecía que seguiría igual. Había veces, cuando lo estaban cambiando, en que se aferraba al pañal orinado con sus uñitas, como si se le fuera la vida a la basura.

Con la mano derecha le dio ligeros golpes al tubo que tenía enfrente. Faltaban dos estaciones para Martín Carrera. Del vagón de al lado bajó una chica: era Marcela, antigua compañera de la ingeniería. El miedo que le bajó al estómago, hundiéndole una de sus puntas, Felipe lo igualó al que siente un actor cuando, en su mejor interpretación, estando más concentrado y por ello más atento a todo, escucha una tos emergiendo del público, una tos fuerte; de pronto nota lo extraño de su actuación, el brillo de las luces, el frío del teatro. Olvida sus líneas.

Empujó discretamente al señor que tenía enfrente para que la recién salida no lo viera. Le faltó el aire y regresó el asco —lengua partida— que sintió al quitarse el calcetín con el que había matado al bicho hacía unas horas. Su gesto brusco y nervioso fue respondido con un codazo por parte del agraviado sujeto. Sin dejar de pensar en el bicho, le dio la espalda a su oponente; la sensación de evadir lo mínimo, aunque incómodo, lo volvía peor; hubiera preferido enfrentarse a algo desmesurado, una tragedia inmensa, algo que valiera la pena.

En su hora de comida, y conforme al hábito que había fomentado durante el año pasado, departió con don Paco y sus ideas de avanzada:

—¿Te imaginas que todo esto sea sustituido por camiones que viajen en un solo carril? Es el futuro Felipe. En otras partes del mundo están diseñando motores que no contaminan; ¿te

imaginas una flotilla enorme de camiones, más fáciles de arreglar, de conducir? No se necesitarían cantidades grandes de energía eléctrica ni estaciones complejas ni transbordos castrosos. La mayor parte de la estructura ya está hecha: semáforos, carriles, curvas; sólo se necesitarían las rutas y, ni tanto, porque se podrían copiar las de los micros, las de los troles.

—¿Cómo crees? Los combustibles se terminarán en un par de años, empezando el milenio. Además, ¿qué harías con toda la red del metro? No puedes simplemente olvidar que está ahí abajo.

—Se te nota lo moco, gacho, pinche Felipe. No estoy diciendo que se tire todo lo demás...

—Pero acabas de decir que ya no se necesitarían todas esas cantidades inútiles de electricidad...

—Nel, yo no dije eso. Yo dije: cantidades tontas de energía eléctrica.

—Eso no importa. Lo que te estoy tratando de decir es que...

—Que no estás oyendo lo que hablo. En ningún momento dije que se tienen que destruir las cosas que ya están hechas.

—Bueno, entonces dígame qué se hará con todo esto, señor Regente.

—Ni que tuviera un pinche azotador sobre los labios.

—Pero sí uno en el cerebro, pinche Paquito mamón.

Dos horas antes de su hora de salida, le dieron permiso para ir a la Federación. Al salir del metro Felipe caminó esquivando las líneas que parten las banquetas. Sonreía sin pensar la mueca. Agradeció que no hubiese secuelas del malestar estomacal de la mañana. Giró en la esquina y se detuvo, los ojos sobre el mandil manchado de un taquero que se afanaba. Las manchas de grasa, negra, se imponían aleatorias sobre el material antes blanco. Felipe se escrutó a sí mismo, notó, al

que el moño de la agujeta de su bota izquierda estaba deshecho, ¿por cuánto tiempo habría caminado así?; quizá la señora que se inclinó al pasar a su lado, en el transbordo de Pino Suárez, y que luego movió los ojos despectivamente, lo había notado, por eso el gesto. Antes de agacharse para arreglar el desperfecto, regresó su vista al puesto de tacos que tenía enfrente.

Una gota de sudor recorrió la frente del taquero, quien para limpiarse pasó el dorso de la mano, con la que sostenía la hachuela, sobre el bigote, con la otra mano tomó un trozo de carne de la choricera; carne brillante que humeó al ser golpeada, carne que se deshizo entre los dedos del taquero y los golpes del cuchillo.

Felipe bostezó y se le levantaron las comisuras de los labios, dejando ver sus dientes casi blancos, un hombre que pasó a su lado murmuró: “pasen a ver al león”; Felipe no se dio por aludido, su mirada continuó dirigida al puesto de tacos; al foco, pegajoso y medio cubierto por boronas de cochambre; a la repisa trasera donde los colores naranja, café y negro de los refrescos se asomaban detrás de envases de vidrio cubiertos de polvo; a la vaporera rectangular de donde otro taquero sacaba y metía tortillas.

La cabeza del segundo taquero se movía de modo tal que daba la impresión de que el cuello careciera de huesos, se bamboleaba a la izquierda cuando sacaba las tortillas y luego a la derecha cuando las metía y durante el trayecto entre un extremo y otro, bajaba y subía con espasmos apenas perceptibles. “¿Cuántos?, ¿con todo?, ¿verde o roja?, ¿algo de tomar?”. Dos personas pasaron enfrente del puesto de tacos y Felipe pudo volver de ese instante.

Miró alrededor. Vio los demás puestos; las caras de otros que lo ignoraban y evadían; los carros que corrían sobre la avenida y los que frenaban y esperaban detrás del puesto y los que detrás venían y que salían perpetuos de las calles paralelas. Entonces a medio camino entre el suelo y su

metro y medio de estatura, Felipe se sintió como la carne que acababa de despedazar el taquero. En desplazamiento perpetuo, de un calor doloroso a la hoja de un cuchillo y de ahí a los dientes de alguien. Sin recibir tregua o piedad, rodeada de más y más pedazos, destrozables y apenas importantes. No quiso eso, no quiso saber que la agujeta desabrochada que lo esperaba abajo era el menor de sus problemas; aunque anhelaba que fuese el único, deseaba que tras realizar ese nudo las cosas fuesen más sencillas o al menos, comprensibles. No supo por qué, al ver esa carne deshaciéndose bajo potentes golpes, sintió el trasiego de cosas sin forma que se rompían bajo sus pies.

A seis cuadras del puesto de tacos una tosca y mofletuda cara lo recibió en la Federación:

—Señor... Navarro, cómo está usted, me da gusto saber que está tan interesado en formar parte de nuestro, cómo decirlo, club... me han dicho mucho que usted es muy trabajador, eso me da gusto. Mire, le explico lo que hacemos aquí es más que reunirnos a beber o apostar o a robar como los sindicatos, esos nomás para eso existen, hijo; y permíteme que le diga hijo, pero ya estamos en confianza ¿no?; sí, te decía que aquí somos más que una bola de vividores, ¿qué dice el letrero de afuera?, ¿eh?... exacto: federación, si no sabes lo que significa, yo te digo: una federación es como un país, no, no es 'como un país', es un país, uno de envergadura, de avanzada; no se solucionan los intereses de unos pocos, sino los de todos, eso es un verdadero país. Eso significa federal en griego: país. Entonces, hijo, porque me recuerdas mucho a mi hijo el mayor, ¿estás dispuesto a formar parte de la parte subterránea, por así decirle, de este país? Nosotros los que trabajamos en el transporte, tanto los de pasajeros, como tú; como los de mercancía, como yo en algún tiempo fui, somos una familia... de hecho me recuerdas bastante a mi hijo, ¿cuántos años tienes?... ah no, pues él está más chico, pero me gustaría que cuando tenga tu edad sea así, como tú, responsable, inteligente, dispuesto a formar parte de una familia ¿ves?... Pero bueno, ya no te

quito más tiempo, yo sé que estamos todos muy ocupados, así es esto de la chamba, pero para lo que se te ofrezca no dudes en buscarme que para eso somos, ¿eh? Nomás regálame un autógrafo aquí y aquí, gracias y, pues en un mes o dos cuando mucho, te contactamos para que vengas a recoger tu credencial ¿eh?... sí, bueno, no, la credencial es importante, pero ya a partir de ahora, con esto firmado, estás protegido contra cualquier despido injustificado, créeme, hijo. Verás que el futuro del señor... ummmm, Felipe, Felipe Navarro, será luminoso. Señor está bien, ¿no?, sí tienes hijos, ¿no?... ¿cuántos años tiene? Ahh, pos si a esa edad son rebonitos los canijos escuincles, cuídalo mucho y disfrútalo, hijo, porque el tiempo se va, n'ombre, rapidísimo.

Regresó a la central de Chabacano media hora después de su hora de salida. Apurado, Felipe abrió la puerta de su casillero. Se preguntó por qué no podría tener ese orden en casa, por qué se desentendía de ese modo. Se desvistió el uniforme azul, una pieza llena de manchas de aceite y polvo, sudada de las orillas. Tengo que lavar lo, se dijo. Al terminar de ponerse su ropa de calle, Felipe se preguntó si parte del paternalismo del secretario de la federación fue debido a su uniforme desgastado. ¿Cómo me hubieras tratado si hubiera ido vestido como ahora? Se aplaudió la nueva pulcritud. Pero todavía faltaba algo, lavarse las manos. El reloj checador lo esperaba apenas iluminado por un foco amarillo que tenía encima. Al fondo, el comedor estaba vacío, limpio y sumido en la noche. Todas las lámparas estaban apagadas. Sin reconocer su miedo, Felipe marcó su tarjeta y cerró la puerta. SÓLO PERSONAL AUTORIZADO. Si regresaba por la línea café podría pasar al baño de empleados de Jamaica. Poco consta de las cosas que podríamos evitar en la vida, si sólo fuésemos menos cobardes.

Descendió del apestoso y sofocante vagón. Aún no era tan tarde como para evitar el gentío. Caminó en sentido contrario de los demás pasajeros y llegó al final del andén. PROHIBIDO EL PASO. Saltó la advertencia y metió su llave en la pequeña puerta amarilla que estaba a su izquierda.

El silencio del pequeño baño se interrumpió por la llegada brusca de otro convoy al andén. Felipe brincó; su corazón intentó escapar por su garganta. Los frenos de la unidad eran viejos y el eco de los túneles no hacía disfrutable el agudo rechinado, pero una parte de él supo que, junto al rechinado y las reverberaciones, escuchó otra cosa. Quizás estaba sugestionado, recordó el comedor de Chabacano, vacío y oscuro.

Temiendo que la puerta de los vestidores se abriese o que las luces se apagasen, se lavó las manos. Trató de controlarse para hacerlo bien, pero un vértigo inundó su estómago y en ese momento recordó que no era la primera vez que se sentía enfermo ese día. Trató de evocar lo que había comido con Don Paco en la tarde, pero en vez de eso le vino a la mente la imagen del bote de basura del baño de la casa de su suegro. Las náuseas lo bombardearon y apuró sus pasos hacia la puerta. La abrió y asomó la cabeza, la unidad vieja se retiraba, a su derecha; intentó respirar lento, calmarse, no pudo; a su izquierda la oscuridad en la curva del túnel parecía una marea.

Poco a poco las luces agonizantes de las lámparas del túnel se vieron inundadas por el lento avance de unos faros. El convoy se detuvo a unos metros de él; como por reflejo, Felipe verificó que el semáforo al otro lado del andén cambiase del rojo al verde. Luego regresó la vista a la cabina de conducción. Detrás del vidrio reconoció a Graciela, quien le sonrió levantando la mano, tímidamente. Ella misma rompió el momento de angustia de Felipe al pulsar los botones para la apertura de puertas. El movimiento de sus grandes ojos al revisar el ascenso de pasajeros por el espejo colocado encima de él y al bajar la mirada y dirigirla de nuevo hacia él, le trajo a Felipe un recuerdo de su Mónica.

Un día llegó a comprar a un puesto en el tianguis de la colonia y se encontró con una adolescente temblorosa que le esquivaba la mirada. Se llamaba Mónica y el puesto era de su madre. A Felipe le emocionaba que a la puberta le temblaran las manos y se mordiera el labio inferior

cuando creía que no la estaba viendo. Era la única mujer que conocía que se ponía así cuando lo veía. Ya en casa, después de esas sesiones de nerviosismo, divagaba sobre lo asediado que sería por las mujeres si solamente se dedicara más a mejorar su aspecto. Era cuestión de comenzar a generar dinero. En esos primeros días no supo si lo que más le gustaba de Mónica era el orgullo que le hacía sentir.

Conforme la visitaba más, dejó de suceder que ella se pusiera nerviosa y él se empeñó en encontrar otras formas de llamar su atención. Un día, llegó con un pliego de papel bond cuadriculado; lo traía enrollado en un tubo delgado y pulcro, sujeto, por el centro, con una liga negra para el pelo. Le dijo que era algo para ella, pero que no debía abrirlo sino hasta que estuviera en su casa. Las mejillas de Mónica se colorearon y todo el rato que él estuvo hablándole y fingiendo comprar, ella no dejó de sonreír, entre curiosa y coqueta. En el papel no había escrito nada. Una vez en casa, Felipe se preguntó si acaso no estaría jugando con los sentimientos de ella; decidió no volver a verla, al menos por un tiempo.

Felipe se quedó quieto con su recuerdo y la mueca que tenía en la cara le provocó a Graciela, a su vez, un gesto arrepentido. Alguna palabra pudo haber roto la incomodidad del momento, pero nada pasó. Los dos se quedaron quietos esperando el cambio de luces en el semáforo. Graciela hizo un gesto de despedida y arrancó el metro, que pasó, infinito, a un lado de Felipe. El último vagón se detuvo a su derecha e iluminó por accidente un bulto a la izquierda, allí donde terminaba la curva del túnel. La sombra entre las vías parecía un corazón palpitando, un pájaro aleteando.

Felipe bajó a las vías, escuchaba quejidos y lamentos, el miedo en vez de paralizarlo lo impulsó hacia adelante; creyó que tenía un nuevo par de piernas, no se atrevió a voltear a verlas, pero las intuyó peludas. Del manajo de sombras surgió un rostro adolorido y sudoroso. Era una mujer. Murmuraba palabras que la oscuridad le arrebatava. Asustado, Felipe se agachó para

levantarla, mas no lograba abarcarla con sus brazos, estaba muy pesada. Finalmente logró pasarla sobre su hombro, nervioso por la llegada del siguiente tren; uno de los pies de la mujer salió de entre las sombras y Felipe vio restos de barniz morado sobre la uña del dedo gordo, de reojo observó el fondo del túnel donde parecía que los rostros y brazos de una multitud deforme se replegaban hacia los rincones. Algo parecía arrastrarse entre las vías, una cosa blanca de apariencia espumosa que provenía de entre los muslos de la mujer. Felipe sintió el líquido escurriendo sobre sus manos. En un último registro ocular tuvo la certeza de que las piedras a su alrededor acababan de caer rendidas al piso después de haber estado bailando por horas. Una tontería. Con la mujer en la espalda se sintió heroico. Ya no le pesaba. Su cabeza se desocupó un momento y Felipe escuchó una voz. *Un héroe no debería darle falsas esperanzas a nadie.* Pero él no le había dado falsas esperanzas a nadie. *¿Estás seguro?* Mónica nunca supo que lo había hecho por amor propio. Para ella, él se convirtió en un héroe cuando, ya casados, ella le preguntó por el contenido del pliego de papel bond cuadriculado que le había obsequiado y él contestó con una pregunta: “¿nunca lo descubriste?”; para ella se convirtió en un héroe por haberle regalado algo muy romántico que ella no había entendido. *¿Y si no? ¿Y si la heroína era ella por haberte hecho creer que estaba conmovida por algo que tú siempre supiste que no valía nada? ¿Y si la heroína era ella por asumir el riesgo de creerle a alguien como tú?* El peso de la mujer sobre sus hombros comenzó a ser molesto y se apresuró a salir del túnel *¿Te vas tan temprano?* ¿Por qué pensaba en Mónica si no tenía nada que ver con lo que hacía en ese momento? Antes de subir los escalones giró para cerciorarse de que no había nada detrás de él. Una vez en el andén, la puso en el piso marmoleado. Al inicio del andén una mujer mayor miraba las vías, ajena a los gritos de la recién rescatada, a los resoplos del sudado rescatista. La anciana tenía en las manos un bordado que exhibía la imagen de un insecto. Una oruga azul que sorprendió a Felipe. Sin detenerse a pensar la ilusión óptica de

perspectiva, Felipe se secó las manos en la ropa y sacó una llave tubular de su mochila. Abrió la gaveta gris que contenía el teléfono para emergencias.

Casi a media noche, Felipe se metió en su cama. Aunque se acababa de lavar los dientes, se rascaba una muela. Nadie lo había esperado despierto. Cuando abrió la puerta, una hora antes, encontró a su suegro roncando al lado de la consola, desconectó el aparato y fue a buscar algo para taparlo.

Arriba, su suegra estaba dormida. Intentó hacer un poco de ruido mientras sacaba una cobija del ropero, pero no surtió efecto. Pasó frente a su cuarto y vio a Mónica y a Raulito abrazados debajo de una cobija, carraspeó con la esperanza de que su hijo lo descubriera, con el anhelo de que los movimientos del niño despertaran a todos para que pudieran contemplar al héroe, salvador de mujeres que se desangran en las vías del metro. Pero nada pasó. Sólo la noche.

Se seguía rascando los dientes. Ahora que ya estaba en casa y no sentía el candor de la heroicidad correr por sus venas, se enfadó por los profundos sueños de su familia. Después de tapar a su suegro había subido a acostarse. No se asomó a la cocina. Acompañado por el silencio reconoció una sensación en la espalda y dejó de rascarse los dientes; la había sentido ese mismo día en la mañana cuando se levantó de la cama dispuesto a ir al baño y había pisado accidentalmente a un insecto. Era esa misma sensación que lo hacía recordar la lengua partida de su compañero de fútbol americano. Y ahí venía de nuevo, la sentía reptando en el piso al otro lado de la puerta, preparándose para engullirlo. Se metió debajo de las cobijas, con los escalofríos golpeándole el cuerpo.

Esperando que la puerta se abriera y que esa horrible sensación lo hallara tras su escondite, comenzó a dormir. Entre brumas se tumbó en el centro de un torrente de animales, corrían,

revueltos, rugían, mugían a su alrededor y él aguardaba. Una abeja entró en su reducido campo de visión y le aterrizó en las manos, siguiendo su trayectoria amarilla-negra se las descubrió monstruosas, ajenas y peludas. Sintió que se desplomaba, pero en vez de despertar sobresaltado, continuó dormitando. A las tres de la mañana, cuatro horas antes de que el bandoneón del día siguiente hiciera su entrada, ya estaba roncando.

### III

Abrir los ojos y verlo sonriendo. Eso quería en vez de ser despertada con los gritos y bruscos ruegos de su hijo. Le habían dicho que duraría pocos años y ella anhelaba que fuera cierto, pero la sensatez le hinchaba los ojos en las mañanas, le crecía la verdad como las lagañas sobre las pestañas: no cambiaría. Nada le regresaría esos días en que despertaba en los brazos de su Feli, en una cama todavía húmeda, con el sol revelando sus cuerpos, mientras afuera las llantas acariciaban Tlalpan. Nada haría desaparecer a su hijo.

Pero hoy no despertaría con berridos. Por vez primera, desde hacía una eternidad, abrió los ojos primero que su acicate. Le revisó el pañal nocturno, lo palpó y estaba seco. Ya tenía algo para alegrar a Felipe al rato. Quizá era el empujoncito que les faltaba para convivir juntos. Mejor dejar de preocuparse de algo que se daría con el tiempo, a final de cuentas eran padre e hijo, no dos desconocidos.

Lo miró inexperto y lo pensó inútil, recordando sus despliegues de energía vespertina, se preguntó cómo podía haber tanta energía en un cuerpo tan pequeño. Ahora estaba tan quieto que se aventuró a besarlo, reverencial en parte y, por lo bajo (en el silencio de su cuerpo), Judas también. Sus labios se encontraron con una pared de carne y se paralizó en esa posición, pensando que nunca había sentido a su hijo tan frío. Se retiró angustiada y le empezó a faltar el aire.

No, no, no. Por su mente se enredaron y desenredaron ideas e imágenes: se reprochó el haber deseado tener a su marido en la cama, le creció un hueco en el pecho, un agujero de culpa; entonces le llegó un alivio que pensó atroz, aunque en ningún momento quiso detenerlo, ese alivio le estaba dando la frialdad necesaria para tomar el espejo que estaba al lado de la cama y ponerlo debajo de la nariz de su hijo; el vidrio no se empañaba y la tristeza ensombreció todo lo que bullía

en su cuerpo. Unas lágrimas serpentearon sobre sus mejillas y un estremecimiento de miedo le tironeó el estómago, como si le estuviera naciendo un sustituto de lo que estaba perdiendo en ese momento; en medio de los espasmos de terror y las lágrimas, le brotó una risa torpe, causada por la imagen que tenía en la mente: su vientre con un nuevo feto creciéndole en la matriz.

El niño aspiró aire y lo sacó formando una minúscula nube blanca sobre la superficie del espejo. Mónica dejó escapar un grito, mitad alivio, mitad pavor, y al verlo revolverse y abrir los ojos anticipó su reacción al verla con la cara roja y casi húmeda, los mocos resbalando sobre sus labios. Percatándose de la confusión y sintiendo la extrañeza de su hijo, reanudó con más fuerza las carcajadas. Él por su parte comenzó a llorar.

— ¡Mónica! ¿Qué le haces al niño? A ver, ya bájense a desayunar. De veras contigo, Mónica.

De unos meses para acá, Mónica se ha sentido otra frente al espejo. Con esas patas de gallo, esos senos más grandes y más cerca de su ombligo; antes de Raulito veía las revistas en los puestos y se sentía identificada con las modelos, imaginaba que los pezones propios también eran estrellas de colores chirriantes, que su pelo era chino y castaño; cuando llegaba a la casa se mandaba besos en el espejo, se quería; para ella, ahora sería mejor evitar las imágenes de las demás y, sobre todo, las de ella misma. Sin mirar dentro del bote de basura lo tomó y bajó con él las escaleras. Tiró el contenido en el desangelado bote guinda que habían tenido desde que era niña y una flecha del sol le cayó en los ojos cuando trató de ver el clima por encima de la barda gris que separaba la casa de sus padres de la trasera.

No entendía cómo sus padres se levantaban tan temprano. Parecía que no conocían esa sensación horrible de despertar con las pestañas pesadas, la cabeza inútil y el cuerpo tieso. Quizá

para su papá no era difícil, ya que se despertaba, se afeitaba, encendía su consola y se sentaba en su sillón naranja a escuchar horas y horas de interminables canciones tristes en las voces de argentinos que parecían expertos en sufrir. Pero su mamá no se sentaba en la silla de madera que reposaba al lado del sillón de su marido sino hasta la noche, el resto del día lo pasaba en el vaivén doméstico.

— Lávale las manos al niño. Ya es bien tarde, ya te quiero ver cuando el niño esté en preescolar. Esos hábitos no se cambian así de fácil. Vas a necesitar hacerte a la idea Mónica, ya no eres una niña, tienes que hacerte cargo de ese niño porque ni tu papá ni yo vamos a hacernos cargo de él. Tu hermano menos, ya sabes que él ya tiene bastante allá con su esposa loca y sus hijos. Nosotros los aguantamos aquí hasta que tengan sus cosas, pero no vayas a abusar, hija.

— Ya te dije que estamos viendo eso. Felipe va a ir a una junta de algo y entonces faltará poco para que le den una plaza permanente. Así vamos a poder pedir un crédito INFONAVIT y te vas a poder deshacer de nosotros.

— No, no quiero que se vayan nomás porque sí, Mónica. Entiende que te digo las cosas por tu bien, por el de tu hijo. Creo que hemos cumplido enseñándote cosas de provecho, si tú no las quieres aplicar ya no es nuestra culpa. Ya estás grandecita, pero creo que hay cosas que aún no entiendes.

— Sí, mamá, sí.

Mónica sabía que su mamá no esperaba mucho de ella; aunque quizá se conformaría con verla hacer lo básico que una madre hace por su familia.

Mónica levantó la mesa, puso los trastes en la tarja y guardó la crema en el refrigerador en el compartimento inferior de la puerta, al levantar la vista encontró al lado de los huevos, un queso

que le había pedido a Felipe que se comiera. En las blancas estrías del lácteo habían crecido manchas verdes y una de las orillas había quedado amarillenta y llena de una pelusa alba. Trasponiendo imágenes en su cabeza, recuerda el momento en el que los ojos de Felipe se llenaron de amor al verle las estrías, cuando le dijo que eran como carreteritas para meñiques. Mónica cerró el congelador y reprimió una risa, sabe que a su mamá le molesta que haga ruidos sin motivo. Con Felipe se la pasaba riendo. Incluso la dejaba interrumpirlo cuando estudiaba, y le explicaba con esa paciencia que le admiraba. Felipe no se quejaba de todo como su madre.

El resto de la tarde, Mónica lo pasó retraída en un silencio pertinaz. Jugó con Raulito, le enseñó de a poco los nombres de unos cuantos colores y las vocales. Cuando escuchó a su mamá tomar las llaves, corrió y se ofreció a ir a comprar lo que fuera que faltase en casa. Ya en la calle, Mónica se dispuso a bailar con la soledad y con la falta de ruido. El ronroneo de los carros le fue lejano, las calles de la colonia estaban vacías. Giró a la derecha, una calle antes de su destino; pensaba darle la vuelta a la manzana, para hacer tiempo. Sin embargo, vio a lo lejos cinco perros que trotaban en su dirección. Desanduvo los pasos sin prisa. Antes de continuar por la calle en que venía, directo a la tienda, de reajo observó a los animales y presintió que así era el ruido en su casa: sus padres, hablando o discutiendo; Raulito, llorando o gritando; todos como un solo ser, como la jauría que acaba de ver; como la imagen negra y sin forma que le dijeron que era su hijo en el ultrasonido, con el pelo largo de su mamá y el bigote de su papá, con la risa de Felipe y sus ruidos al despertar. Una sombra negra que hablaba con la voz de todos y que no la dejaba oír sus pensamientos.

El dueño de la tienda había colocado una televisión encima de la entrada, por dentro. Como no encontró a nadie atendiendo, Mónica golpeó la tabla de madera que reposaba sobre el congelador trapezoide y esperó. La tele anunciaba: ¿pastel o helado? —Los dos...

contestaba la mujer del comercial que después se soltaba a reír mientras un cintillo anunciaba que Mónica podía confiar en Kotex. ¿Hace cuánto que no confiaba en nadie más que en su marido? Y después una fiesta de bebés moviéndose al ritmo de música electrónica: Sí, sí, es muy fácil ser bebé... Con la nueva línea Curity que siempre tiene lo más avanzado como: la auténtica mamila sin cólicos, biberones ultra lisos, ultra higiénicos... sí, sí, es muy fácil... mamilas de silicón, la transparente protección, y los nuevos y divertidísimos biberones decorados... sí, sí, es muy fácil ser bebé... recomendado por la sociedad mexicana de pediatría Raulito había dejado el biberón hacía mucho tiempo, ya ni se chupaba el dedo cuando dormía y nunca usaron esa marca tan cara, en cuanto a los cólicos...

—¿Qué va a llevar?

—Un cuarto de salchicha Viena —una cumbia detrás le dejaba paso a una voz masculina: nuevos cigarros Tigres, para los tigres como tú —y dos cigarros sueltos, por favor.

—¿De cuáles?

—¿Tiene Tigres?

—No, todavía no me llegan.

—De los que sean —su papá llevaba años fumando y a esas alturas parecía que la marca era lo de menos.

Una voz femenina se deleitaba anunciando pollo frito, los sonidos eran tan sugerentes que el dependiente volteó la mirada al televisor mientras le extendía el cambio a Mónica: un bísquet calentito... ahhhh... y un refresco. Busca ya tu paquete individual catorce noventa de ka efe ce Mónica salió por la puerta.

Al regresar a la casa, su papá había terminado de escuchar sus tangos y había dejado la radio sonando. Mónica buscó a Raulito y lo encontró siguiendo a su madre de un lado para otro. Modo Pirinola, decía Felipe.

—¿De quién te ríes? ¿De tu madre o de tu hijo?

—De nadie, mamá.

—Ahh, pues entonces ya mételo a bañar, ándale, que ya está haciendo frío.

Lo que menos le gustaba era bañarlo, le parecía estúpido que tuviera que tener cuidado con los cambios de temperatura que acontecían al dejar el cuarto. En su persona, era algo que hacía casi a diario, con descuido: salía del baño completamente desnuda. Sin embargo, no era eso lo que más detestaba de las húmedas sesiones vespertinas, sino el hecho de que el niño aún tuviera una aversión inexplicable a que el agua le cayera en la cara.

Cuando era un recién nacido estiraba el cuellito arrugado hasta que sentía el calor del agua tocando su frente, pero después de cumplidos los dos años, incluso lavarle el cabello era imposible. En cuanto sentía una gota tocar cualquier parte de su cara, cerraba los ojos y comenzaba una rabieta. Se requería precisión quirúrgica en las manos y vocación de payaso en la voz para lograr que el niño no se diera cuenta de que tenía champú en la cabeza.

— Mira qué bonito está tu cochinito, vamos a apretarle la pancita para que hable ¿sí?, así mira, muy bien, hermoso. Ahora tú solito. Eso muy bien. Te voy a lavar la cabeza ¿eh? Recuerda que el agua es tu amiga, no pasa nada. Cierra los ojitos, ay, mira, ya viste, no pasa nada, mi amor.

Del otro lado de la puerta del baño, su mamá escuchaba y Mónica lo sabía. Estaba segura de que hoy no la odiaría por llenar la casa de berridos; estaba tranquila porque no habían tenido que intercambiarse gritos a través de la puerta cerrada. Aunque lo que más la tranquilizaba era saber que probablemente ya estuviera aprendiendo, realmente, algo de lo que implicaba ser madre. Imaginó que su mamá sonreía tranquila y cuando escuchó la puerta del cuarto de sus padres cerrarse en un rápido y apenas sonoro movimiento, tuvo la certeza de que su madre estaba orgullosa de ella.

El milagro había ocurrido. El niño no estaba llorando. Aunque se veía bastante nervioso y su cuerpo estaba tenso. Era un gran esfuerzo para él y ella lo recompensó quitándolo del chorro de agua y dándole un abrazo. Acostumbraba bañarlo desde fuera, vestida. Y aunque le molestaba mucho mojarse la ropa, creyó que el sacrificio de su hijo debía ser recompensado con uno propio. Sintió que lo amaba y que por él haría lo que fuera. Empezó a jugar con él, picándolo aquí y allá, haciendo ruidos de cochino.

Cuando Raulito quedó acostado en la cama, al centro y con dos almohadas a cada lado, por si se rodaba; Mónica bajó las escaleras. Los platos que su madre había lavado en la tarde, debían de estar secos y Mónica planeaba guardarlos, recordando alguna discusión que tuvieron al respecto. Ahora que estaba al fin sola en la sala, ésta era otra. No la sala de su infancia que tanto terror le había causado, sobre todo en la noche, sino la sala de alguien más.

Mientras su papá había trabajado, su mamá había mantenido un itinerante puesto de fritangas. Mónica no supo cómo era el trajín de su madre hasta que la tuvo que acompañar diario

porque no la habían aceptado en ninguna preparatoria. A veces iban a las primarias, a veces a las secundarias, repetían si era posible, pero los puestos que ya tenían tiempo afuera de los centros escolares nunca compartían. Mónica y su madre entendían. La competencia era la competencia y por eso ellas se movían. Con el tiempo y algunas ideas de Mónica, el negocio se fue pegando a una asociación de tiangueros que rondaba el nororiente de la ciudad. Así fue como se hicieron de una esquina cercana al tianguis que se ponía los miércoles en la Providencia. Después vino la desgracia familiar y el destape de los secretos, cosas que ella detestaba que se le remitieran de continuo en la cabeza, pero antes, brillante como aguja de oro en medio de un pajar, su romance con Felipe.

El platito de Raulito con los “luni tus” necesitaba sustituto, de la desdibujada cara del “Bos Boni” no se distinguía nada, sólo quedaba el cuerpo gris sosteniendo una escopeta de caza. Las piernas de “Cucas” también se habían desvanecido; no es que realmente hubieran estado, porque lo que antes había allí era un horizontal torbellino, que demostraba de forma bastante gráfica el temor con el que cualquiera escaparía de la muerte; al quitarle el torbellino, automáticamente quedaba despatado, incapaz de defenderse de la aparición tremenda de un conejo sin cabeza. Pero había algo más en el plato, una mancha seca y fruncida de salsa de tomate. Mónica llevó el plato al lavabo y abrió la llave, ninguna gota dignó a caerse. Mónica había olvidado que el agua se ausentaba de su casa en las noches. ¿Tanto la habían malacostumbrado los hoteles?

Al dirigirse a la cama encontró dos dibujos de Felipe a un costado de la puerta de la despensa. Uno representaba los huesos de la mano y el otro, los músculos. Las imágenes abarcaban casi todo el espacio de sus respectivas hojas y, aun así, Felipe había logrado acomodar sus diminutas letras alrededor de los márgenes, como todo estaba oscuro (Mónica ya había apagado las luces), las minúsculas palabras apenas se distinguían, con la poca luz que daban los huérfanos faroles del exterior, Mónica anheló un “te quiero, Mónica” escondido entre los demás caracteres.

Se fue acercando hasta quedar frente a frente. Y en la cocina se escuchó un salpicón, como si algo hueco, pero burujo, cayera sobre la tarja, aún mojada. Mónica ignoró el ruido, la apretujada letra de su pareja y subió las escaleras.

Fingió estar dormida cuando Felipe llegó. Él aún tardó un rato en subir a la cama y, ya en ella, tardó en dormirse. Mónica esperaba el momento en que comenzara el juego que jugaban algunas noches. A veces ella movía sus piezas primero, pero generalmente era él el que las llevaba más lejos. Pensaba que era muy probable que, si esto fuera una estrategia ajedrecística, la de Felipe fuera dar un Mate al Pastor o esa apertura que le había enseñado su maestro de la secundaria en la que la reina del docente terminaba comiéndose a la olvidada y desprotegida torre de Mónica. Todo eso le parecía de lo más tonto de su parte: pensar que era otro el que la obligaba a hacer lo siguiente. Aunque, de ser ella la voz mandante, tampoco querría hacer otra cosa. Así de inescrutable como se le presentaba el misterio de la maternidad, así se le presentaba el misterio de la iniciativa. Alguna vez escuchó en labios de su tía Silvia la máxima que equiparaba a las mujeres con burros, algo así como: “las mujeres nomás cargamos con las cosas de los hombres (y aquí las mujeres más grandes de la reunión, reían y se miraban) porque no nos hemos visto bien al espejo, mira que nomás de intuirnos las orejas, los llenamos de patadas”.

A veces, al pensar en Felipe y en ella, le venía a la mente un alcastraz. En eterno contraste: las paredes blancuzcas y el centro erecto y amarillo. Ella se representaba a sí misma como una de esas curvaturas, como una espiral arrugada que de vez en vez cedía a las fuerzas del centro o a las que venían de fuera. Ambas dispuestas para deteriorar aquello que ella era, lo que conocía, lo que le pertenecía. Con esa imagen en mente, se quedó dormida.

## IV

Parada en el patio de la Posada del Sol, en medio de todos, te sientes sublime. Pocos recuerdos quedan de los últimos meses. Ahora sabes que fueron meses. Te da el sol en la cara y no sonrías, te quedó la sensación terrible de que sonreír es estúpido. Lo hablaste ayer con Doña Cleme. Todo el tiempo que estuviste bajo la influencia de estupefacientes, te la pasaste sonriendo. Ante el dolor, sonrisa. Ante la vergüenza, sonrisa. Llorabas sonriendo y estás segura de que, hasta dormida, tu sonrisa no paraba. Lo que no sabes es que a Doña Cleme se le ocurrió que podría renombrarte Gioconda. Tampoco sabes que ese es el primer paso para pertenecer a la Posada. Por lo menos para todos aquellos que no llegan directamente a las habitaciones aisladas.

Hay algo que sí sabes. Que por poco no la cuentas. Y prefieres no pensar en eso. Todas las noches sueñas con luces y bultos. Amas la miopía de tu subconsciente, esa parte de ti que desenfocó todas las cosas que viste. Te sabes afortunada. No eres como Doña Cleme que sueña todas las noches con el día en que asfixió a su madre y le destrozó con un martillo la cabeza a su hermano. Por eso ahora no duerme, no quiere verlos morir todos los días. Ya no quiere matarlos todas las noches, pensabas ayer mientras hablabas con ella y te explicaba, por enésima vez, la razón de su insomnio. Tú duermes bien el dulce sueño de la víctima irresponsable. De la víctima a la que no le interesa nada más que estar viva y poder despreocuparse de lo demás.

Parada en medio de siete locos, un rayo de culpa te da entre las pestañas. Frunces el ceño. Recuerdas. A los nueve años te encerrabas en el baño a hacer dos cosas: besarte el dorso de la mano, porque tu prima decía que si no aprendías no habría manera de que un hombre te tomara en serio; y a quedarte quieta sobre la taza del baño, sin nada más que tus chanclas, antes de bañarte. Hacías como te había enseñado tu tía —mamá de tu consejera amorosa—: te quitabas los pantis y

los remojabas un poco con el agua helada y primera que caía de la ducha. Los acomodabas escurriéndose, después de torcerlos un poco, sobre la llave izquierda de la regadera. Segura de que, si dejabas allí tus calzones el tiempo suficiente, se enfriarían lo justo para que, al momento de cerrar las llaves, te sirvieran de protección contra el calor del grifo diestro.

Mientras esperabas a que el agua se calentara, lo cual sentías perpetuo, te sentabas sobre la porcelana de la taza del baño a esperar quieta. Perdida en el vacío del pasado, te gustaría pensar que jugabas a la muerte, pero nunca lo consideraste un juego, era algo que te tomabas muy en serio. Sólo eras, fuera del mundo.

Ya no te preocupa nada. En La Posada te alimentan, tienes donde dormir y no debes trabajar. Ni la culpa incipiente que te amenazó con sus centellas, te puede secar el mar de placer que esa inmovilidad augura. No pasas de los treinta, pero la medianía te susurra: ya llegaste a lo que querías. A diferencia de tu hermana (¿por qué la estás pensando tanto?) a ti te pesa existir. No es que odies al mundo o extrañes a tu mamá. Solías imaginar que eras el repuesto de la niña con la que naciste. Si ella moría tomarías su lugar y tratarías de ser como ella, estabas dispuesta. Sin embargo, los años pasaron y tu hermanita no fallecía, probablemente hasta viviría más que tú (¡qué bueno!).

Un día papá se resbaló en el baño. A diferencia del baño de tu tía, el que tenían en la casa (vieja y rechinante en Mar Egeo) tenía una tina de cobre inservible, carcomida y naranja. Tu papá había retirado el cabezal de la regadera y le había puesto un trozo de manguera verde que lograba redireccionar el chorro de agua hacia un costado de la bañera. Entre la taza del baño y el lavabo, abrió un agujero y lo conectó a la tubería vieja. Así te acostumbraste a bañarte, sosteniendo la manguera con una mano y enjuagándote con la otra. Te parecía curioso que eso te hubiera dado tantas habilidades manuales que los clientes agradecían. Mientras los satisfacías, pensabas en el

piso de ese baño, de mosaicos verde oliva, con su agujero en el piso y el agua desplomándose en su circunferencia irregular.

“¡Te quedó chueco, papá!” Gritó tu hermana cuando papá les presumió el resultado de su trabajo. Admiraste su honestidad y envidiaste su garbo, pese a todo tomaste nota, tendrías que decir cosas semejantes si ella moría. “¡Mariana, ven, carajo, chingada madre, ven, ven rápido!”, gritó tu hermana, años después, cuando encontró a papá con la mitad del cuerpo desparramada sobre la inservible tina. Una mancha de sangre se veía entre la herrumbre del cobre. Te quedaste sin hacer nada, parada con los pies abiertos. En medio de ellos, inmutable como tú, el agujero que tu padre hizo. Tu hermana llamó a la Cruz Roja, tu hermana se fue en la ambulancia con papá, tu hermana se quedó a dormir en el hospital, tu hermana lo trajo de vuelta, aunque eso último no lo sabes de cierto, quizá papá no volvió nunca, tal vez ambos siguen en el hospital después de siete años de cuidados intensivos. No sabes porque te fuiste y no hay poder humano que te haga pasar de Hidalgo cuando recorres la línea dos, dirección Cuatro Caminos.

“Doña Blanca está cubierta de pilares de oro y plata”. Cantan los locos que te rodean. Se miran entre ellos con una complicidad enferma, una complicidad que no sabe del todo que es correspondida. Los entiendes. Durante los meses que Ellos te tuvieron, perdiste las certezas que tenías sobre la interacción humana, no entendías los gestos básicos de los que te cuidaban. Víctor hacía un gancho con el dedo índice de la mano derecha y lo colocaba encima de su nariz, bajaba los ojos y sonreía, cuando estaba enojado. Yaqui paraba los labios, miraba al techo y ponía los brazos en jarras cuando estaba contenta. Celeste estaba quieta todo el tiempo, a veces estabas segura de que no parpadeaba, de que dormía con los ojos abiertos. La envidiabas por haber perfeccionado el arte que hacía mucho habías abandonado. Nada era claro desde la bruma en la que estabas parada. Ni siquiera recuerdas si Yaqui era la inmóvil, si Víctor era el de los brazos en

jarras o si Celeste, la del gancho. Sólo recuerdas esa sensación de agradecimiento inmenso y tu sonrisa idiota. Seguro que ellos estaban confundidos como tú; te pegaban y sonreías, discutían y sonreías, te metían al dormitorio (no vayas ahí, no), te tumbaban en la cama y sonreías, mientras te sostenían brazos y piernas y el (NO, NO, NO) te desgarraba la (PARA, PARA, POR FAVOR), sonreías.

Atacando una línea llena de nostalgia el acordeón norteño te hace girar la cabeza. A veces los puestos que están afuera de la Posada ponen la radio muy fuerte. Y adentro, en el patio rectangular, el corro de locos se hace más pequeño, pronto los ves más cerca: uno de ellos, el más enano, saliva mientras te ve; otra susurra cosas y sus ojos intentan lastimarte, *una voz de ternura que me llena de placer*, Doña Cleme no está y tienes miedo. Volteas al suelo. El pasto que cubre tus pies y que te acariciaba hace poco, ahora se ve amarillo y trata de abrirse paso entre la piel de tus plantas, *aunque nunca la conocí, sueño en su querer*, una anciana te agarra el brazo y piensas en Pinocho y sus dientes negros.

Intentas romper el cerco humano y no puedes, sientes la saliva del enano en tus lumbares, traspasando tu ropa y humedeciendo tus vértebras. Grita, levanta los brazos, empuja, no te quedes quieta como siempre, no dejes que te pase de nuevo. Grazna un nunca más. No creas que sentirte muerta ayuda. *En sus brazos quiero dormir*. Escapaste un día, acuérdate. Si pudiste escapar una vez, puedes hacerlo de nuevo. El círculo de locos corre más deprisa rozando tu cuerpo con sus uñas, su ropa, sus piernas, crees sentir un pene, un seno y te sorprendes apretando tu vientre y tratando de rasgar tu bata, mientras más clavas tus dedos en tu ropa, más se estira y ... estás, otra vez, en un cuarto aislado. Los colchones de la pared, los colchones del piso se mueven acompasados tum... patum tum tum... patum tum tum... patum tum tum. *Seguro que la vuelvo a oír*. Al fondo hay tres respiraderos. Intuyes que, dentro de ellos, pacientes en la oscuridad, hay ventiladores

oxidados y naranjas, cerrándose y abriéndose, haciendo armonías que parecen de teclado oooooohhh, *hoy mi deseo no me deja descansar oooooohhh porque despierto y no me pongo a llorar.* Tus brazos están cruzados sobre tu pecho, sujetos por arneses. Te avientas sobre la pared, una tum... patum tum tum... dos patum tum tum tres *yo seguiré*, veces.

Y se repite, la melancólica certeza del acordeón y *en sus brazos quiero dormir*. Quizá, si lo intentas con fuerza, puedas lograr que tus pestañas se doblen y se claven en tus globos oculares. Concéntrate, lo estás haciendo muy bien, mira ya se están doblando. Como pistilos en desarrollo, pistilos negros y lagañosos, como las patas de una escolopendra, sientes que se cierran y entran agudas en tu retina. Un día, a los 10 años, descubriste que podías pasarte una aguja por la punta del dedo índice sin sentir dolor. Durante dos semanas fuiste la sensación de tu salón, hasta que Inés descubrió que podía agitar sus orejas a voluntad; hasta a ti te dio asco ver sus cartílagos aletear sin prisa, buscando el polen de atención del cual habías gozado por tantos días. Con todo, supiste que aquella era una prueba más de que sobrabas en el mundo, la falta de dolor, la efímera fama. La aguja en tu dedo eras tú. Inerte, sin capacidad de modificar la carne. Así entran sin daños ni sensaciones las pestañas en tu iris; si tuvieras un espejo frente a ti, verías tus ojos como dos óvulos fecundados por agujas negras.

*Escucho cada día la radio*, varias manos te sostienen los brazos y *en el cielo busco mi estrella* te impiden seguir lacerándote los ojos. Quizá Doña Cleme pensó que sería buena idea que Braulio cargara la cubeta con la que pensaba bautizarte (Gioconda), pero ahora que regresa del baño y te encuentra con el párpado derecho empapado en sangre, rodeada por los demás, grita. Trata de agarrar a Braulio por la playera, pero él ya va corriendo hacia ti, tirando una buena cantidad de agua sobre el pasto y las baldosas. *Voy desvelado*, corriendo hacia ti va Braulio *por estas calles* y recuerdas de golpe la imagen *donde andará*, la forma, el sentido y la angustia por existir

*desvelado y sin amor* de La Cosa que te hizo madre. El cubetazo de agua fría apaga música, recuerdos, dolor.

## V

Todo apuntaba a él. Le habían dado el viernes libre, además de que estuvo todo el sábado con ellos. Se veía desvelado. Aunque el descubrimiento fue en la noche, el crimen pudo haberse cometido el viernes en la madrugada, mientras todos dormían. No había motivos para que él fuera el responsable, pero seguía siendo el único sospechoso. Por supuesto que tu madre no lo había hecho. Quizá no le gustaba el tango, pero respetaba las cosas de su marido como propias. Alguna vez incluso, la había castigado por llevarse uno de los pantalones paternos, por error, después de destender la ropa. Raulito no tenía la fuerza necesaria para hacerlo, también quedaba descartado. A menos que ella fuera sonámbula, sabía que tampoco ella lo había hecho. Y cabía la posibilidad de que Felipe fuera el sonámbulo, pero desde que estaban juntos nunca lo había sido y ni el viernes, ni el sábado, ni hoy, lo estaba siendo. Sin embargo, ¿quién sino él?

La lavadora comenzó su ciclo en cuanto Mónica le vació la cuarta cubeta. Al lado de las cuatro ya vacías, aguardaban otras cuatro, llenas casi hasta la orilla. Era la única forma de lavar la ropa en la noche. Guardando agua desde la mañana. Cerró la tapa y se volvió a meter en la casa. La cocina estaba callada, amarilla por la luz, artificiosa y solitaria en medio de la oscuridad de la sala y la de la zotehuela. La orilla inferior de la puerta derecha de la despensa seguía húmeda. Ya había pasado un mes y la madera vieja nomás no se reponía de la inundación que Mónica había causado por dejar la llave abierta. A la mañana siguiente, para cuando ella y su madre habían despertado, su papá estaba terminando de secar el suelo de la cocina.

—Felipe me ayudó antes de irse.

—Menos mal, seguro fue su culpa. Fue el último que llegó. Antes de que ayer me fuera a dormir todavía teníamos agua, además de que los platos los lavé en la tarde.

—Fue mi culpa, mamá, no de Felipe

—¿Y sí fuiste tú o lo estás cubriendo?

—Sí fui yo, mamá. Y ya no me digas nada que no quiero estar discutiendo.

—Mira lo que me encontré, Rosa —y su papá le enseñó un gusano asalmonado a su madre —es un anélido de agua dulce, mi papá nos contaba que, cuando el abuelo era niño, en La Plata, se encontraba muchos como este; como es un estuario, los anélidos que llegaban a él morían al contacto con el agua salada.

—¿Qué es un estuario, papá?

—La Plata.

Menos mal que el agua no llegó a la sala. Si hubiera arruinado los muebles de su mamá o la consola y los discos de su papá, ya no estarían en esa casa. O quién sabe. Al final es muy probable que los padres toleren a los hijos y a sus estupideces por el amor que les tienen. Aunque se pongan límites en apariencia infranqueables, al final, con un poco de paciencia y una distancia considerable, el perdón llega para la progenie.

Claro que estaba el caso de su amiga Ernestina. Su madre la había corrido de su casa al día siguiente en que la descubrió fornicando con el novio en su cuarto. Ernestina se reía y decía que lo que más le había dolido a su mamá no era el acto sexual, sino que le hubieran manchado las sábanas. Fuera cierto o no, Ernestina había intentado regresar, una vez incluso con un paquete de sábanas nuevas, y nunca le abrían la puerta. En su fuero interno, Mónica imaginaba que la madre de Ernestina había muerto al poco tiempo y que se negaba a abrirle, no porque no la hubiera perdonado, sino porque ya no podía.

En sordina, los ruidos de la lavadora irrumpían en la casa, como si les diera pena. Probablemente los vecinos tendrían que lidiar más abiertamente con esa sinfonía mecánica, que los habitantes de la casa, dado que la zotehuela no tenía techo. Con ese silencio mediano que no se atrevía a manifestarse por completo ni a desaparecer entre las notas náuticas de la lavadora, Mónica se sentía rota, aquella noche de domingo. Sólo un grillo, en su inutilidad, podría haber cantado la melodía que escribía en partituras rimbombantes el corazón de Mónica.

El vientre de la noche acababa de dar a luz y ahora estaba vacío; desde abajo, su hija eléctrica le mandaba serenatas de bullicio. La mano de Mónica buscó las perillas en la oscuridad de la sala. Sabía que cualquier indicio de luz despertaría a su madre, si es que no se encontraba despierta ya, acaso escuchando los menesteres de su hija. La radio abrió una letanía comercial que Mónica intuyó. Nadie ponía programación muy interesante en la noche, al menos no en AM, pero es que la Frecuencia Modulada no era territorio que el aparato de su padre estimara.

Tener todo esto requiere de un gran esfuerzo de todos, debemos sentirnos orgullosos de lo que tenemos. Como sabes hay mucho que hacer en el de efe, pero también hay mucho que hacer por el de efe. Cuídalo, es tuyo. Distrito Federal, la gran ciudad de México la canción que seguía silenció el anunció estatal, trocándolo en la voz de una mujer despechada que cantaba “del holocausto de tu amor” y “sólo quedan ruinas de mí”. Linduras como “me sales debiendo tantísimo amor” y “cómo puedes decir que te olvidaré”.

Mónica no pudo evitar pensar en el terremoto de hace años. Y en la destrucción que ella no pudo ver. La voz de la Trevi le recordó la que había escuchado, allí mismo en esa sala, pero en compañía de un sol inclemente que se asomaba socarrón ante la desgracia humana, un día brumoso en la memoria de la que no lo vivió cerca. Mientras eso pensaba, sus ojos buscaron el número que

indicaba el día en el reloj de la sala; éste exhibía, sobre una de sus mejillas, un dieciocho, pero se notaba que el mecanismo interno pugnaba por derrocar al ocho para coronar a un nueve. Exactamente diez años.

Las imágenes que pasaban por su mente al escuchar la voz del presentador, la transportaban al centro de una ciudad destruida; como sabía poco de la geografía del Distrito, imaginaba que todo su territorio se había hundido, los nombres de edificios y calles que el reportero daba sólo eran la confirmación de que la inmensa mancha urbana había terminado por devorarse a sí misma. La distancia de los años y los últimos acordes de la canción le trocaron la imagen del temblor con la de una masa deforme de color rosa que había visto en el cine con Federico. Y de las escenas de la ciudad vuelta un bulto fucsia, regurgitando y encogiéndose, pasó a otras en las que las manos de Federico se retorcían y sudaban sobre las suyas o sobre sus muslos; mezclilla y piel se amasaban en su memoria mientras sentía lirios en la vagina.

¿Dónde estaba la culpa cuando más la requería? Necesitaba censurar esa vorágine de recuerdos que la ponían nerviosa. Pero sólo eso. Ningún remordimiento se asomaba, ningún pesar. Con tranquilidad, sabiéndose colorada, Mónica se concentró en Raulito, en lo que le faltaba por aprender para cuando tuviera edad de entrar en el preescolar. De inmediato se sintió abrumada ante la cantidad de cosas de las que adolecía la formación que le daba. Lo sabía bien. Quizá si se esforzara más. Sin embargo, depositaba las esperanzas en la vocación y capacidad del padre. Bueno, no tenía por qué pensar en él como “el padre”, era su esposo y el papá de Raulito, era su Felipe o ¿acaso seguía recordando las manos de Federico? Para nada. No podía ser. Curioso juego de iniciales. F y M.

Al menos las micciones nocturnas habían cesado, aunque había notado una predisposición al sueño cada vez mayor en su hijo. O era más bien una debilidad. No era anemia porque no estaba

amarillo, ni tampoco hepatitis porque llevaba más de medio año sin enfermarse, pero había algo en la mirada de Raulito que la tenía preocupada.

—Deberías llevar al niño a la clínica.

—Está muy lejos.

—¿Y eso qué? Más lejos va a estar el panteón si se te muere.

—¡Mamá! No empieces.

—Yo no empiezo, nomás para que no digas que no te dije que llevaras al doctor al niño. Seguro piensas que puedes traer un hijo así nomás al mundo, pero requiere más que darle de comer, jugar con él, bañarlo y dormirlo. Un hijo no se toma a la ligera, Mónica. Si yo los hubiera tomado a la ligera a ti y a tu hermano, no estarías aquí. Porque tener hijos no es nada más abrir las patas y ay, qué rico y mi, amor, te amo te amo. No me veas con esa cara, ¿a poco ya estás embarazada otra vez?

—No, mamá, no estoy embarazada otra vez. Sólo queremos tener a Raulito.

—Así dijimos nosotros y si nos hubiéramos mantenido en esas no hubieras nacido. Yo nomás te digo que te cuides, porque ya una vez rota la jarra, nunca se le queda el agua.

También había algo en la mirada de Felipe. Desde el día de la inundación, no habían jugado al ajedrez carnal. ¿Por eso estaba pensando en Federico? Le costaba trabajo admitirse deseosa. Hay cosas que se sobrentienden, cosas que cualquier persona con un poco de tacto podría definir como: “todos tenemos necesidades”. Pero había algo en la cubierta de la verdad, que la atormentaba. Esa cubierta que era como el chocolate, sabor que detestaba y que tantas sorpresas le granjeaba. “¿Cómo crees que no te gusta el chocolate?”. Era, de todas, la expresión de descrédito más común.

Entendía que la verdad no podía ser dicha así nomás; pero si incluso las galletas defectuosas se vendían, a menor precio, cierto, pero se vendían, ¿acaso no podía ser digerible la verdad más horrenda? La falta de tacto no le era algo ajeno, su mamá la practicaba muy seguido con ella. También tenía presente la enfermedad como potenciadora de verdades: los locos eran honestos en contra de su voluntad; los borrachos, desinhibidos que eructan el verbo llano y el adjetivo bruto.

En el otro extremo tenía como ejemplo la forma de expresarse de Felipe, el modo en que las palabras que iba desgranando terminaban acodadas con otras de igual belleza, palabras que cualquiera compraría y que Felipe ocasionalmente obsequiaba. Y aunque le parecía mañoso, a veces, le reconocía que era difícil. Bastaba verlo estudiando y haciendo apuntes. Si quería hacerse una idea de lo que costaba amaestrar a las palabras, lo evocaba pegando hojas en la casa que tuvieran que ver con lo que fuera que estuviera aprendiendo.

—Si refuerzas cualquier despliegue de información con imágenes y ejemplos es más difícil que abandone tu mente. Claro que no funciona si te esfuerzas un poco. Es como si compraras una planta y pensaras que va a vivir sólo de que recuerdes tenerla.

—Claro, tienes que regarla y procurarla.

—Pero, sobre todo, entenderla. ¿Un tulipán requiere la misma cantidad de agua que una cactácea?

—No —a Mónica le gustaba mucho que Felipe le diera ejemplos con cosas que a ella le gustaban, sentía que ambos se entendían.

—Ves a eso me refiero; si sólo sabes una generalidad, en realidad es como si no supieras nada.

Por ejemplo, cuando estudió para el extraordinario que había presentado después de que nació Raulito, estuvo una semana desvelándose enfrente de un libro de física que Mónica tenía presente porque le gustaba la fotografía de un tren de vapor que tenía como portada. Felipe era dedicado y paciente, pero eso había cambiado. Hace poco, ese libro de física terminó rayado por Raulito. Ese día Mónica le enseñó a Felipe la “obra de arte” de su hijo y él reaccionó arrebatándole el libro de las manos a Mónica, dándole con él una nalgada al niño para después blandírselo a la cara, mientras le gritaba que eso no se le podía hacer a un libro.

Después se encerró en el baño con la excusa de ir a lavarse las manos. Mónica nunca lo había visto tan pendiente de ellas. Cada tanto lo sorprendía viéndose las palmas con detenimiento o yendo a lavarse las manos después de cualquier actividad por muy breve que fuera. Felipe actuaba raro y lo que más le llamaba la atención era la ausencia de libido que lo embargaba por las noches. Mañana le preguntaría a su mamá si es que se le había ocurrido estar molestando a Felipe con aquello de que no debían tener otro hijo. Ella sabía que se cuidaban; un día al regresar de la comercial, descubrió un paquete de condones que Mónica había guardado entre los rollos de papel higiénico.

—Ya sabes que, por mí, está bien que te cuides, pero tampoco le hagas hoyos al papel, ¿qué tal que se termina saliendo o que te roban tus condones? Saldría peor porque ya tendrías excusa para andar de descuidada.

La lavadora anunció que había terminado y Mónica salió al patio a colgar la ropa en los mecates. Trató de recordar las canciones que siguieron a la de la Trevi y no pudo. Estaba muy dentro de sí misma, los senderos por los que había transitado no la habían llevado a ningún lado, pero intuía que de alguna manera estaban conectados. El gusano que su papá había encontrado debajo de la mesa; la mamá de Ernestina; la suya propia; el temblor; la canción y el comercial del

Distrito Federal; el tren, capturado en plena marcha sobre la portada del libro; las manos de Federico y la falta de deseo de Felipe. Todo apuntaba a algún lugar. Quizás a la locura. Se estaba volviendo loca de tanto pensar, de tanto darles vueltas a las cosas, tratando de encontrarles un sentido. Cuando lo único que debía darle sentido a su existencia, estaba allá arriba: sus padres, su esposo y su hijo.

Cuando, ya en la cocina mientras se secaba las manos, escuchó un tango en la radio, lo recordó. Todo era un dedo, apuntando a Felipe. La canción misma, que repetía hasta el cansancio que lo habían visto con otra. ¿Era eso? ¿Por eso estaba tan cambiado? Antes de correr hasta su mochila y averiguarlo por alguna carta, algún recuerdo, alguna prenda de ropa con perfume, se sirvió un vaso de agua fría. *Ayer te burlabas de su pobre amor, pero hoy una amiga te dicho...*

El que se burlaba de todos era él. Felipe el inteligente, Felipe el que no regresó a la escuela porque tiene una misión más grande en la tierra. El que la miraba a veces de lado, cuando ella no comprendía lo que le decía; el que no respetaba del todo a sus padres porque “son de otra generación, no entienden”; el que se enojaba con su hijo por hacer cosas que todos los niños hacen; el que, en su afán por saber, les llenaba la casa de hojitas que no importaban para nada. Mónica se bebió el vaso de agua y esperó a que el tango terminara. Algo de La Plata le había quedado en la sangre, porque el dolor se le iba aclarando a golpes de guitarra y quiebres de bandoneón.

Quizá estaba siendo muy estricta con Felipe. Él tendría que estarse ocupando de su mujer y de su hijo por cuenta propia, pero estaba muy concentrado en su valioso conocimiento como para ver más allá de él. No se daba cuenta del mucho mal que le estaba haciendo al tratarla como niña. Alguna vez, ella había hecho muchas cosas por su familia, había tenido la iniciativa de conseguir un lugar en el tianguis y se puso a tocar puertas hasta que lo logró. Le había ayudado a su padre a acomodar la casa y a mantenerla limpia, mientras su madre trabajaba y todo mientras terminaba la

secundaria. Y cuando la desgracia cayó sobre él, fue la única que le creyó y lo acompañó al Ministerio, mes tras mes, cita tras cita, por lo menos hasta que lo dejaron en paz. Hasta que dejaron de relacionarlo con el PROCUP y los demás partidos y asociaciones. Era cierto que no era un hombre limpio y que la gente que pertenecía al grupo de reubicación de damnificados por el sismo, sus compañeros, no era una parvada de blancos pichones. Pero al menos él lo hacía por el bien de la gente. Nadie que quiera ayudar a las personas en esta época puede estar completamente limpio de corrupciones. Alguna vez lo dijo él mismo: “quien esté libre de amparos que arroje la primera denuncia”. Ya sonaba como su madre, rencorosa y axiomática, reprendiendo a todos por sus errores sin ver los propios. Pero qué más daba, ahora que tenía razón y lo había entendido; no era una infidelidad lo que a Felipe atormentaba, era que Mónica lo estaba descubriendo.

En alguna de sus noches de hoteles, lejanas y ausentes como planetas, Mónica le había contado toda la historia a Felipe. Y él, al menos en aquel momento, había tenido la decencia de callar, pero después de eso nunca miró a su papá con buenos ojos. No por eso Don Jacinto Ramos se merecía el desprecio secreto que le profesaba Felipe y mucho menos que aquél al que tanto había apoyado, y que era como un hijo para él, le rompiera su disco favorito de Troilo. Porque, mientras echaba la segunda tanda de ropa a la lavadora y vaciaba encima las cuatro cubetas de agua, Mónica lo supo. Felipe había sido y no dormido y no por accidente, lo había hecho a propósito y, muy probablemente, con una sonrisa en los labios.

## Segunda parte

*“I thought this  
what you wanted”*

“¿Es eso la ciudad, nuestro enemigo invisible?

A últimas fechas he caído en la cuenta de que el peso que cargo  
a diario en el pecho, como un dolor tenaz a la altura del esternón,

es la ciudad.”

Mauricio Montiel Figueras “Portafolios”

## I

Otra vez lo despertó el mismo sueño. La caída en medio de un sifón de bestias y la imagen de sus brazos peludos, coronados por largas y contrahechas manos de chango. Llevaba semanas despertando antes que su suegro, quien no había vuelto a usar su consola desde lo de su disco de Troilo. *Lo que hiciste funcionó*. Aunque en cada amanecer deseaba que todo resultase una prolongada pesadilla, ya estaba acostumbrándose a la voz. *Deberías, estaremos juntos siempre*. El aire se tornó sueño.

Verificó desde la almohada que la ventana estuviese cerrada, sintió las manos de Raulito reposando en su cuello. Las pestañas tiesas, sus ojitos cerrados. Las piernas de su esposa se arremolinaron sobre las suyas. Temió, en un segundo, que aquello que por meses intuyó entraría por la puerta, se tratase en realidad de un señuelo y que la amenaza real hubiese estado todo el tiempo en su cama. En las personas que más deberían amarlo. En los que deberían adorarlo, quererlo. Apenas consciente, tomó la cara de Raulito por la de una estatua que hacía tiempo no veía y que lo había perturbado en su niñez.

Sus abuelos vivían en la colonia Del Valle en la calle Providencia. El final de cada visita siempre comenzaba con la presunción de que su casa, estilo *art decó*, había sido diseñada por Teodoro González de León. En el ambiente previo a la despedida se soltaba la amenaza, que nunca llegaba a cumplirse, de que el abuelo subiría por las escaleras para traer los planos originales firmados por Don Teodoro. En cada visita sin importar qué fecha fuese ni lo que hubiese pasado previo a la despedida velada, ahí estaba el gesto de su abuelo: se levantaba de su asiento, se alisaba el pantalón a la altura de los muslos y decía: “Puedo bajar los planos originales de la casa, ¿sí sabías que la mitad de esta colonia fue diseñada por Don Teodoro? Sí González de León, el de la alberca

olímpica. Rosa, trae la mesa larga del estudio.” Y ante la imagen de la abuela cargando semejante armatoste nadie podía decir sí. Felipe soñaba con el día en que esos planos le fueran mostrados, con su abuela cargando la mesa enorme de avellanado barniz oscuro y al abuelo abriendo la escotilla del ático; en sus sueños, el abuelo subía y bajaba la escalera plegable en un solo y amplio movimiento, el fragmento pantanoso que ahorra acciones en los sueños.

Pero nunca pasó. Sí pasaba el fastidio de su padre y la cara desdeñosa de su madre. Sí pasaban los abrazos de la abuela y las aupadas del abuelo. En una mesa de vidrio chaparra que tenían en la sala, siempre había avellanas cubiertas de chocolate y pasaba que Felipe tomaba unas cuantas cuando creía que nadie lo veía. Lo cierto es que su mamá siempre lo veía y en la oscuridad de su cuarto, antes de dormir, le decía que no tomara las cosas sin permiso. Menos las cosas de la casa de los abuelos, porque ellos eran muy especiales.

—¿Por qué especiales, mamá?

—Porque no les gusta que cualquier persona tenga lo que ellos tienen.

—¿Y por qué no les gusta que los demás tengan lo que ellos tienen?

—Porque no son compartidos. Así son los ricos, por eso son ricos, porque todo lo esconden.

—¿Y por qué esconden todo?

—Porque no quieren que se les acabe.

—Tú también eres rica, ¿verdad, mamá?

—No, yo no soy rica.

—Entonces ¿por qué le escondes los cigarros a mi papá?

Así pasaban las pláticas nocturnas; a veces preguntas y respuestas se repetían. El cuarto se llenaba de ecos y todas las noches eran la misma. Al menos así lo recordaba Felipe. La única noche que no fue igual y que estaba en un apartado especial de las memorias de Felipe, en un sitio en donde ponía todos los recuerdos singulares, aconteció en la cama de su madre. También fue de noche y casi no se veían las caras, aunque esa vez no hubo preguntas, sólo una respuesta, una muy larga: sus suegros la odiaban porque su hijo los había abandonado por ella. Pero eso no fue lo que Felipe recordó cuando miró la cara de Raulito.

A unas calles de la casa de sus abuelos había una iglesia. Estirada y llena de picos, parecía un caparazón agazapado. Felipe imaginaba el fondo de algún paraje, generalmente boscoso, en el que el dueño de la coraza esperaba pacientemente a que aquel que se presentase por allá se distrajesse para poder salir de su escondite y devorarlo. En el jardín de esa iglesia, en medio del bosque, había una estatua de piedra. Alargada y aguda como la iglesia misma, la escultura aguardaba con la mano derecha sobre un libro y la izquierda sobre el pecho. Las manos extensas reposaban con una muerte inquieta y los ojos sufrientes y ásperos se hundían, cabales, en las honduras del pecho humano. Del pecho de Felipe al menos; quien con una visita a ese sitio tuvo suficiente de Dios.

Incluso cuando llegaba a convencer a sus padres de llevarlo un rato al parque que estaba en la siguiente esquina, Felipe temía. De haber sido él el que guiase los pasos de sus padres, los habría obligado a cruzar la calle para ir por la banqueta opuesta. Pero de eso no había nada. Si algo recordó Felipe, recostado en su cama, acoplado su oído al ruido de la periferia citadina que amanecía, recién salido de un sueño que entendía ahora como *acostúmbrate* recurrente; si algo recordó aparte del duro rostro de la estatua que lo vio desde el rostro quieto de su hijo, fue el silencio que aprendió a cultivar.

No importaba lo que dijese, ni cómo lo dijese, sino cómo lo callase. Sonó el timbre del teléfono. Se apresuró hasta el aparato y descolgó. Era Don Paco.

—Ya déjala, huevón.

— Francisco, por favor guarde silencio. Navarro, buenos días. —la voz del Señor Alfredo intentaba ser afable, despreocupada. —Qué bueno que te encuentro. Fíjate que hoy también necesito que empieces tu turno en la tarde. Nos vemos a las seis. ¿De acuerdo?

—Pinche suertudote...

La voz lejana de Paco se volvió ininteligible. Felipe imaginó al señor Alfredo colocando la palma de su mano sobre el micrófono. Pensó también que si aquello de trabajar en la noche era parte del aumento de sueldo que le prometió la Federación, al que le estaban tapando algo era a él. Una cosa era un aumento de sueldo y otra muy distinta era pagarle horas extra porque trabajaba en la noche; del último bimestre para acá lo había estado haciendo una vez a la semana. Lo cierto es que el turno nocturno era más corto y en cuanto a trabajo, más ligero. Escuchó un “Navarro, ¿sigue allí?” y pensó en lo raro que era que Paco estuviera en la oficina del jefe.

—Claro que sí, señor Alfredo. Cuente conmigo.

Colgó después de las despedidas y se quedó viendo el teléfono, mientras el tono de desconexión insistía. Auriculares, campos magnéticos, pautas distintivas, electroimán, ondas acústicas transformadas en ondas eléctricas y dos circuitos distintos que se alternan el mando del aparato. Todo en marcha, en un espacio menor a veinte centímetros, para que dos personas a cientos de metros se comuniquen. *Así somos nosotros, justo esos dos circuitos.* Retiró la mirada y se miró otra vez las manos: negras de nuevo.

La primera vez, pensó que era mugre. La mañana del día siguiente a su rescate heroico, *no rescataste a nadie*, mientras secaban juntos el agua que había anegado la cocina durante la madrugada, su suegro le preguntó si había trabajado con las puertas o con las llantas. Un poco distraído, no comprendió la pregunta, intuyendo un buscapiés, le dijo la verdad.

—No hice talacha ayer. ¿Por?

—Tus manos.

Así inició. Apenado, Felipe caminó hacia la tarja para lavarse las manos. Se miró los nudillos y las azules venas que sobresalían de ambos dorsos. Todo limpio de ese lado, las giró con la regularidad con la que las manos suelen girarse cuando no se espera nada sino lo habitual. Y por un momento así fue. Los músculos intrínsecos recubrían los mismos lugares de siempre. La eminencia tenar, acombada y la hipotenar, plana y curvada ahí en su unión con los escafoides y los metacarpianos. Las líneas sobre las cápsulas interfalángicas, cruzadas por trazos más cortitos, seguían dirigiéndose al límite con el dorso y falleciendo en esa frontera invisible. Recordó que esas líneas lo habían cautivado durante toda su infancia y que *ya me estás aburriendo con tantos recuerdos* quizá eran las causantes de su afición al dibujo. Le parecía tan curioso que fueran más oscuras mientras más contraía los tendones y músculos de los dedos hacia la palma, pero sin cerrar el puño; y que, al extenderlos, abriendo los dedos y estirando la piel, se volvieran rojas y un poco transparentes. *Aburrido*. Todo parecía normal.

Pero viendo delicadamente la dermis, se notaba un poco oscurecida. Felipe imaginó *aburrido* que algo en su melanina se había atrofiado y que ahora las palmas de sus manos, tan acostumbradas a la ausencia de pigmentación, se tornarían de algún color fascinante. Rechazando la idea giró la llave sarrosa del fregadero y hundió los dedos de la mano izquierda en el aceitoso

jabón verde. Siempre se hundía del centro y quedaba un pequeño charco espumoso. Frotó las palmas y no se contuvo:

—Ayer salvé a alguien que estaba en las vías del metro —la verdad a medias le salió tan dubitativa que sonó a mentira completa —suegro.

—¡A poco! —la declaración de Felipe, con su énfasis tembleque, entró y salió de la atención de su suegro sin recibir vigilancia. Como un cómplice indeseado, un violín chirrió y calló en la canción que sonaba en la consola. Felipe supo que era la pista siete. “Cinco más y termina”. *Podría terminar desde ahorita si quisieras*. Las manos negras y la voz en su cabeza. Igual a la que escuchó en la curva del túnel, mientras cargaba a esa mujer que se desangraba entre sus brazos.

Llevaba un buen rato parado en el umbral de la puerta y Mónica despertó.

—¿Qué haces ahí? ¿No vas a ir a trabajar? —Felipe abandonó el recuerdo y colocó sus manos detrás de sus lumbares. Mónica notó el gesto culpable — ¿Qué tienes en las manos?

—Nada... (*tu anillo de bodas*)... ¿Qué te gustaría que trajera?

—No sé, Felipe. Tú fuiste el que escondió las manos cuando me vio.

—¿Te gustaría que fuera un anillo lo que tengo en las manos?

—¿De qué hablas? ¿No que no nos íbamos a casar?

—Pero a tus papás les gustaría, ¿no?

—A mis papás... ¿De qué hablas, amor?

*¡Qué dulce!, te está perdonando cualquier estupidez que estés musitando y todo sólo con esa palabra, ¿hace cuánto que no te dice así?* Felipe se detuvo, ignoró la voz torciendo un poco el

cuello y se dispuso a vestirse para ir a trabajar. *Mejor quédate*. A contraluz, con el brillo presentido que le golpeaba la espalda, trató de verse las manos y se las presintió más oscuras. *Ya sabes cómo funciona esto*. Se sentó al borde de la cama y le acarició una pantorrilla a Mónica.

—No necesitamos ser esposos —*¿Y por qué la piensas como tal, por qué les dices a sus padres, suegros?* —así estamos bien. Además, no te quiero tanto.

Sonriendo por su broma, Felipe continuó acariciando las piernas de su esposa, iba más arriba y más abajo, *ya ves, la piensas como tuya, como esposa*, viendo la negrura de sus manos encogerse. Raulito dormía. La ausencia general de ruido le aseguró que sus suegros no estaban. Alguna cita pendiente en el Seguro. Le contó a Mónica sobre la conversación con su jefe y del metiche de Paco, la vio reír y un espasmo de placer le anidó en el pecho y le despertó, *nomás se te paró*, la lujuria. Conforme fue acomodándose sobre Mónica, conforme le fue besando, por encima de la sábana, los pezones y el cuello, sus manos se emblanquecieron y la voz, amorrió.

Ya en la calle, cuatro o cinco horas después, la voz apareció de nuevo. *Hemos estado juntos todo este tiempo*. Felipe cruzó la acera y un escarabajo verde le tiró un bocinazo amistoso. No había necesidad de tomar el taxi, iba con muy buen tiempo; sin embargo, le pareció curioso que un taxi del distrito anduviera tan lejos de sus rumbos. Quizá Emilio iba al volante. Qué pequeño el mundo, pensó, giró sobre sus talones y saludó con la mano, dirigiendo una mirada al cabús del vocho que se alejaba entre sonoros espasmos del escape. Conoció a Emilio en el momento más conveniente de su vida. Cuando estaba en la Voca, iba a presentar un examen de química con una profesora muy exigente y se había parado tarde. No había manera de que llegara en la micro que generalmente tomaba, así que se aventuró con un taxi y así conoció a Emilio. Generalmente lo único que Felipe esperaba de un ruletero era una amena conversación y, en el peor de los casos, que le cobrara de más. Con Emilio las cosas fueron distintas desde que Felipe abordó la unidad. El olor del carro; las

cubiertas de plástico brillante y limpio adosadas con las vestiduras originales. A diferencia del cubre asientos trenzado, de colores opacos o mal combinados, que tenían los “cocodrilos”, y que amenazaba con perpetuar su reinado de horror en los “canarios”; el cubre asientos de Emilio estaba hecho de una tela suave y resistente. En aquel momento Felipe se hizo la promesa de investigar más sobre telas, pero, como tantas cosas en la vida que se posponen por otras de más importancia, no la cumplió. *Las telas son para viejas*. La conversación de Emilio no carecía del pintoresco fraseo ruletero ni de las exageraciones exactas ni de las opiniones magistrales, pero algo había en ella que la volvía encausada, solemne y sensible. Conocía a la perfección su coche y sabía todos los trucos y pequeños detalles que había que saber para estar en el oficio. Esos sí los investigó Felipe; en cuanto tuvo tiempo se hizo de muy buen material al respecto.

Por todo ello, la vez siguiente en que coincidieron, en circunstancias más tranquilas, Felipe se animó a inventarse el destino. Y así por un par de veces más. Cuando apenas salía con Mónica. Emilio los llevaba al cine o al hotel o a la casa de ella y después a la de Felipe. Se convirtió en un cómplice de sus vaivenes. Ahora que lo piensa, el taxista nunca lo llevó mientras cursó la ingeniería. Tanto le importaba llegar a tiempo que se iba en camión todos los días. En cambio, Emilio lo transportó a casi todas sus andanzas con Mónica, que eran lo que menos le preocupaba a Felipe. Sólo usaba al taxista para lucirse con ella. Cómo cambian las prioridades. *Y seguirán cambiando*.

Al bajar de la combi que lo dejaba cerca del metro Rosario, Felipe distinguió una montaña de ropa recargada en la esquina de una casa. Al prestar más atención se percató de dos rostros que salían entre los dobleces y recodos del mugroso montón de prendas. El más grande de ellos pertenecía a una adolescente de no más de quince años y el pequeño, a un bebé de dos años, quizá tres. Felipe se rascó la piel de los dos dientes anteriores del maxilar inferior y pensó en Mónica y

Raulito. La sombra que daba la casa de la esquina le llegaba a Felipe a la punta del zapato izquierdo. El viento de la tarde recorría las calles de la colonia. La luz se lanzaba, inclinada, sobre los muros de las casas que absorbían el agónico brillo de la tarde. *Llévate al niño.*

Felipe sacudió la cabeza con fuerza. Se limpió la uña del dedo, con que se había rascado los dientes, con el borde inferior de la playera negra que traía puesta y una vibración le anduvo por la espalda a zancadas. Las últimas dos veces que la voz había sido tan clara *llévate al niño ahora*, tan insistente, las últimas dos veces que había escuchado ese tono, las cosas no habían salido nada bien. Recordó el disco roto de su suegro: una mitad sostenida por su mano izquierda, la otra mitad, por la derecha; la negrura de sus extremidades desapareciendo; y un pequeño pedazo en forma de triángulo cayendo al piso. Recordó también el momento en que le dio un sopapo a la caja de mazapanes que llevaba una vieja que salía del metro. La emoción de ambos momentos, esa mezcla absurda de placer libre de culpas, lo invadió. Rotos los grilletes de las responsabilidades, la sombra de una respuesta se tornaba un golpe de euforia harto duradero. Había madrugado para trozar el acetato tanguero y *el placer* esperó el anuncio de cierre de puertas para poder *deleitarse* colarse dentro del vagón. Sin represalias.

¿Pero esto? Para qué *quieres* llevarte al niño. Felipe se inclinó buscando la luz del sol sobre el rostro y levantó las manos. La negrura las cubría con deleite. *Llévatelo, nadie se va a dar cuenta.* Volteó a ambos lados, al piso, al suelo y luego de nuevo a los lados. Aparte de la impunidad de las veces anteriores, recordaba la urgencia natural, por decirlo de alguna manera, que lo había impulsado a obedecer; sin embargo, para qué quería un niño. Un niño de la calle, un niño desnutrido. *¿Es eso lo que te preocupa? Haces bien. No sabes lo difícil que es robarse a un niño bien cuidado. Como Raulito.* A la impaciencia de Felipe le cayó una inesperada compañera. Apretando los dientes y conteniendo un grito le masculló a la voz: “Con mi familia no te metas”.

El calor anaranjado de la tarde se detuvo en su agonía para un último espasmo, golpeando las ventanas con un blanco imprudente y levantando a los perros que cerca de allí creían haber encontrado refugio a su azote. Ladrando con miedo, se alejaron al trote, pasaron a un lado de Felipe, quien metió las manos negras entre los pliegues de cochambre y tela y sacó al niño sin despertarlo. La chica apenas movió los párpados, el aliento químico y pastoso lo siguió un buen rato.

Algunas personas pueden tolerar con dignidad que les refieran a la familia o a los seres queridos con afanes de ultraje, sin caer en provocaciones. Pero los más se quiebran y terminan lanzándose al abismo que les tendieron. La atracción es fatal. ¿Quién no prefiere mil veces alejarse en la bruma de su enojo, en el torrente de sangre que las más de las veces promete más vida que la pantomima que nos arrastra, cotidiana? Felipe se metió al metro con el bebé en brazos, las manos se le iban aclarando con cada escalón que subía. A la mitad del puente que se alzaba sobre el transporte metropolitano, vio a una señora, con un trapeador entre los senos y un cigarro en los labios, que se le quedó viendo para luego voltear la mirada hacia la estación, buscando algo. Felipe pensó que llamaría a la policía o a sus compañeros de limpieza y que entre todos le darían tremenda paliza por andar robando niños.

Pero no pasó nada. Evitó sacar la credencial de trabajador que traía en alguna bolsa de la bata y rebuscó en su pantalón algún boleto arrugado. En el centro frágil de un amasijo de servilletas encontró la acartonada superficie de un boleto, lo sacó y lo insertó en el torniquete. Procurando no mirar al policía que vigilaba el acceso, maniobró ágil como si cargar niños fuese su vocación. Cuando Raulito nació, no quería cargarlo. Tenía miedo de hacerlo mal, de estropear con su cariño al frágil bebé. Con el tiempo comenzó a darle muestras secretas de afecto a Raulito: cuando Mónica salía del cuarto o cuando dormían. Al principio el bebé celebraba esos gestos privados, pero

conforme fue creciendo *pareciéndose más al desconocido que ahora cargas* las caras de sorpresa se multiplicaron como ronchas indeseables.

La marcha de sus pies y de sus pensamientos lo llevó a la línea roja, en vez de a la naranja que lo dejaba más cerca. Qué más daba, ya no estaba al mando. Llegó un tren y con él, la melodía de descenso de pasajeros, la siniestra escala que descendía y subía como algo largo y profano que escondía su presencia bajo las calles; llena de amenazas incumplidas, le erizó la nuca. Después de tres repeticiones el pitido paró y se anunció el sonido de cierre de puertas, para entonces Felipe ya estaba arriba del último andén, que momentos antes había sido el primero. Los asientos estaban todos ocupados, pero un señor muy flaco y lleno de cicatrices le cedió el asiento solitario enfrente de la escalera de emergencias. Entre Felipe y la escalera, una mujer muy maquillada le daba la mano a un niño de cinco años. La mujer lanzó a Felipe sus ojos rodeados de plastas y afeites e intentó una sonrisa. Felipe esquivó rápidamente el gesto. *¿Tienes miedo de volverte a enamorar?* En el fondo de su atribulada mente, había una puerta inmensa que siempre estaba cerrada. El metro inició su marcha.

En la oscuridad del túnel todos eran iguales. Personas que fingían. A nadie le importaba y con las luces a medias, menos. *¿Cuántos años habrían pasado desde que les cambiaron por última vez las lámparas a esos vagones? No importaba. Felipe llevaba en brazos a un niño sucio y desnutrido y a nadie le importaba. Las miradas de la gente aseguraban: “Seguro se manchó al comer”; “seguro que lo consiente mucho, yo no dejo que mi hijo se ensucie tanto”. Todo el mundo mascando su muda opinión como si fuera un chicle rancio y desabrido. Quizá el más valiente se atrevería a fijar los ojos en el niño, luego en Felipe y, posteriormente, negar con la cabeza y voltear a ver la nada. Eso es lo más importante.* Ni la intuición de que podrían estar enfrente de un

secuestrador de menores los haría hacer algo. Todos idolatran lo evidente, le tienden alfombra roja, lo dejan entrar en casa, le sirven la cena.

*Bastaría que alguien abriera la boca para darle luz a la verdad. Tan ciegos a los hechos y tan fieles a las palabras. Construyen, con su aliento, algo que creen más sólido que las barreras, dibujan en letreros sus deseos, sus miedos y los alaban. Pero aquí en el silencio están desnudos, esclavos de la velocidad de esta vorágine que camina debajo de sus pies. No hay manera, Felipe, de que le tengan miedo a nada de lo que realmente pasa en el cosmos. No pueden existir sin sus valiosos vahos ni sus estimados garabatos. Si un elefante apareciera aquí, nadie podría saber que algo raro pasa a menos de que lo cuente, una voz interior dirá “esto no puede ser verdad” y esa ventisca falsa desatará un caos en esa cabeza; alguien callará al momento y al llegar a casa, al expresárselo a alguien, el pavor existirá; el creciente maremoto que ustedes llevan tras los labios.*

El metro llegó a la penúltima estación del recorrido y en vez de abrir las puertas, apagó las luces al interior de los vagones. Alguien masculló por las bocinas de la estación: “disc... las mo... en estos... se cancela el descen...”; algunos gritaron, otros murmuraron; mentadas de madre se repitieron y reprodujeron en las paredes del andén. El niño, que Felipe traía en brazos, abrió los ojos en el momento en que el convoy inició su marcha en sentido contrario. El protocolo de esa línea prohibía esa maniobra. Compartiendo el asombro de los demás pasajeros, Felipe le hizo tres muecas a una niña que estaba frente a él, sentada en las piernas de su madre. Cuando el tren arribó a la estación en la que había estado hacía tres minutos, paró, abrió las puertas, las cerró, las volvió a abrir y continuó con su recorrido en la dirección regular, como si nada hubiera pasado.

Al llegar a Martín Carrera, Felipe ignoró a las personas que se dirigían a la parte delantera de la estación para encarar al conductor. “Está borracho”, gritaron unos. Más mentadas de madre. Quizás él no era el único que seguía ordenes extrañas. Pensó en regresar a verle las manos al

conductor, pero después intuyó que estarían *Sigue caminando, te esperan afuera*. Arriba llovía y las cosas eran ajenas. Los postes mojados y los cables goteantes pertenecían a otra realidad. Los carros emitiendo su electricidad cíclica y las bocinas opacando el golpeteo de la precipitación celeste. Todo pertenecía a lo otro. Y como en ese espacio nuevo las cosas se hacían antes de decirse, nadie supo —ni siquiera Felipe—, de dónde salió el grupo de personas que, tomando al niño de los brazos del joven trabajador del metro, ahogaron cualquier sonido.

## II

Frankie Ruíz no te gusta tanto, pero es de lo mejor que han puesto. Entre la fastidiosa música electrónica y el recalcitrante pop meloso, nada te alegra más que una buena salsa. Aunque preferirías a Gali Galeano o a Lavoe. Quizás pido mucho, piensas mientras rotas en la cama. Acaba de cumplirse un mes de tu llegada y tres de que pariste. Reconciliada con el pasado que sientes yerto sobre el oliváceo azulejo, te levantas rendida por el insomnio. Abres la puerta de tu cuarto y, por la rendija, tu ojo espera alguna señal brillante. Tu vista es broca de sombras y sabe encontrar paredes oscuras. Sales. La piedra del piso te achucha con su frío y te dejas hacer, paso a paso, hasta llegar al baño. El bajo salsero reverbera en las ventanas de la Posada y el vidrio de la que está frente al baño se libera del silicón que lo unía al junquillo izquierdo (ausencia de juntas de acristalamiento) y comienza a vibrar entre los canales, rozando uno rozando otro, como invitado por la canción a despojarse de lo que le cubre.

Ya no le pones atención a las letras, sabes que estás en un andén circular por el que pasa el mismo convoy cientos de veces. Hoy le tocó a Frankie; ayer a Lucha Villa; hace unas semanas, al *Golden Boy* y mañana el tren quizá lleve los balbuceos electrónicos de Jordy. En cuclillas sobre tu bacínica, tus manos separando la piel sobre tus nalgas, esperas a que la deyección (que presientes parda) termine de precipitarse. Con la mano derecha buscas el balde de agua en donde aguarda, eso esperas, un trapo. Te limpias mientras escuchas al conjunto comenzar de nuevo. Imaginas a la matrona del puesto (es más probable que sea un hombre, por lo necio) feliz por no tener más función nocturna, porque los clientes deben ser pocos a esas horas, que pulsar el botón de “anterior”.

Recuerdas el estéreo de papá que era de tu tamaño cuando tenías cinco. Quizá tu primera memoria. Al menos así la quieres coronar ahora, mientras con esmerada estulticia te limpias el ano. El electrónico era negro y rectangular, compuesto por tres módulos: en el del centro yacían los

controles de volumen, frecuencia, modo y un agujero para audífonos, todos distribuidos en las orillas de esa sección, rodeaban un ecualizador pequeño, que era el orgullo de mamá. Algo sabía ella de música, porque cuando murió (y frotas más con el trapo húmedo), la casa se sumió en murmullos, inconexos y litúrgicos.

A Miriam le encantaba la parte de arriba: una tornamesa o fonochasis como le decía papá imitando la voz de un anciano. Le gustaba jugar con la aguja y siempre que ponían un disco buscaba colocarla. “Io soia, papá”. Te levantas subiéndote los calzones el pantalón exprimes el trapo y levantas la bacinica tiras su contenido en el hueco del desagüe y la ves en los brazos de papá, estirando su cuerpo para mover, harto ceremoniosa, el brazo primero la púa después seguida del contrapeso y un clic en el encendido para concluir con el ajuste de la velocidad.

Los extrañas. Caminas al tambo, pasos que aún sin querer llevarse a cabo te han alejado de todos. Doña Cleme se parece un poco a Ángela. Así como tú te pareces a una mancha que se ve sobre la pared, al fondo de la habitación, en el espejo que tienes enfrente, pegado a la pared encima de una inmensa cubeta azul que hace de lavabo. Terminas de enjuagarte la cara, te friegas el día con movimientos rápidos y pones la tapa sobre el tambo. La mancha detrás de ti se mueve. Ya no quieres esas imágenes en tu cabeza. Te recuerdan que te dejaron sola.

Cuando vieron la cabeza entre tus piernas se detuvieron, nada se escuchaba sino tu dolor y tu rabia, la saliva caía de tu boca. Después fuiste una fuente de sangre que se vaciaba; ya no tendrías magma en las venas nunca más; las placas tectónicas abandonaron tus músculos y al fin podías dejar de respirar. Pero te pusieron de pie. “Camina”, gritaron. Viste a Yaqui vomitando en el piso y a Ángela arrodillada. Giraste la cabeza y el fondo del cuarto no se distinguía entre tantas personas vestidas de amarillo. No recordabas que hubiera tanto espacio, pero no te importó, te dirigiste hacia ellos, pero unas manos te detuvieron. Supiste de una o dos cosas rotas en tu cuerpo, con ese gesto

prensil. “Al otro lado”. No te dejaron caer, pero cerraste las piernas y lo sentiste entonces, moviendo sus hombros a la altura de tus muslos, pero dentro de tu vientre, agitando su ¿cabeza?, gimiendo. “No es lo que queríamos”, aullando, “No era la persona indicada”, sabiéndose vivo, “Sí es, Golo no pudo equivocarse”, algo escamoso te raspó la vulva, “Pero, Golo no está aquí”, vulva abierta, vuelta tumba, “Eso no importa”, tumba inversa en la que llega, “Nos equivocamos nosotros”, llaga roja que se anega, “No aquí nadie se equivocó”, niega todo, lo reinventa, “¿Qué no ves que está sufriendo?” Murmullo general de aprobación. Muchas voces a destiempo recitan sin lograrse en una: “En dicha vendré con todos y con paz pisaré este mundo, nuevamente y sin tormentos vendrá la luz del tiempo”. Cuatro de amarillo vestidos se acercaron y quisieron agarrarte con su enojo, indignación auestas. Pinocho les cerró el camino, Víctor se acercó a sostenerte. “Ese no es un cuerpo humano”. De nuevo intempestivas las voces recordaron: “cual ustedes vendré primero y después en mi esplendor, me verán todos los fieles en figura, como soy”. “No es humano, no es Él” de rodillas te alejaste y Ángela te llamó con dedos chuecos y flacos, dedos de tiempo curtidos, “Golo nos engañó”, aprobación rugiente, “Golo es un mentiroso”, retembló, la fiera, en tus centros, “Golo no podría hacernos eso”, viste a los de amarillo abalanzarse sobre ti, “No entre nosotros, señores, no entre nosotros”, Ángela te pescó y te embutió en un agujero, “nunca hay un nosotros”. Después, naranja, un vagón te pasó enfrente; tropezaste con las vías y al cerrar los ojos te sentiste quebrar, te doblabas desde dentro y te negaban el aire, pero comenzó una ausencia en tu interior y la soledad del túnel se dejó ver y era también la tuya; soledad de todos, como tú habías sido, de todos.

Tratas de correr. Muy tarde, la mancha te detiene con un gesto. Y sientes en su mano la ternura de un amigo, el deseo de un amor, la extrañeza de la duda. No hay fantasmas, te repites, sólo gente y gente mala. La generalización que mamá te repetía a cada rato, letanía, como

anunciando claro que la muerte ya la esperaba y ella lo sabía. *Yo no sé por qué me engañas si yo, yo te adoro.* La música se vuelve nítida a la par que comienzas a reconocerte y la mancha, como la soledad, se deja ver y es y somos.

Porque las hermanas nunca se alejan lo suficiente. Porque sabemos cómo estamos, aunque nos hayamos evitado. ¿Nos acordamos de cuando fuimos con papá al cine a ver una donde Mauricio Garcés tenía un gemelo? Ni deberíamos preguntarnos, seguro que recordamos porque de ahí salimos sonriendo y agradeciendo a papá. En cuanto llegamos a la casa nos pusimos a estudiarnos, tramándonos experimentos. *Quizá la culpa fue mía que no supe imponerme desde el principio.* Prueba y error, prueba y acierto, nos besamos y fue horrible, pero no volvimos a sentir nada parecido, nunca; prueba y error, prueba y acierto, llenamos dos cubetas, una con agua fría, otra con agua hirviendo, tratando de demostrar que si una se lastimaba la otra podría curarla o cuando menos sentir lo mismo; prueba y error, prueba y acierto, nos alejamos lo más que nos dejaban nuestros papás y nos concentramos en comunicarnos solamente con la mente.

Nada sirvió. Nos sentimos malas gemelas. Detestables y ajenas al maravilloso mundo de la magia genética que Garcés nos había presentado. De entonces dejamos de parecernos, despechadas nos empeñamos en la dirección contraria, volviéndonos menos nosotras. Habríamos podido unirnos entonces. La entropía entró en nuestro juego. *Pero no sabía que tú serías capaz de traicionarme.* Y en la escuela, separadas, juntábamos gente en la que creíamos encontrar a la otra. Primero hacíamos un esfuerzo y fingiendo amistades y complicidades nos enredábamos, cada una por su cuenta, en las vidas de nuestros elegidos. Después sólo esperábamos a que se mostrara algún defecto soez, alguna ruindad en cualquiera de nuestros compañeros para buscarnos las miradas y asentir. Intercambio bobo de insultos personificados. Lo hacíamos sin abrir la boca. Ignorando que en esa comprensión sin verbos radicaba nuestro único y diferente génesis. Nos duró poco lo

inexpertas, aunque después fingiríamos. Como cuando nos enamoramos del mismo chamaco cara de sapo y nos mirábamos con un odio que, pensábamos, era fingido, si bien la intensidad nos desmentía. Y luego murió mamá.

*Capaz de engañarme.* Tuvimos que llevar dinero a la casa. Fue muy irregular. No sabíamos que el dinero era el verdadero adversario. Lo intuimos cuando papá nos dejó de pasear; no era por tristeza, sino porque se hizo de una deuda inmensa, por el funeral y los gastos del entierro. No supimos sino hasta después que la familia le había dado la espalda, no por angurria, sino por penuria. Nuestra familia precaria y con hijos repetía el canon: nuestros primos más grandes, de nuestra edad, llevaron a sus esposas, redondas y efebos, al velorio.

Ahí comenzamos a separarnos, ¿te acuerdas? *Capaz de traicionarme.* Aún soñabas con ponerte un vestido de quince años y en vez de darnos tu parte completa a papá y a mí, pretextando que en tu trabajo no te pagaban bien, nos dabas tres cuartos primero, y la mitad después; porque sí supimos que te habían hecho jefa de turno. *Desnúdate mujer.* ¿Qué le contaste a todos, Vichita: que te fuiste de casa cuando papá se cayó sin un peso en la bolsa; que por eso terminaste de puta; que no te diste cuenta de que tu hermana te espiaba desde las flotantes estaciones de la línea dos? Ahí, en esa isla de azulejos marmoleados, entre olas de coches, te veía, parada o sentada o hablando con otras putas y trataba de que supieras todo lo que pensaba de ti, con la mente mágica que debimos de haber tenido.

Porque debemos de estar juntas *yo quiero ver también*, y ahora que al fin lo estamos no puedes fingir que soy una alucinación, yo soy tú y tú eres yo. Juntas llegamos al mundo y quiero que juntas nos vayamos, cariño. O, mejor dicho, ¿qué queremos? Debemos de quererlo de verdad como lo que somos: una sólo existencia que al fin se pertenece. Mirémonos bien *el arte que tú*

*tiene*s para no cometer los mismos errores. Toquémonos la piel, clausuremos ese espacio que se abre entre nuestras bocas, rocémonos las frentes, abrámonos las heridas *cuando haces el amor*.

Cuando tu mano le toca la vagina a tu hermana, ésta se vence. No puede con el dolor, ni con las palabras apestosas que le escupes. Sin embargo, no se desmaya, reúne energía y sintiéndose muerta, te encara. *Desnúdate mujer* te mira con calma y sonrío, nota tus dientes amarillos, tu piel cacariza y tus uñas medio negras. Sabe que no eres un fantasma de su culpa, sabe que no está alucinando y sabe que estás más jodida que ella. Te nombra: “Miriam”. Te dice que, si es cierto que la viste, ahora sabe por qué no te reconoció. “Eres una piedrosa, Miriam”. Te dice que estás ahí con ella porque también abandonaste a papá, te abraza y sientes su ternura.

Te amasa las tiras de pelos tiesos y quebradizos que te quedan en la cabeza, después estruja tu occipital con fruición. “Mi vida, mi amor, pero hiciste bien”. Te dice *que estoy vibrando todo* que el desgraciado es papá porque está allá afuera con Ellos, que los desgraciados son todos los que están afuera. Te dice que tuvo un hijo que le dará al mundo la luz del tiempo *que estoy palidecido* y te cuesta creer que tu hermana está loca. Seguro la contagié, piensas. Funcionó al fin, gracias al *crack*, el truco de gemelas que intentaron de niñas, piensas. Y sonrías juntas. Se estrechan en el piso y giran volcando bacinicas, algunas están llenas, pero nada importa, estás con tu hermana después de tantos días de frío y vacío.

La comprendes porque perdió a un hijo que de seguro amaba, la comprendes porque ahora su vientre está hueco como el tuyo y siente que comparten esa cueva húmeda y recóndita que es el hambre. Su deseo ha de ser robusto y asfixiante como el tuyo. La amas más que nunca porque sí son una, un nosotras completo y sólido. Mojadas por orines, en medio de mojones, son la misma: te toca sus piernas, entreabre sus labios y te besa los ojos, sobre su cicatriz, la mediocridad es mutua; tú ríes porque entiendes que se quiso sacar tu ojo, pero con tanto miedo que cerró el párpado,

tu párpado rasguñado que se acarician; ella ríe porque al intentar tocarse tus pechos la apartas. “Yo nos amo” susurra en los oídos de ambas y cual eco,apestoso y excrementado eco crackófilo que son, eco violado y prostituto y madre de la luz del tiempo que son, se apagan.

Pero la familia sólo se tiene cuanto más se rechaza. Al día siguiente dos doctores van por ti al comedor, donde desayunas con el brazo entrelazado en el de tu hermana. Te llevan a una oficina y te dicen que esperes afuera. El piso de esa zona no te gusta, en vez de la piedra negra de otros pasillos o los azulejos gastados de los baños, lo que recubre el piso es un polímero brillante que te recuerda la clínica número 10. Allí tuviste que llevar a rehabilitación a papá por tres años, y allí finalmente lo abandonaste cuando te diste cuenta de que la piedra era lo único relevante en tu vida, que todo lo demás te quitaba tiempo, energía y dinero que podías mejor emplear en tu jai.

Mientras esperas, te rascas el pezón izquierdo, piensas luego en el derecho y te detienes. Te sorprende encontrarte sentada en una silla turquesa, rascándote un seno mientras piensas en inglés. Hubiera sido lo más lógico si a esta edad hubieras estado terminando una maestría y te encontraras ahí esperando a un doctor especialista en fertilidad, rascándote un seno porque quizá ya estás embarazada. Pero las cosas no son como deberían ser, sino como las arruinaste. Ni siquiera sabes por qué estás ahí, esperando a quién sabe quién, y no con tu hermana; si te duele un pezón es porque está solo en el mundo, separado, también, de gemelo; y si no estás estudiando una maestría es porque has pasado los últimos años mintiendo, sin decirle a papá que abandonaste el proyecto de estudiar la prepa abierta.

Sentada en la sala con un cuaderno enfrente en el que escribías lo que pensabas del mundo y lo que entendías del dolor. Ese cuaderno sabe cuánto te quejaste de la huida de tu hermana, sabe cómo la aborreciste y de qué culpable modo te espoleabas para saberte superior a ella. En ese cuaderno hay arañas de tinta que te apapacharon por turnos, palabras lindas que no creías, pero que

escuchabas con los locutores de la radio y en los comerciales de la tele, que veías en las contraportadas de los libros que vendían en el “Sangrons”.

Piensas en papá y estás a punto de enterrarte las uñas en las palmas, apretando los puños, cuando la puerta por donde entraron los que te trajeron se abre y una voz te invita a pasar. “No tiene nada que podamos atenderle aquí, señorita”, te gustaría decirles que ahí está tu hermana, “ninguno de nuestros médicos es experto en adicciones”, que es como estar un paso más cerca de casa, “y como estamos tratando de sanear políticas de adicciones”, que quizá ya estés contemplando, ahora sí, seriamente dejar esa mierda, “trataremos de canalizarla al programa adecuado”, no es posible que puedan dejarte libre, estás cerrando los puños otra vez, “no tenemos derecho a privarla de su libertad”, no estás bien, claro que estás loca, ¿no lo ven?

Pareciera que ves todo desde el fondo del envase retornable de tres litros de un refresco (siempre en familia, siempre coca cola), el señor que te está hablando saca un paquetito con lo que parece cerilla (¿desde cuándo no se lava las orejas, señor?) y te lo pone enfrente de la cara. Claro que sabes que no es cerumen, claro que sabes que no lo estás soñando, el último año has gastado mucho dinero comprando bolsitas como esa, has perdido amigos, te has dejado coger por eso que te están poniendo enfrente, sin ir más lejos, gracias a ese néctar amarillo perdiste el pezón derecho y muy probablemente sin su ayuda no hubieras encontrado a tu hermana. Claro que ni eso es tantito, es una nimiedad, es miserablemente nada, pero lo necesitas. La subida y el fervor, te hacen falta, los extrañas. Dos gotas de sudor se desploman de tu mentón y caen sobre el vidrio que cubre la madera oscura del escritorio, propiedad del mejor ser humano del mundo, del universo. Cómo lo amas, le darías un beso si no te estuvieran viendo los doctores, ¿todavía están los doctores? Te volteas, con espasmos de placer detrás del ombligo, para descubrir que estás a solas con tu amigo.

Le sonrías y ya sientes el vapor caliente entrar por tu garganta y penetrar tu cerebro y pulmones, toses de angustia.

—Si la quieres, lárgate de aquí.

Los dos policías te acompañan al cuarto. Caminas sobre pasos interminables que no sientes, cierras los puños y te aproximas a tu hermana, lloras en cuanto la abrazas. “Dicen que no pueden tenerme aquí. Sólo vine a despedirme.” Te separas esperando ver el mohín de reproche de tu hermana, ese que hace desde los tres años y que le enchueca el labio superior. Nada. Sus ojos te traspasan. No esperabas eso. Hubieras preferido mil veces que te golpeará, que te gritara, que te besara como en la noche (*meengañastetucuerpomeesextrañoeresotramujerdesnuda*), que se burlara, que llorara, lo que fuera.

Desconcertada te das la vuelta y entonces se te echa encima, te abraza y te busca el oído. “No te acerques al ciempieciés de las garras negras. No te acerques”. Los doctores se aproximan corriendo. “Déjame, Mariana, déjame por favor”. No supiste cómo desapareció su rinoceronte de peluche, Nariz, sólo querías esconderlo, asustarla un poco y después ponerlo de nuevo en su sitio. Pero cuando levantaste la cortina de la ventana de la cocina y no había nada más que una ventana abierta con una solitaria calle al fondo, tu estómago empezó a comerse a sí mismo. Volteaste a ver a tu hermana y ella, que se sabía tu cara de sorpresa auténtica, se te fue encima. “No sé dónde está, Mariana, déjame, por favor”. Las palabras de tu hermana no son el reproche que temes: “No te acerques al metro tampoco, nunca, vete de la ciudad”. Logran quitártela de encima y en ese último jalón, en ese violento adiós, te dice: “Por favor”.

Sales del manicomio con dos cosas que no tenías cuando entraste. Debajo de tu vestido sucio y rajado, traes un pantalón blanco, igualito al de tu hermana. Está recién lavado y el aroma a

limpio se desprende de la tela cada que das pasos. Entre los dedos de tu mano izquierda, calentándose, traes una bolsita transparente con un centro poroso, lleno de esquinas amarillas que se desprenden lentas con cada apretón ansioso que le das. Su tonalidad gualda está lejos del lánguido viso de las piedras.

Entras como puedes al baño. Las paredes de porcelana blanca sarrosa amortiguan el ruido de afuera. Las trompetas chillan como si te les hubieras perdido. Guardas en la boca el sabor poroso del aluminio quemado. Vienen por ti y los sabes. Comienzas a rascarte los barritos que tienes en la parte alta del muslo derecho, justo a la altura de donde está el bolsillo del pantalón.

No entiendes por qué te salen ahí, probablemente los causan tus calzones. Desde que no recuerdas muy bien dónde dejaste las llaves de tu casa y duermes donde la noche te alcanza, comenzaste a bañarte con ellos (los dos o tres que echaste en la negra mochila Wilson el día que te fuiste) porque los pedrosos que conoces no tienen lavadora y, sobre todo, porque te jodes los dedos con cualquier fregadero. Debajo de la ropa, que ya comienza a verse negra, tienes moretones, quemaduras, barros. Tu ropa huele a humo, sin conservar la esencia de lo que tu cerebro pide a gritos. Rascas.

Y afuera de esas cuatro paredes, la música se desgrana con resentimiento. *Uno que otro defecto, eso lo acepto.* Recuerdas que, hace no mucho, en vez de escapar del ruido, lo festejabas; era el conductor de tus rodillas y meneos, el bajo no era esa entidad tembleque que te perturba el pecho, sino una luna robusta, dueña de la marea de tus caderas. *De pronto un poco tosco, pero acaricio.* Al menos le hubieras pedido más piedra al de la Posada del Sol.

Abres la llave del lavabo y apenas un respiro sale del grifo metálico. Te pasas la lengua, muy porosa, por la boca seca y alguien toca la puerta. Tres toques rápidos. Estiras la mano para

girar el seguro de la puerta y al sentir ese pedacito de metal levantado, un hormiguelo se apuntala en tu seno derecho, justo en la punta del mismo, o en lo que antes era una punta y ahora es una cicatriz. Tu aureola sigue siendo oscura, pero ahora hay una raya blanca en donde antes tenías el pezón. Parece que tienes un ojo casi cerrado en el pecho. *Busca por dentro, amor.*

La artimaña sirve a tiempo y justo cuando retiras la mano del picaporte, éste tiembla inútilmente. Un temblor recorre tu cuello. *Escampa tus dudas en mis adentros, que de ternura estoy hecho por dentro.* Necesitas más. Los azulejos del piso se intentan arrastrar hacia el techo y te tiran, te aferras al excusado y el sarro humedeciendo las puntas de tus dedos, el asco bulle de tu cuerpo en un vómito bermellón que termina sobre tu playera. Tocan con insistencia la puerta. Vibras.

No puedes girar el cuello. El cráneo se te vuelve piedra. *No sé lo que es ganar, pero lo intento.* Crees que un vómito nuevo vendrá y que quizá esta vez sí podrás ponerlo en el fondo del retrete junto a los orines. Las arcadas inician y abres la boca para dejarlas salir como sea. *Y si me toca perder lo reconozco.* Escuchas voces tras la puerta. Amenazas.

Pero nada pasa. Tu cuerpo se queda quieto como si el hechizo que paralizó tu cuello y volvió de cemento tu cabeza se te esparciera por todo el cuerpo. De reojo, a tu lado izquierdo, descubres un cancel de dos piezas. No lo habías visto. Color blanco perlado con una sirena en cada panel. La sirena y su gemela estiran el cuello para observar una estrella marina que flota entre sus manos. *Le tengo miedo al mar, pero navego.* Golpean cada vez más duro.

Con la mano izquierda deslizas a la sirena de la derecha. No tiene ningún rasgo, es sólo una silueta y tienes miedo de que de pronto voltee para mirarte con su rostro liso. Tu corazón brinca dentro de ti, parece lo único que la petrificación no ha tocado. Te molesta. Recuerdas que de niña odiabas jugar a los “encantados”, te asalta un poco del coraje que sentías obligando a tu cuerpo a

quedarse quieto. *Temo a la oscuridad, pero soporto.* Tu cuerpo comienza a reaccionar: un brazo, una pierna y luego la cadera. Un calor recorre tu entrepierna mientras comienzas a recuperar el control de tus rodillas y te preguntas si te acabas de orinar.

A rastras entras en la ducha que oculta el cancel marino. No hay llaves ni regadera y en su sitio sólo hay dos vástagos oxidados y un agujero tosco. *Ante la soledad yo me acongojo.* La comezón en el lunar grande y velludo, que parece una nariz negra y chata, que tienes a la diestra del ombligo, comienza después de años de odiarlo, ocultarlo e incluso tratar de removerlo con cera caliente. Nunca te habías sentido tan de la chingada. Nunca te habías querido ausentar de ti misma con tanta urgencia. Surge la cara de Mariana, su boca te murmura: “ciempieciés de las garras negras”.

Tratas de rascarte y cuando te encorvas para hacerlo, el vómito sale sin rozar tu garganta, sale como la quinta descarga de una fluida diarrea, esa en la que justo el ano ya le tiene miedo al ardor y se abre en toda su extensión para dejar pasar la líquida caca. *Y como todo ser que vive, río y lloro.* Golpean la puerta cada vez con más fuerza, ya no distingues entre ruido y canción. Tú no tienes la culpa, ganaste el baño. Ahora es tu territorio, tu fuerte. Es la trinchera desde donde esperas a tus aliados mientras te desaguas en el piso, arrojando granadas de vómito. Y mientras afuera se acaba el mundo, tú esperas. *Busca por dentro, amor.*

Mientras patean la puerta, mientras gritan y sus gritos parecieran salir de tu cabeza, tú resistes; te premias por haber llegado hasta allá y cierras los ojos porque no quieres ver nada a tu alrededor. *Que hay una fuente inagotable de agua fresca.*

No quieres saber por qué tu cuello no reacciona ni por qué tus manos tiemblan tanto. No quieres escuchar que el marco de la puerta cede a las patadas; en un rato no habrá nada, entre una

turba de gente furiosa y tú, más que dos tontas sirenas admirando sus inútiles estrellas. No quieres saber nada de comezones ni de cigarros apagados sobre tu cuerpo. Tu cuerpo feo, con tantos pliegues. Con tantas cosas que cuelgan y que no sirven para nada. No quieres saber. Para qué sirve saber. *Y una llama que no dejo nunca que se apague.*

Rompen la puerta y pedazos de astillas, tres tornillos y una bisagra chocan contra el biombo perlado que cierras no sabes cómo. Entran aullando, no seis ni diez ni tres, sino dos hombres pedos que escuchas detrás de tu escondite; vierten sus dorados chorros a, ante bajo, con, contra, desde, en, entre, hacia, hasta, mediante, para, por, según, sobre, tras la taza del baño. *Y un corazón lleno de amor en mi equipaje.*

—Chingao, quién fue el puto gracioso.

—Que chingue su madre, compadre. Total, ya estamos aquí.

Las voces cascadas se oyen, hartas, nada que ver con el enemigo que imaginaste asediando tu reducto. Este par podría ser un simple escuadrón encargado de transportar municiones o de comprobar la existencia de minas. Atrás viene el grueso del enemigo, con sus trompetas salseras imponiendo la marcha de muchos cuerpos.

—Y qué compadre, ¿está fría el agua?

—El piso, chingao.

Las carcajadas se interrumpen y las paredes reverberantes del cuartito se llenan de ruidos bruscos y palabras medio terminadas, medio empezadas; los hombres se empujan se acercan, se quedan quietos, las luces de colores de la disco entran por el hueco de la puerta y puedes ver las siluetas, detrás de las sirenas, contorsionándose en varios ángulos, tomándose de distintas aristas, montándose en diversos momentos. El esfuerzo de girar la cabeza para ver ese elegante y varonil

coito, te es cada vez menor. La parálisis termina, pero no el vómito; esta vez no es rápido ni intempestivo como las últimas tres veces, ahora duele la garganta y revienta al salir, como una tubería que expulsa lo que la tapaba.

*Busca en mis entrañas, busca un poco más...* en medio de la flema, al lado de los pedazos de comida, encima de la sangre, mueve las patas un bicho negro y largo que parece agonizar, o regodearse, con lo ácido del vómito. Sus extremidades rojas se agitan al ritmo de la música, de los empujones con los que un hombre penetra al otro *sin miedo a la oscuridad que te esperaré*. Intentas hablar y no puedes. Te quitas la camisa y con ella tapas al bicho, al descubierto quedan el ojo turbio y la nariz negra, velluda y deforme que habitan el lado derecho de tu torso; la mitad de un rostro que hablará por medio de las cicatrices que te dejaste por rascarte los barros que te salen en la pierna, hablará y gritará tantas cosas que tú no puedes ni mascullar con esa mandíbula trabada y esa mente en bullicio.

### III

No quería llevarse las zapatillas blancas, pero su mamá había insistido. Cuando se le metía una idea en la cabeza, no paraba de insistir hasta conseguir lo que pedía. Estaba segura de que, si en algún momento se le ocurriera oponerse completamente, su mamá estaría atenta a cualquier problema que hubiera después, acechando de cerca sus quejas, sus comentarios, sus acciones y sus gestos para poder saltar como un payaso de caja sorpresa en el momento en que Mónica reconociera que su querida madre siempre había tenido la razón.

Al bajar del taxi, incapaz de observar el pavimento de la calle debido a su estatura y al estribo negro que acompañaba los costados del “canario”, como les decía Felipe a los taxis, aunque ya no fueran amarillos, pisó un bache con lodo y deslizó la mitad de la zapatilla derecha dentro de la tierra húmeda. Qué horror de calle. Ya no se acordaba de lo fea que era la colonia. Tampoco es que le fuera totalmente desconocida; sin embargo, ni en el Estado de México, había desperfectos de ese tipo. Pensar que en la ciudad hubiera calles tan descuidadas la hizo decepcionarse.

Cierto, deseaba tener una casa propia. No un departamento ruidoso y enano, sino un hogar con jardín y espacio para un coche modesto. Aunque nada original, a quién no le gustaría disfrutar de las comodidades de la vida. Ciertamente había comenzado joven la vida familiar, pero eso no debía ser ningún impedimento para lograr sus metas. Además, el trabajo de Felipe era de lo más estable; mucha gente quería entrar a trabajar al Metro por lo mismo y su esposo ya tenía eso. Quizá en cinco años su sueño se haría realidad.

—Si crees que algún día se van a sacar la lotería, al menos deberías comprar los cachitos.

—No, mamá, no pienso que me voy a sacar la lotería, yo solamente te estoy compartiendo lo que deseo para mi vida.

—Pero cómo piensas conseguirlo si con el salario de tu marido ni les alcanza para terminar bien el mes. Puede que sea un trabajo estable, pero eso no es ninguna garantía, acuérdate de lo que le pasó a tu papá. Sus amigos conocían gente de poder. Desear no es planear.

Eso era todo lo que su mamá sabía acerca del trabajo de su marido, pero era su argumento predilecto y le encantaba dramatizar la voz y abrir mucho los ojos cuando lo enunciaba. A Mónica le encantaba la teatralidad materna, hasta que cumplió doce años. Ahora la sufriría. Incluso había dejado de ver telenovelas. Le pagó al taxista, al tiempo que le daba las gracias, y éste le extendió un rollo de papel higiénico.

—Las que la adornan, hermosa. Tome para que se limpie el zapato.

Algo en la mirada del sujeto, le congeló el brazo y sólo atinó a salir del taxi y, sin darse la vuelta, tocar el timbre del departamento de su amiga. No es que fuera realmente un departamento, era más bien una casa dividida en partes para que pudieran vivir muchos inquilinos. Eso sí, cada quién tenía su timbre. Mónica apretó una, dos veces y al ver que el taxista no cerraba la puerta ni se iba, le hundió el dedo hasta que escuchó, detrás del zaguán negro, el ruido de una puerta y la voz de Ernestina, preocupada por el timbrazo profundo.

—¿Quién?, ¿quién es?, ¿Mónica? —el ruido de llaves chocando entre sí.

—Sí soy yo, ya ábreme, por favor.

—Voy, espera en lo que abro, ¿qué pasa? —el zaguán se abrió al tiempo que la puerta del taxi se cerró, sus llantas rechinaron —¿te molestó el taxista? Son unos hijos de la chingada, de veras. El otro día, mientras bajaba, uno me agarró las nalgas. No respetan nada.

Pasaron a la casa de Ernestina por una puerta metálica con dos ventanales rectangulares. Éstos parecían dos ojos que veían, tristes, a Mónica mientras esperaba que su amiga abriera. De

pronto, inútil, entró a un lugar que no reconocía del todo y que a cada paso le recordaba su casa, su familia, las cosas que había dejado atrás para poder visitarlo. Mónica se consoló al pensar que no sería por mucho tiempo, cuatro horas, a lo mucho.

—¿Puedo pasar a tu baño?

—Claro, hay tres cubetas en el suelo, dos son para la taza y la otra para lavarnos las manos, que, si vas a hacer pipí, mejor no le echas agua, al fin nomás somos nosotras.

—¿También te cortan el agua en la noche?

—¿Qué? Ah, no, están construyendo unos departamentos en la esquina. ¿No viste cuando llegaste? —Mónica meneó la cabeza— Sí, y creo que perforaron una de las tuberías de la casa y pues no tenemos agua.

—Qué mal.

Tenía la intención de limpiarse los zapatos, pero saber que no había mucha agua disponible, la disuadió. Simplemente se sentó en la taza y se miró las uñas. Con las prisas había olvidado encender la luz, estiró un brazo y accionó el interruptor.

—Ayer se fundió y no he ido a comprar el repuesto —la voz de Ernestina llegó desde afuera. Mónica no entendió el resto. Dos cucarachas negras y grandes copulaban y se movían sobre los mosaicos blancos del piso. No es que los insectos la aterraran; como su papá era un amante de ellos, nada le provocaban los movimientos sincronizados de los artrópodos, ni las lentas y agónicas formas de los helmintos. Algo le había dicho su papá sobre el origen de la palabra insecto: era debido a las formas del exoesqueleto, que parecían estar divididas. Las almas de los humanos también podrían ser insectos, partidas por el medio y luego vueltas a partir, endurecidas y óseas. Algunas tan partidas y tiesas que crujen a cualquier movimiento de sus dueños. No. Lo que a

Mónica le pasaba era otra cosa: tenía la certeza de que su vida iba sobre las alas de esas cucarachas y que no podía hacer nada para evitarlo.

—¿Estás bien, amiga? ¿Quieres que te prepare un té?

—Sí, estoy bien —llevaba mucho tiempo que no escuchaba el apelativo amiga, le parecía tan lejano y oculto como los segmentos de su alma esqueleta —Ya voy.

La primera mitad de la charla trataron de recordar las cosas que habían vivido juntas. Las horas de alegría en el equipo de volibol. Trajeron al presente las prácticas después de clase, las manos rojas y húmedas y los brincos. Lo cierto es que Mónica nunca sobresalió en nada deportivo. Su cuerpo compacto y de complejión curva, no era tan grácil como el de sus compañeras. No le complacía, tampoco, ver la hermosa figura de Ernestina cambiada, pero de alguna manera sentía que se había hecho justicia. Mónica estaba menos firme, pero su amiga se había desbordado en grasas que, en la secundaria, criticaba en las demás.

—¿Te acuerdas de cuando encerramos a Marisol en la bodega? —la amiga le dio la línea que mejor retrataba la crueldad de la que Ernestina hacía gala por aquellos años.

—Claro, su mamá no sólo nos regañó después de eso, sino que logró que nos suspendieran una semana completa; ahora que me acuerdo, a ti no te tocó suspensión, ¿verdad? —en el presente se le colaban por los oídos, los rumores del pasado, cuchicheos de pasillo en los que se llegaba a entender, por la longitud y golpeteo de sus sílabas, el nombre de Ernestina, seguido de las palabras “mamá”, “novia” y “director”.

—Ya no me acuerdo, amiga.

Repetida en ese turbio momento, la palabra cobraba el brillo cristalino del canto de un autómeta. Amiga. A-m-i-g-a. Amiba. “Ameba *n. f.* Organismo microscópico unicelular que se

mueve mediante pseudópodos, se alimenta por fagocitosis y se reproduce por escisión; vive en aguas estancadas y tierras húmedas, o parásito de otros animales”.

—No tienes idea de lo mucho que me han dolido las piernas últimamente, amiga.

—Supongo que es por la edad —el comentario, que en la cabeza de Mónica había sonado a chiste tintanesco, salió de su boca y aterrizó en la mesa como un insulto y como todas las cosas impredecibles, su eco se hundió en el pecho de ambas. Mónica sonrió, pero encontró el rostro de Ernestina acartonado, insecto —¿Qué cremas has probado?

—Todas. La teatrical, Goicochea, la nivea y la de la palomita.

—Esa también la usa mi mamá.

—Vives con ella, ¿verdad?

—Vivimos; mi hijo, Felipe y yo.

—¿Y cómo se llevan? Dicen que las relaciones se gastan más de ese modo; igual sería mejor que se fueran a la casa de tu suegra.

—Felipe no se lleva bien con su familia —era una verdad a medias. En realidad, sí se llevaba bien con ellos, pero no los quería molestar. Según él, tenían sus asuntos y lo que menos quería era ser una carga para ellos. Raras veces hablaba de ellos y, que Mónica supiera, no los veía. En todo el tiempo que llevaban juntos no había sido presentada a sus suegros. Felipe sabía guardar secretos.

—¿Y en qué trabaja tu esposo?

—Todavía no nos casamos —la sorpresa fingida en el rostro de Ernestina alivió el corazón de Mónica: lo ríspido de sus respuestas y actuares era el reflujó del disgusto ocasionado por el

comentario insípido sobre la edad. Qué tonta fue. Al menos, el desprecio que su amiga manifestaba no parecía auténtico —es uno de los ingenieros detrás de la construcción de la línea 8 del metro.

—¿No me digas? Te lo agarraste grandecito, ¿verdad?

—No, es sólo dos años mayor que yo.

—¿Y ya es ingeniero?

—Sí. Desde los veintidós se puede, si eres muy matado, claro.

—¿Y cuántos años tienes? Eres más grande que yo, ¿no?

—Tengo veintitrés, eres más grande tú, ¿no? —recordó los desarrollados senos de Ernestina que las demás chicas de tercero “b” le admiraban. Mónica estaba en segundo “c”. De aquellos bultos codiciados, sólo grasa abundante quedaba. Ernestina sacó un cigarro de una caja negra que reposaba sobre un buró amarillo y lo encendió con un cerillo que a primera vista le pareció inmenso a Mónica.

—¿Cómo crees? Yo tengo veinte, —la broma rompió el hielo que se cernía sobre ellas, comenzó a hacer más calor en la casa, o era por el humo del cigarro —aunque tú tienes lo tuyo, ¿eh? Y sobre todo después de un hijo. Hasta los taxistas quieren secuestrarte.

—Nunca me había sentido así. Digo, me han manoseado en el transporte público, pero no es algo para presumir.

—Yo sí lo presumo.

—Cada quien, pero la verdad esta vez sentí algo más, como si estuviera muy enfermo y quisiera contagiarme, o no sé como si estuviera maldito o... mira hasta escalofríos me dieron.

—Conozco la sensación. Aquí se escuchan ruidos una vez al mes. No creo en fantasmas ni nada de eso, pero los ruidos, que estoy segura vienen de allá abajo, me dan mucho miedo. Prendo la tele y le subo todo el volumen; es nomás una vez al mes, pero con esa vez tengo, amiga. He estado pensando seriamente en cambiarme de colonia. La señora de al lado me dijo que se había encontrado una cabeza de perro en el zaguán y el señor Pedro que vive aquí abajo, asegura que vio un gallo negro sin cabeza en su cisterna. Ya sabes cómo son los señores grandes, te pueden decir cualquier cosa con tal de que los escuches, pero no sé. Entiendo eso que dices, amiga, esa sensación de que hay cosas que están enfermas.

—Sí, así me siento.

—Horrible, amiga. Mi ex novio me dijo que habían diseñado una nueva droga, los de la sía y el efe be i; una que era capaz de controlar tu mente. Quién sabe si sea cierto, pero me contó que un hombre con el que habían experimentado, escapó y escribió un libro donde cuenta todo. Que la gente que estaba allí olvidaba todo y quedaba como un saco de necesidades. Ahorita no me acuerdo de cómo se llama el libro, pero creo que no salió en español por lo mismo. Mi ex decía que esa era la prueba de que iban a experimentar la droga en nosotros. Estaba medio loco y la verdad no me lo hacía tan rico como Miguel, sí te acuerdas de él, ¿no?; fue por él que mi mamá me corrió de la casa, luego me dejó el culero, ahorita te cuento. Pero imagínate que nos estén envenenando con esa cosa, igual por eso nos sentimos así, igual ahorita ya está en el ambiente y los ancianos pueden percibirla más fácil porque el cerebro no les funciona ya tan bien...

Palabras y humo. Saliendo de la boca de Ernestina. De las teorías conspirativas, pasaron a las historias de aparecidos y de las historias de aparecidos a los exnovios, sobre todo a los de Ernestina, no sólo porque era la que más había tenido, sino porque era la que más hablaba; cada

que cedía su turno de platicar, reclamaba el siguiente con más enjundia. Hasta que Mónica se conformó con contestar con monosílabos el soliloquio de su amiga.

—Así las cosas con Miguel, amiga. Fíjate que me enteré que ya tiene un hijo. La hermana de su esposa, su cuñada, se lleva muy bien con mi peluquera y pues me cuenta todo. Ayer que me fui a cortar el pelo, me dice que llevaron al niño a urgencias porque no respiraba, parece ser que la mamá de Miguel le había estado dando un té de no sé qué que le dormía los pulmones a la criatura, imagínate, y todo porque no se llevaban bien, quién sabe si la señora todavía se acuerde de mí, de todos modos ni me gustaría volver a verla, imagínate, su propio nieto, amiga, su propia sangre...

Mónica sólo veía el humo que se iba a romper cresta en el techo a un lado del foco. La pintura estaba descarapelada por la humedad y como era de aceite, los huecos que se le formaban se llevaban consigo costras enteras de color hueso. Ya no quería escuchar a Ernestina. La historia de su ex novio Miguel se hundía, como un zapato blanco, en el fango de su pecho.

Por supuesto que las madres podían no ser perfectas y que a muchas se les debían engendros como el que tenía enfrente en ese momento, pero en qué instante puede aparecer una madre que asesine a su nieto porque detesta a la nuera. Era cosa de fantasía. Chisme de barrio, de gente embrutecida por el trabajo y los licores, que se propicia un rato para contarle un cuento al amigo, al vecino, a los hijos. Mucha gente soñaba con cosas así, pero de eso a que pasaran realmente, había gran distancia. Además, en medio de tantas mentiras, una más no importaba. El ruido de los labios de Ernestina al rosarse al humedecerse al separarse, era el ruido de las ilusiones de la humanidad. Un cuenco sin dimensiones claras en el que todo cabía y que se vanagloriaba de lo escabroso, alimentado por el morbo. No hay historia sin remate. El foco de la sala parpadeó, agotado de la cantinela de la amiga de Mónica. Y se fundió.

—Dos pinches focos en una semana.

—Te ayudo, a ver —a tientas buscaron en el cajón del ropero más cercano, luego en los cajones debajo de la cama, dentro de las cajas de zapatos que había al fondo del clóset y finalmente Ernestina recordó que tenía unos cirios que había comprado para la iglesia en el horno de la estufa. Efectivamente, detrás de dos recipientes de plástico color neón, había una olla exprés y dentro estaban dos cirios robustos y amarillentos que olían a grasa y a abandono.

Las flamas les acariciaban las mejillas mientras cenaban y reían. Ernestina preparó cuatro quesadillas con las tortillas de harina que le quedaban y un pedazo de queso oaxaca que tenía en el refri. Cada una con su par, encausaron la conversación al ayer en común. Las risas, los rebotes, los golpes y los comentarios bobos sobre las demás. Mónica entendió lo cómodo de su situación, la que tanto había estado detestando. Con la hipocresía, ¿estarían huyendo del pasado? Recordó al grupo de jugadoras de volibol al que pertenecía y las bromas que todos hacían. Encerrar a Marisol, era sólo la punta de una lanza larga y gruesa. Marisol era parte del equipo, por eso habían sido respetuosas. A ella no le hubieran puesto la zancadilla en el recreo ni le hubieran jalado el pelo en la clase de deportes. A ninguna del equipo le subieron la falda en una hora muerta frente a todo el salón; a nadie del equipo le aventaron sus tampones a la cara desde el tercer piso mientras salían de clases. Entre ellas no cabía la posibilidad de que se vaciaran polvos de pimienta mientras estaban en el baño; mucho menos se hubieran hecho comer un pedazo de mierda de perro que estaba caldeándose en la banqueta. Eran un equipo, esas cosas no pasaban entre ellas.

—Ya no he visto a ninguna, ¿y tú, amiga?

—No, tampoco las he visto, ni las he buscado.

—Deberíamos de reunirnos. Igual no aquí...

—Ni en la casa de mi mamá.

Las risas, risas dulzotas que llegaban del territorio de las teorías conspirativas, de las historias mórbidas y amarillistas, de los chismes; los recuerdos de crueldad y complicidad que quizá nunca habían existido y que, si existieran, una vez allí, cruzada esa frontera, se tornarían fantasías, maravillas imposibles que se cuelan entre dientes, cigarros y amibas.

## IV

Te persigue la ruina. No debiste salir de la Posada, ya estabas con tu hermana, ya tenías donde comer, dónde dormir, lejos de las húmedas calles negras. Sólo tenías que decir que no, ¿podías decir que no? Como adicta, probablemente no. Como opción, ¿existía? Piensas esas fruslerías de adicto justo cuando una mano te empuja y aprieta el trasero, dos por uno. Tu cuerpo atraviesa el agujero de la minúscula y rectangular ventana, una vez afuera dimensionas realmente lo que estaba pasando.

Tu amigo Juan tenía la culpa. “Seguro conectamos en el concierto, acompáñame.” Cuando dependes completamente de algo, los ruegos, las preguntas, las órdenes (interrogativas, posibles e imperativas) son un *ostinato* de la sinfonía de ruidos que intermedia entre aquello y tú. Mientras te bañabas en su casa, Juan entró. “¿Qué le pasó a tu seno, güey?” Su estómago se mostró más enterado cuando soltó un profuso pedo. Te giraste por respuesta, no tenías ánimo de dar explicaciones. Cuando accionó el inodoro, te calmó saber que ya te dejaría sola. Además, si algo te caía bien de Juan era que, a diferencia de otros hombres, la estela aromática de sus deposiciones no era insoportable, incluso (aunque eso no lo admitirías nunca) era disfrutable: ese olor a nuez oscura que había surgido de la tierra después de un chubasco, te atraía. Pero te equivocabas, Juan corrió la cortina y se metió bajo la regadera. “Es para ahorrar gas, güey”.

Ahora te levantas de la calle mojada y el olor es asfixiante. No acaba de llover, no, la lluvia tiene costumbres raras, pero salpicar únicamente el derredor de un estacionamiento rosa abandonado, no es una de ellas. Tu papá tuvo un carro cuando mamá vivía. Y viajaron dos veces en él. Al menos son las que tú recuerdas. Una vez fueron a Neza a visitar a la hermana de mamá y regresaron tan tarde que al día siguiente les preguntaste a tus papás, cuando te despertaron, si ya se iban a ir. La otra, fueron a la playa y eso sí que no se te olvidará jamás.

El mar constante e inmenso. Así te sentías por dentro. Tus padres te estaban llevando a tu centro, al interior de lo que anhelabas. Antes de seguir viendo el mar, dirigiste tus ojos a ellos, con lo que pensabas era la mejor expresión de amor y agradecimiento que le habías copiado a mamá de un día que papá llegó con flores a la casa. En la playa, escuchaste que mamá le susurró a papá: “no le gustó”. Las quemaduras solares fueron otra cosa, pero nada podrá competir con la dicha que te quedó por meses después del viaje.

De regreso al Distrito pasaron por una gasolinera donde papá tuvo que despacharse gasolina solo. Al retirar el despachador, que te pareció una sofisticada arma extraterrestre, un olor se coló por la ventana. Olor a herida, intolerable acidez que no podías imaginar en el estómago del carro. Durante muchos años tenías la creencia de que habían dejado de tener carro porque le había caído mal lo que fuera que la pistolita esa sacara.

Reconoces en el suelo, con las palmas de las manos primero y luego en el aroma y humedad que se adhiere a la ropa que Juan te prestó, el aroma a gasolina. El suelo afuera del hoyo fonky está todo salpicado. El calor que percibes a tus espaldas, dentro del edificio, te amenaza: si el fuego de ese incendio te alcanzase, arderías. Te alejas del edificio, de la gente que sigue saliendo por la ventana de donde tú saliste, agradeces a quien quiera que haya puesto ese rectángulo de cielo tan cerca del cemento.

Ahí fue el relajo, nada malo, por cierto. Juan y tú estaban a punto de conectar cuando empezaron los gritos. Una voz había anunciado la reapertura del “Gran Calmécac Hoyo Funky” cuando llegaron. E inmediatamente tocó una banda de tres que tenía un nombre como “Ritual” o “Tribu” o algo así. Te llamó la atención que la baterista fuese mujer, trataste de saludarla y ella chupó su baqueta muy sugestivamente. Pudo haber sido un gesto ensayado previamente, o para alguien más, pero estuviste segura de que lo hizo para ti.

Un par de vueltas y tragos después del estimulante gesto de la baterista, Juan te llamó: “Ya estoy muy cerca de conectar, güey, pero ¿estás segura de que no tienes nada?”. Juan te había visto cuando llegaste a su casa, hacía mucho que te habías chingado (*busca por dentro*) toda la bolsita que te habían dado en la Posada, no traías nada. Pero ya sabías que así eran los adictos: desconfiados. Quizá Juan esperaba que te metieras las manos debajo de la falda de pana que te había prestado y que le extendieras uno o dos nezahualculos (te gustaban más los anteriores, aunque no conocías los nombres de esos rostros feos y ni hablar de los miles de pesos que tanto dilapidaste de niña) o una sorgrapita o un bonche enrollado yapestoso de zapatitos. No es que seas ingrata, no tenías nada, no tienes nada.

Aprendiste un resto de las calles y su caliche con el Juan y sus carnales. En menos de un año ya les entendías y hasta les contestabas, raro que una chava les siguiera el brinco. Pero no eras cualquier niñita venida a menos. Eras nada más y nada menos que La Fiera de Mar Egeo. Ganaste el mote a voz de foco y porque le partiste la cara a cachetadas al Gibrán por querer manosearte el culo. Conforme el año pasó y la piedra los fue chupando, quedaron sólo Juan y tú; después, los tiras te levantaron de un parque a manguerazos de agua helada, luego te metieron a la Posada del Sol y te reencontraste con tu hermana (*desnúdate mujer*) y después ya andabas valiéndole madre como siempre. Ahorita la acabas de librar de un incendio.

Sin esperar a Juan comienzas a caminar sobre López Rayón y se te acerca un perro, flaco y de pelambre ambarino. Lo ignoras, pero tu estómago se empequeñece con cada paso, si pararas podrías saber las intenciones del perro, aunque si sigues caminando, seguro que te olvida, pero si corres, lo más probable es que te muerda los chamorros y es ahí cuando crees queapestas a miedo. Tu hermana les tuvo fobia a los canes durante toda la infancia y mamá solía reprocharla porque, ella aseguraba que los perros podían oler el miedo: “mientras más miedo tengas, más posibilidades

hay de que te muerdan, Manita”. El apodo con que mamá nombraba a tu hermanita siempre te daba risa, te imaginabas una mano pequeña, vestida con ropa de niña, que andaba sola por las calles.

Las banquetas están llenas de estructuras huecas de puesto ambulante, son guindas jaulas vacías que no necesitan barrotes para contener a sus presas. Pegados a la pared, dos o tres mendigos reposan o beben, enclaustrados en sus cobijas y en su mugre. En la esquina que se aproxima, reconoces los ojos brillosos de otro perro y quieres cambiar de dirección, pero al virar un poco a la izquierda le pisas una pata al perro amarillo del principio. Esperas la mordida y ésta no llega. Ni siquiera un gemido o un ladrido de reproche. Volteas al suelo y los ojos tristes del primer perro te devuelven un cobarde fulgor. Por el rabillo del ojo izquierdo ves pasar la sombra del segundo can, el que te observaba desde la calle siguiente.

Levantas la cabeza y lo pierdes de vista. Seguro que es un perro enfermo, ningún otro canino puede tener una cola como la que le crees haber visto. Más parecida a la de un saurio o lagarto, tiesa y cónica. Los nervios te están jugando chueco. Te pasas un par de mechones grasos de cabello por la oreja izquierda y continúas caminando. La drogadicta rockera se desvanece al avanzar las calles y surge la minúscula Miriam con dos dedos de la mano izquierda en la boca, abrazándose con la derecha. De donde viniste, se escucha el grito de un borracho. Luego reconoces a un cuarteto de punks que estaba en el concierto mientras pasa trotando a tu lado. Uno de ellos te hace signos con los dedos, los demás lo celebran. Y de alguna manera ese gesto te tranquiliza. Claro que no estás sola en la calle, por ahí hay un montón de gente que también acaba de salvarse de morir achicharrada en el toquín.

Al llegar a la esquina de donde salió el perro extraño, buscas el fondo de la calle y ves en el medio de la misma, tres siluetas silenciosas que parecen quietas. No quieres saber si eres tú el objetivo de su quietud funesta y giras la cabeza hacia la continuación de la calle, del otro lado. Ahí

está agazapado y cerca, mucho más de lo que te gustaría, el perro deforme. Una lengua desciende de su hocico y lame el suelo. Algo está mal en tu cabeza, lo sabes porque el movimiento del animal te remite a la baterista chupando su baqueta. ¿Se encontrará bien? Escuchas murmullos detrás de ti y aceleras el paso mientras no le quitas lo ojos de encima al can chueco. Está pegando su torso al piso; el miedo que resbala por tu nuca se vuelve insoportable.

Tenías un juguete de niña. Una rana café que tenía una manivela blanca enterrada a un costado de su vientre; conforme girabas el dispositivo las piernas de la rana se compactaban y la cara de la misma se iba pegando al piso, en una ambigua reverencia que terminaba con un brinco sorpresa. Te encantaba ponerla en medio de ti y tu hermana. Por turnos la accionaban y perdía la desdichada a la que la rana le caía encima más veces.

Alcanzas la siguiente esquina casi trotando y los postes de Reforma se vuelven certezas. Aún están muy lejos, pero sabes que tarde o temprano los alcanzarás. Sin virar, te lanzas a la banqueta y comienzas a correr entre los tubos de los puestos; si te van a chingar no se las vas a dejar fácil. Como en las películas, intentas tirar algunos a tu paso, pero la mayoría de ellos están tan firmes que pocos son los que ceden. El olor a gasolina se reactiva con tu sudor y en la mezcla te quieres sentir un carro, y te piensas absorbiendo las propiedades del químico y volviéndote el ser más veloz de la carrera. Escuchas el rugir lastimero de uno de ellos. Comprendes que el bicho deforme, que creías te saltaría encima, tenía otro objetivo. No lo quieres saber, continúas con tu carrera y te envenena la sangre la rabia que sientes por dentro.

¿Y si nadie viene detrás? ¿Si todo lo que te atormenta es un delirio infundado originado por una reyerta de perros zascandiles? ¿Por qué no te giras? Ves más hombres al frente, están tan quietos y (vacíos) extraños como los de atrás, si te insultaran o hicieran el ademán de querer tocarte, comprenderías el pavor creciente que te desboca el pecho. Pero sólo están ahí. Siendo raros. Incluso

más que Juan, quien nunca se te ha insinuado y que te respeta casi como si fueras otro vato. Desconfías de la mayoría de los hombres que, como los perros que dejas atrás, te enseñan primero la lengua y el diente, pero qué haces con los que no hacen eso. “Abandonarlos en un incendio”, piensas. Giras a la izquierda en Reforma y luego en la primera calle a la derecha. En la siguiente esquina, de nuevo a la izquierda y en la que sigue, a la derecha. Así te vas zigzagueando la Guerrero a las ¿dos, tres? de la mañana hasta que encuentras una reja y, recargados sobre ella, dos muchachos dormidos. Les ves en la mano la estopa y los entiendes, quisieras besarlos y cantarles una canción de cuna, buscar dos cobijas sucias y cubrirles del frío. Pero les dices “Pinches drogadicto mierda” y comienzas a escalar la reja. Del otro lado, descubres que es un cementerio.

En medio de las tumbas te acuestas en un hueco. Esperando que tus perseguidores continúen su marcha. Piensas en el baño y en el escuadrón de reconocimiento que te mandaron y que, incumpliendo sus responsabilidades, terminó cogiendo. “Ciempieciés de las garras negras”. El olor de las rocas húmedas te arrulla. Y poco a poco dejas que entre a tu cuerpo ese frío pétreo. Los sentidos se te agudizan y pese a ser noche cerrada distingues los nombres de los que están contigo. Nombres que no te dicen nada, pero que te incitan a que los cinceles y los coloques al fondo de tu bombilla, sí la que está vacía, la que está debajo de la cama de Juan esperándote. “Tienes que regresar por mí, mamá”, escuchas su cristalina voz y un temblor hambriento se desliza por tu espinazo. Ves a tu juguete de rana, café e inexpresivo, saltando entre las lápidas, destrozándolas con su cuerpo. Pulverizando esas moradas últimas, que rescatas entre tus manos, “así ranita, así, hazlos migajas a todos y dámelos a mí”.

El policía te sacude cada vez con más violencia. Se detiene un momento y te pica. con su macana, las costillas. Abres los ojos y te duele la cabeza, intentas un gesto, una palabra y no te sale nada. El policía te ayuda a levantarte; no obstante, su trato rudo, entiendes que hace su trabajo. Te

escolta hasta las escaleras del metro. No sabías lo cerca que estabas. Bajas al pasillo y el olor a pastes y a orines de gato, termina de despertarte. Caminas hacia los torniquetes ensayando el talón que te enseñó el Muelas. “Sólo necesito un boleto del metro para llegar a mi casa, me robaron todo ayer”. A punto de llegar a las escaleras ves a un joven cargando a un niño y bailando ridículamente el bossa nova que sale de las bocinas de la estación. Los dedos del menor agarran una de esas manos de goma con adhesivo que están de moda. La palma del juguete, que debió de ser verde cuando nueva, está llena de basuras y pelusas. Al niño parece no importarle, sonrío en los brazos del joven, quien le hace caras. Una mujer, también alegre, se les acerca. Es una familia como cualquier otra. Lo único que te extraña es que él tenga las manos sucias, casi negras. Quizá es muy trabajador. Todo el mundo tiene un trabajo, menos tú.

## V

Como se lo pidieron, Felipe entra a la casa de empeño con la tornamesa. Sale sin él. Camina hasta el mercado y va directo al local del cerrajero. Está cerrado. Se detiene en el puesto de jugos y sin que el encargado ni su ayudante lo noten, toma un frasco de endulzante de vainilla. No lleva una mochila o un morral. Eso es para los mugrosos. Recuerda a sus compañeros de la escuela que se la pasaban toda la tarde en las áreas verdes, escribiendo estupideces en los pizarrones negros. “Apoyo total de ESIQUIE al EZLN”. Los imagina muertos entre indígenas con pasamontañas y se enorgullece de ser distinto a ellos. Pasa por un puesto de periódico y pide La Prensa, con presteza saca un peso ochentero y se lo arroja al vendedor. Se aleja trotando, casi corriendo. Voltea al suelo y ve sus rodillas alternándose, piensa en sus compañeros de fútbol americano, listos para aplastarlo en el momento en que creyera tener más afianzado el balón.

Se mira las manos y la ausencia de negrura no lo sorprende. Lleva semanas sin escuchar la voz. Ahora sabe callarla con sus acciones, no dejarla comenzar. Felipe hace lo que ella quiera y ella quiere lo que él desea. La voz comienza y el acto la calla. Sube a una combi y le advierte al conductor que no trae cambio. La seguridad en el tono de voz de Felipe no es cuestionada por el conductor. Se sienta al lado de un señor obeso y con un ágil movimiento le saca la cartera. Guarda el botín en la bolsa lateral de su bata gris.

Después de doce cuadras Felipe se baja sin pagar, aprovechando que una señora solicita su descenso. El chofer no se da cuenta, o finge no darse cuenta. A mucha gente le enseñan a no meterse en lo que no le importa. Hacen bien. Al bajar, Felipe choca contra un joven que camina debajo de la banqueta; el muchacho cae al suelo y Felipe lo ayuda a levantarse. El apenado efebo le da las gracias y él se las regresa con una mano, mientras que con la otra se acomoda los billetes que le

sacó antes de la caída. Hay gente a la que no le enseñaron que los billetes no deben ir en las bolsas traseras del pantalón.

Felipe para en el punto sugerido y recoge la orden. Para cerciorarse de lo que le habían dicho, pide, por separado, otro producto y confirma su eficacia. Mientras saborea la victoria y reitera lo acertado de las instrucciones recibidas, Felipe revisita la orden que inició todo, hace casi un mes.

Pasó a la Lagunilla para comprarle a Raulito una mano flexible con adhesivo. La habían visto en acción cuando una niña, en el parque, la lanzaba contra la superficie lisa de una resbaladilla y el juguete se pegaba con un sonido gracioso. Ambos la querían, o eso pensaba Felipe, para ir al parque de nuevo a repetir el juego de la niña. Debajo de un toldo azul se encontró a un trío sudoroso de jóvenes, dos hombres, una mujer, cargando instrumentos y amplificadores.

*Ayúdalos.* El calor de la tarde convenció a Felipe antes que la voz. Los ayudó a cargar un par de atriles y una mochila con cables. Los acompañó hasta la entrada de un edificio abandonado; el cielo y los edificios, eclipsados por toldos amarillos, azules, rojos, eran indistinguibles desde ese laberinto de gritos y ofertas. *Dale los cerillos LA CENTRAL que compraste en la mañana.* Felipe se hurgó los bolsillos, al encontrar la caja amarilla, la apretó e hizo ademán de detener a la chica, *a ella no, al gordo* pero contuvo su gesto en el aire para después apuntar con un dedo al chico de pelo más corto. No era precisamente gordo, pero, comparado con el resto, tampoco era delgado. *Sí, él.* Felipe se acercó al objetivo, le dio los fósforos:

—¿Van a tocar aquí en la calle?

—No, aquí en el Gran Calmécac, ¿lo conoces?

—Ni idea —dijo Felipe y se fue sin despedirse. Unos cuantos puestos adelante encontró el juguete.

Al día siguiente llevó a Raulito y a Mónica a desayunar barbacoa en la Tabacalera.

—¿Por qué hasta acá, Felipe?

—Yo sé que es cansado convivir con tus padres, pero creí que aún tendrías energía para venir hasta acá —dijo Felipe, haciendo énfasis en las dos últimas palabras.

—No empieces.

—Mami, ya queyo taco.

La honesta sugerencia de Raulito, acompañada de un elocuente lanzamiento de la mano de goma, detuvo una disputa. Los meses anteriores no anunciaban por ningún lado la hostilidad de la que ahora hacía gala la feliz pareja. Con qué parcas señales se anuncia la desgracia. Después de desayunar, caminaron hasta un pequeño parque que escondido los aguardaba. La fuente al centro del mismo borboteaba con flojera, escupiendo desganada un trozo de agua amarillenta que apestaba. Raulito intentó pegar su juguete en la resbaladilla, pero al ver que sus intentos fracasaban se puso a corretear alrededor de la fuente. Mónica y Felipe se sentaron en una banca oxidada de acero verde. Entre un beso y otro, una de las manos de Felipe se escabulló bajo la falda de Mónica.

—No empieces, Felipe. ¿Quién va a cuidar a Raulito? Mejor espérate a la casa.

—¿No me dijiste que tu mamá se quejó el otro día de los ruidos?

—Es que la verdad, has estado muy inquieto y me contagias —la inocencia picante con la que fue pronunciada esa última frase, recorrió palabra por palabra (con espacios incluidos) el

estómago de Felipe y desembocó, como un tren que se estrella, en la punta de su erección. Felipe le agarró la mano a su esposa *te dije que eres bien mocho* y le mostró su turbación. Mónica le regaló una apertura de ojos, pero eso fue todo. Se levantó, alisándose la falda y se fue a corretear a Raulito. Felipe estaba cansado de ese rechazo. Qué podía haber más importante que su deseo. Cuando ya se iban, Felipe vio la mano de goma tirada en el piso. La recogió y amonestó a Raulito por olvidarla.

Cuando llegaron a la taquilla del metro Hidalgo, Felipe se quedó con Raulito mientras Mónica compraba los boletos. Felipe notó que su hijo se movía impaciente y sin ritmo al compás que le imponía la música que salía de las bocinas de la estación. Había una justo encima de ellos y recetaba, al que tuviera oídos para escuchar, admiración profunda a una muchacha de Ipanema. Felipe cargó a su hijo —al verse las manos se sintió turbado, se le estaban poniendo negras— y comenzó a bailar moviendo la cadera y zangoloteando a su crío. *La chica que acaba de llegar, la que está a tu izquierda, se llama Miriam, dile a tu esposa que es tu prima y déjala pasar con ustedes.*

—No entiendo por qué tenemos que pagar si trabajas aquí.

—Yo puedo pasar gratis, porque trabajo aquí, pero ustedes no. ¿A poco trabajas aquí, Raulito? —Felipe aguardó la negativa de su hijo y viró —¿ves? Además, tienen descuento esos boletos, tampoco los pagas como los demás.

*Ya dile a Mónica.* Felipe actuó el desconcierto y la dicha que traen encontrar a alguien conocido en la calle. Lo más creíble de su actuación fue el nerviosismo y la incomodidad con la que habló. Miriam entró con ellos al metro y la voz continuó. La conversación siguió así, concertada en su totalidad por la voz. Felipe dejó de sentirse angustiado conforme sus manos fueron regresando a su tonalidad cotidiana. La mirada de la muchacha era un acertijo, una contradicción.

Una viveza rara fulgiendo, a turnos, entre indiferencia. La mirada de Felipe era abierta, atenta. A diferencia de la de Mónica, que con sutiles rendijas parecía apreciar cierta rareza. Se despidieron.

—Simpática tu prima, Felipe. ¿Por qué no me habías hablado de ella?

Felipe contestó un no sé distante. Más que por la perspicacia de su mujer, más que por las órdenes de la voz, estaba sorprendido por la naturalidad con la que Miriam le siguió el juego. ¿Sería posible que la voz también le estuviese hablando a ella? Pero la amenaza de pleito lo obligó a cambiar de tema.

—Mi papá nunca se llevó bien con el papá de ella.

Felipe regresa de su recuerdo, cuántas cosas pasan en un mes. Ahora trabaja de tiempo completo para Ellos; le siguen pagando en el metro, pero sólo se cumple horario cuando Ellos lo requieran. Felipe se despereza, se limpia la boca y pide un refresco para llevar. El vendedor le dice que nomás tiene puro retornable. Felipe diserta sobre la practicidad del plástico y aventura que no faltará mucho tiempo para que los refrescos retornables sean prehistoria. Entre chistes y reclamos quedos se va sin pagar la orden que pidió para comer allí. Sólo paga por lo que lleva en una bolsa. Hay gente a la que no le enseñan a ser más precavida con los habladores.

Media hora después, llega a su verdadero destino. El lugar donde vive Miriam. Desde ese encuentro guiado por la voz hasta hoy, la ha estado viendo. Casi todos los días. Miriam ni se inmutaba cuando él aparecía. Llegó a pensar Felipe que ella lo esperaba. Los primeros días lo trató como si los dos fuesen hombres. Le soltaba madrazos y remataba casi cada frase con un “güey”. Intercambiaron teléfonos. Después Felipe sobrepuso la gentileza a la camaradería. Intercambiaron direcciones conforme fue pasando el tiempo, conforme él la ayudó a conseguir trabajo y a dejar de

consumir *crack*, conforme se fueron dando cuenta de lo solos que estaban en el mundo y de lo bien que se comprendían, la convivencia cambió.

—Me hubieras dicho que querías pollo, bato.

—Éste me lo recomendó Mónica.

—Pues este sí ha de estar bien chingón, ¿no? —el tono de Miriam le recuerda los reproches de su propia madre cuando él le hablaba de Mónica.

—Si no quieres me lo llevo.

—Ya pásale, güey; te ves re puto cuando te azotas —y lo empuja con el puño.

Comienzan a comer el pollo. Miriam sirve una caguama que tenía guardada en el congelador. La charla pasa, entre los dientes, entre los labios, fluyendo como dos ríos que salen de su cauce para encontrarse en otro punto. Miriam se levanta, abre el refrigerador y saca un vaso medio lleno de una materia oscura y espesa. Felipe piensa que se trata de alguna droga y se levanta cauto, apenas alzando los pies. Miriam lo ignora y se desplaza hacia la zotehuela. Enciende la luz con el interruptor que está a un costado del vano de la puerta y entra. Felipe, desde afuera, escucha el sonido de un líquido precipitándose.

—¿Qué haces?

—Le echo su chesquín a las plantas, güey, y ¿tú?

—¿Le pones refresco a las plantas?

—Simón. ¿A poco no sabías que el azúcar las pone más chidas?

—Nel pastel —los ecos de la carcajada que suelta Miriam suben y bajan rebotando en todas las aristas del afecto de Felipe.

—No te queda eso de ser chido.

La comida continúa. Miriam pregunta por la familia de Felipe, por el trabajo. A Felipe le sorprende reconocer que hoy es sábado y que no está con su esposa, con su hijo. Le sorprende verse comer el pollo rostizado favorito de Mónica. Verse sin ella en ese momento lo espanta. Se figura que está en un montaje. Algún programa estúpido del nueve o del dos. *Llévatelo Llévatelo*. Un show cómico-mágico-musical. Las risas de Miriam, su piel casi amarilla, no atenúan esa sensación de que la luz que entra por la zotehuela es, en realidad, un reflector profesional manejado por alguien *con el mismo color de piel de Mónica, menos mal que Raulito salió a ti, para mejorar la raza*.

Felipe se para a apagar la luz de la zotehuela y aprovecha quedar de espaldas a Miriam para meterse un dedo en la boca, vehículo en el cual viaja Uña Agente Especializada. La misión del día de hoy será rascar del canino superior izquierdo al molar cordal del mismo lado, breve enfrentamiento con las ambarinas fuerzas del Sarro. La misión está siendo un éxito, pero una mano interrumpe todo al agarrar con audacia la nalga izquierda de Felipe.

—No estás tan nalgón, güey.

—Que te importe poco —de nuevo ese triste y antiguo canto de la especie, la melodía del reclamo.

—Ya la próxima semana me mudo, ¿ahí si me vas a dejar tocarte?

Un cariño brota de ese lado del río. En las palabras que corren, ya no tan cristalinas como al salir del manantial, se percibe un temblor en el curso, un temblor que casi augura la aparición en

escena de Mayito sacudiendo su humanidad y poniéndola a merced de una convulsión danzada con saltos y vueltas y agachadas y tiradas *tambalea, tambalea, tambaleándose*. Lo que está frente a Felipe no es un foro de espectáculos, sino un lienzo blanco y deforme sobre el que se puede combinar lo que sea. El inicio de “El Polvorette”, de Lizandro Meza: un cacareo pregrabado, sobrepuesto en una serpiente de ritmos electrónicos que se muerde el cascabel.

—¿O se te arruga la verruga?

—Ya me tengo que ir, Miri. Se me olvidó pasar por una cosa.

—¿Quieres mi mochila? Para que no chingues más tu bata —*alarma, alarma, mi amigo el gallo y mi amigo el calvo*.

—No, muchas gracias —espera que haya notado el diminutivo suave, porque no lo repetirá. Decirle Miri a una mujer tan ruda, podía ser peligroso.

—¿Seguro? Luego no quiero que andes quejándote, güey.

—Bueno, a ver... No, espérate, mejor no, ¿cómo le explicaría a Mónica una mochila ros... nueva? —tarde para corregir el asomo de palabra.

—Dile que te la encontraste, no está nueva.

Miriam se mete a un cuarto y regresa en segundos con una mochila roja muy vieja, se nota que alguna vez tuvo ruedas.

—Era de mi hermana, de la secu, yo perdí la mía, por desmadrosa.

—No me habías hablado de ella.

—¿Para qué te hablaría de una mochila, güey?

—De tu hermana.

—¿No tenías prisa?

—Luego me dices, ¿va?

—Sí, Fili —*así como a la gallina le gusta el gallo, a la mujer le gusta el...*

Felipe azota la puerta, se disculpa y baja las escaleras corriendo. El corazón ajeno al cuerpo, quizá en algún recodo del lienzo o en el bombo de la canción o en una orilla del río, el corazón en otra parte.

Se detiene a cinco cuerdas del departamento del amigo de Miriam. La voz está callada. Felipe, también. Ase el silencio en su cuerpo. No se ha planteado qué pasaría si la voz desapareciese. ¿Regresaría a su vieja rutina? La voz lo hace sentir como el protagonista de alguna historieta; con un propósito, con una dirección. Haciendo sólo lo que el narrador cuenta. Por un momento, piensa en un pedazo de carne siendo deshecho a golpes.

*No te muevas. En diez minutos va pasar una señora vestida de rosa con un bolso gris, la abordarás diciéndole que conoces a su esposo, levantarás tu mano izquierda formando un puño, a la altura de tu cara, e introducirás tu lengua por el pequeño espacio entre las uñas y tu palma.* De todas las cosas que la voz le ha ordenado hacer ésta es la más específica. Pero Felipe obedece. Mientras la señora lo mira con un gesto seco, lleno de arrugas y expresiones muertas que recuerdan un mar de ahogados, Felipe atisba su vida antes de la voz y obedece. *Síguela y no te quedes atrás.*

Felipe la sigue hasta una avenida con un camellón en medio. El ansia de conocimiento lo obliga a buscar los postes para averiguar el nombre de la avenida, pero la esquina más cercana es la de la calle por la que llegó y no tiene ningún señalamiento. Lo buscará más tarde. El sol se inclina, desandando lo caminado por Felipe y la señora, sacándoles apenas sombras a las antenas

que adornan todo lo largo del camellón. Cruzan ese lado de la avenida y continúan sobre el pasto que crece amarillo y necio alrededor de las antenas. Después de un tramo se detienen frente a una estructura cuyos colores grises delatan su pertenencia al sistema de aguas del Distrito Federal.

Alguien los espera. Un flaco con la cara llena de cicatrices de viruela que en un principio parece no darse cuenta de Felipe y que cuando lo nota, no puede reprimir un gesto de sorpresa que pliega y reubica los cráteres sobre su cara. La señora avisa que Felipe viene con ella y el flaco torna las cicatrices a su geografía natural. *No saludes a nadie, sigue a la señora hasta la puerta magenta y después de que ella toque dos veces, toca cuatro veces tú.* Felipe piensa que eso será lo siguiente en pasar, por eso sufre los tres kilómetros de caminata que separan la instrucción de la acción. Durante el periplo piensa que olvidará lo que la voz le ordenó. Seguro lo castigará, pero no sabe qué sería peor: que le repitiera la instrucción cientos de veces o que callase para siempre. En realidad, sí sabe.

Cuando llegan a la puerta magenta, Felipe ya no sabe cuánto tiempo ha pasado. La señora toca dos veces y la mano de Felipe se apresura a duplicar el ritmo. Después de un rechinado, los reciben dos mujeres que les tienden sus candeleros y cierran la puerta. La estancia oscura huele a humedad y a tiempo. Las paredes parecen lejanas, los años no sólo les quitaron el brillo, sino la cercanía. El techo, imagina Felipe, debe estar debajo del pasto del camellón, si es que un camellón puede prolongarse tanto. La señora le cede la delantera a Felipe y éste la acepta, primero con holgura para, después, descubrir que el camino que hay delante comienza a llenarse de cosas. Con la luz de las velas va encontrando trozos de estatuas. Retazos de bronce ocre y sucio que parecen tener su nido en el fondo de la habitación. Felipe piensa en las cucarachas de la casa de sus suegros, replegándose cuando enciende la luz.

Al seguir avanzando se da cuenta de que las verdaderas formas que lo rodean; distingue ahora manos y pies petrificados. Algunas con guantes y otros con calzado, otras y otros desnudos, con herramientas, libros, armas u otros objetos que Felipe no conoce.

*No hagas nada, deja que ellos te guíen, muéstrales tus manos y ellos sabrán que hacer, si intentan matarte diles que la maldición de Pterebos es cierta.* Felipe cree que ese nombre no le llegaría a la cabeza si estuviera enfrentándose a la muerte o a alguna de sus anunciantes. Y con ese pensamiento estrella su pierna izquierda contra una mano baya que sostiene una maraca cónica; la extremidad cae con la maraca y recorre unos centímetros hasta golpear la base de un pedestal de madera que tiene un libro cerrado encima. La piel leonada que lo viste está terriblemente devastada en la portada y sólo quedan dos letras legibles, una (R) debajo de la otra (A). En el lomo tiene escrito, siniestro recordatorio, en un bajorrelieve mallugado: Pterebos.

De los alrededores, de las esquinas extranjeras de esa nave inmensa, salen siluetas y voces, desfasadas las unas de las otras se intercalan con una cadencia indescifrable, cualquier intención de orden podría arruinar el lienzo, secar el río, desafinar el tiempo.

—Somos Ellos y Ellos somos... qôd, rêş, şín, táw... somos Ellos y Ellos somos... âlep, bêt, gîmel, dâlet... somos Ellos y Ellos somos... Sí viniste por voluntad, en verdad Ellos vinieron a ti... Agla Nygla Agla... qôd, rêş, şín, táw... somos... somos...

Felipe se deja hacer. Y entiende lo que ellos saben, no por la voz, no por el intraducible coro que se repite por todas las esquinas del lugar, no. Lo entiende como se entiende la muerte entre especies que sólo se saben lamentar, lo entiende entre caras, en medio de gestos angostos y apretados, entre labios quebrados y dientes deformes, entre alientos fétidos y perfumes baratos, lo

entiende como se entiende, dentro del metro, que el camino al interior de la tierra nos arrastra a todos al lodo del que salimos.

Viendo los pies cercenados, las falsas pieles lisas que no sienten el frío ni imitan el ruido, lo entiende; viendo las manos que no soltaban, que no aferraban, que no sentían, que a diferencia de las suyas no se ponían negras a voluntad, sino con el descuido del tiempo; viendo que sus extremidades tienen, al fin, a quien mostrar las fosas que en ellas habitaban, los cosmos que su piel imita, Felipe se deja hacer.

## Tercera parte

Toda la redondez  
de la tierra  
es un sepulcro

“O’loluk me

Ta sba sjol

O’ loluk me

Ta yav ya’al

Seteuk xabal,

Belun seteuk xabal

Jun xchial ye

Balun xchial ye

Jun chan ok’ni’

Balun chan ok’ni’.”

Hechizo para matar al hombre infiel

## I

El pitido de la freidora te avisa que las piezas de pollo extra crují están listas para pasar a la secadora. Pones un pliego de papel ocre acerado sobre una bandeja de aluminio y trasladadas con las pinzas, pieza por pieza, los miembros fritos de una decena de pollos. De la freidora a la bandeja, ninguna pieza se te cae, pero quisieras tirar un muslo sin que nadie se diera cuenta para guardarlo entre dos pliegos de ese papel tieso y después meterlo en tu mochila. Deseas poder cenar eso, pero el color amarilloso que cubre los retazos imita muy bien la amarga textura de la piedra.

Tres horas después, entras al baño para cambiarte el uniforme. Abres tu mochila para meter una bolsa de bísquets duros que la gerente te dio. El baño apesta a cloro, cualquier cosa que tu nariz sospeche química te hace salivar y sentir náuseas. Tu abuela, la de las palabras caducas, te contaba las muchas cosas que a mamá le asqueaban cuando estuvo embarazada de ustedes. Nosotras. Cada día piensas menos en tu hermana. Te ves en el espejo. No es que fueran muy parecidas, pero algo de ella quedó allí, en los cristales, detrás del nacimiento de tu pelo. “Ciempieciés de las garras negras”.

Te quitas la camisa de rayas rojas-blancas y el moñito rojo que te hacen llevar al cuello brinca sobre el lavabo. Detestas que no tenga botones reales, sólo dos pares de borlas blancas que simulan. Ahora que llevas dos meses limpia, te sientes superior a ti misma y a todas tus simulaciones de antes. A todas las simulaciones que te encuentras. La autenticidad te ha costado y ahora que es tu estandarte, no hay manera de que te detengan. Que lo intenten. Todo en mí es sincero, piensas. Nada te interesan las frialdades, ahora que en tu pecho crece un anhelo que aún no terminas de entender.

Dejas que el pantalón resbale de tus caderas moviendo la cintura y chocando las rodillas. El roce entre el nylon y la cáscara velluda de tus fémures te salpica el pecho de extra crujientes sensaciones. Se te fríe el pasado, la ignominia que te procuraste en los últimos años se vuelve una mancha de grasa sobre el ocre papel de la promesa de tu nueva vida, sabes que en cuanto lo quites y dejes lo que viene al descubierto, el resto será sólo sazonar lo ya excelente. Te ves en ropa interior sobre la superficie del espejo y te sabes deseable. No habías requerido ser amada. Pero ahora en tu cuerpo hay un anuncio. “Una cubeta de delicias, cuatro piezas, cuatro complementos (bueno, un bísquet tiene un hoyito, pero es lo de menos), dos ojos relucientes y un bálsamo extra grande de ternura y pasión”. Oferta por tiempo ¿limitado?

Te presientes infinita y el espanto que eso implica te prende. Ahora eres como el cielo que lo abarca todo y tu imagen en el espejo se vuelve turbia. “No vayas al metro, ten cuidado con Ellos”. Al carajo el pasado, tu pezón está duro y sientes que es la cúspide de una explosión que te viene del fondo. Sientes húmeda la tela debajo de tu vagina y por un momento te preocupa que la sangre ya haya llegado. Muy temprano, te dices mientras introduces tu dedo por entre tu muslo y el resorte y tocas el zumo. No es sangre y retiras el dedo, con pudor. Te preguntas si alguna vez te has olido a ti misma, si te has disfrutado.

Una niña viene a tu mente, una niña apartada del resto. Raro porque todo el mundo la sabe y la procura sociable. Entiendes en esa niña y en el sistema planetario de personas que gravita a su alrededor que la gente te impulsa a ser de una forma. Que las ondas de rotación y traslación de todos los entes de esa galaxia se relacionan y que son responsables de lo que observan. Ese planeta que ahora está apartado, escala el tubo de un sube y baja. Sabe que si logra pasar de la mitad el otro lado se desplomará con ella y no le importa. Sus intenciones ni siquiera tienen que ver con el esfuerzo, sino con la gravedad que le dirige la pelvis hacia el tubo cobrizo que alguna vez fue

violeta. La niña lo sabe porque busca apoyar sus uñas en los bordes de esa piel descarapelada. Siente que monta al dinosaurio morado de la tele, pero lejos de ser un tierno y regordete ñoño, lo sabes un terrible reptil que se estira y corre y salta sobre el resto de los animales, devorándolos. Sientes cómo los traga, apenas masticados. Te consta que los cazados están contentos de ser tragados por el mejor de ellos, el más ágil y fuerte. Dominando las vibraciones de tu cuerpo, oteas el horizonte y el sol se aproxima o vuelas hacia él; poco importa porque sabes que una vez que te abraza... Otro de los planetas, uno con anillos, llega al lado de la niña y la baja de un jalón, le sugiere en voz contenida que vaya con el resto de los planetitas y que juegue con ellos.

Antes de abrir la puerta del baño, lo presientes. Y cuando tus ojos lo confirman, lamiendo un helado suave, sabes que sólo él puede comerse la cubeta, que para él siempre estará servida y con la receta que quiera. Ahora no piensas ni en Raulito ni en Mónica. Entenderían, seguro. Podrían ver a Felipe comiéndose la cubeta y eso les debería bastar para estar alegres y satisfechos, porque eso hacen las familias. Estar felices por la dicha de los suyos. Así el alimento de uno se vuelve el alimento de todos. Y ellos ¿Ellos?... todos empezarían una vida nueva.

— ¿Qué tal la chamba?

—Bien, ya sabes cómo es esto.

—No, no sé, por eso te pregunto —Felipe tiene ese modo raro de sonrisa que te contagia, y la forma en que se mira las manos te excita.

—Contéstame después, anda; ¿quieres de mi helado?

Caminas a su lado sobre Azúcar. Todo derecho; hablando de las cosas que haces, de lo que hablas con la gerente y tus compañeros; aderezas las noticias con palabras que las agrandan un poco, justo en el límite de la autenticidad; sitio que no quieres abandonar por nada del mundo.

Tiene un año menos que tú y eso no te desanima. A ti que te atraían los hombres más grandes que tú. No porque te quisieras sentir protegida, menos para depender de ellos. Sólo querías que te entendieran de veras. Saber que lo que fuera que dijese llegaría a oídos abiertos, lejos de egoísmos imberbes. Y claro que él sabía y entendía: tenía un hijo.

Sus zapatos de color marrón, luminosos de tanto sobe, te recuerdan el ocre papel manchado. Con cada paso que da parece hundir tu pasado en la acera. Y le dices que sus zapatos parecen papel para absorber grasa y se ríen. Pero también, y eso no se lo dices, te recuerdan un poco el color del *crack*. Las náuseas te atacan de nuevo en cuanto llegan a Viaducto. Felipe sugiere que les conviene irse en la combi que pasa ahí, los dejará en Tlalpan. Las náuseas ceden paso al deseo, cosquilla que no se apagó en el baño y que parece haber esperado todo ese tiempo en tu interior hasta oír las palabras correctas.

Arriba de la furgoneta, Felipe te menciona un nombre que ya estabas olvidando. En tu nueva vida no hay espacio para tu pasado triste de dependencia. Juan. Amigo ritual, amigo camello, amigo que sabes que está vivo porque el Insecto le cayó un día a tu chamba con su morro y su ruca y casi no lo reconoces. Del flaco que se engolaba con la boca pegada al foco, poco había. Una parte de panza se le asomaba por el hueco que se abría entre una playera del Demonio de Tasmania y un cinturón negro cuasi pelado y añoso. Que cómo estás, que qué bueno verte que ya no habías visto a nadie, las miradas nerviosas de la ruca del Insecto delataban o a otra ex adicta o a una celosa compulsiva; que ahora que se acordaba sí había visto al Juan allá en el Chopito, que qué buena onda, que si ya habían pedido, que no que ya nos vamos y allá te quedaste fija, medio en paz al verlos irse y tranquila de saber que Juan la seguía girando.

Le habías contado a Felipe de tu gran amigo Juan, porque se había mostrado interesado en la piedra. Primero sin nombres, como debe ser, pero conforme pasó el tiempo y las preguntas de

Felipe se tornaron más demandantes, los detalles se tuvieron que volver más precisos. Contrario a lo que auguraban esas conversaciones con tu nuevo ¿amor?, él resultó no ser un drogadicto, al parecer lo único que quería era conocerte mejor. Hace poco se atrevió a decirte que está vendiendo. Algo distinto, nuevo. No hubo promesas de conseguirte algo, lo que Felipe te ofreció fue su apoyo para encontrar un trabajo fácil para salir adelante. Iba a visitarte, cada que podía, a la casa del Esquite primero y a tu cuartito después. El futuro te entusiasma. Y más porque lo estás haciendo al lado de tu nuevo hombre. O eso esperas. Detrás de cada pregunta que él te hace, presientes algo amorfo que desconsuela y hiere, pero como no es a ti, lo dejas ser, bendita inopia.

Ahora insiste en el domicilio de Juan y entiendes que detrás de Felipe hay algo más. Una parte de ti agradece que cuando te conoció ya no estabas de arrimada con Juan sino con el Esquite. De la otra forma, no estarían teniendo esa conversación. ¿Qué había detrás? ¿Quién? Gente que podría matar por tener más dinero, poder. La combi va por las calles de la Moderna y la mano de Felipe que, entre las sombras que comienzan a cernirse sobre el aire, se ve negra, avanza sobre tu pierna. No quieres perder tiempo ni decir nada, sólo le plantas un beso en la boca al hombre que te está salvando de todo lo malo y si tu nueva vida requiere sangre, pues qué mejor que la de Juan. Te descubres Salomé insaciable y en vez de tornar la vergüenza en horror, la atrapas entre las piernas y la exprimes.

Avanza entre tus dientes, la lengua de Felipe. Cuando abres bien la boca para recibirla en su morada última, él se separa y te dice que si convencen a Juan de vender lo que él tiene le podrá ir mejor. “Lo que él tiene”. Repites y Felipe asiente. Te explica que es algo más potente, pero mucho más barato, tú murmuras que, si no es caro, es peligroso. Felipe asiente nuevamente y, con su sonrisa de remate, su mano apretándote la teta izquierda y tu cabeza asintiendo, murmura acercando su boca, hambrienta, a la tuya, “tan peligrosa que todos serán nuestros”. Detrás del

último jadeo, otra voz repite “nuestros”, pero suena como si dijera “Ellos”. Sientes la mano de Felipe, libre de toda sombra, desplazarse hacia tu otro seno y buscar con sus yemas tu pezón; crees que al no encontrarlo se retira, asqueada. En la garganta un sabor a químico se te atora, mientras tu lengua cesa.

## II

Los toldos del tianguis se ven rotos, deshilachados y descoloridos. Azules y verdes, hay dos o tres que son amarillos. En el lenguaje oculto de los tiangueros, esto sólo significa una cosa, que predomina una organización en esa zona. Pero que es bondadosa y le da chance a las personas que viven cerca de ahí, aunque sean de otra organización, de ponerse. Pero que quede claro que no pertenecen del todo allí. Mónica nunca supo si sería cierto que todos se cuidan entre todos en un tianguis, a menos de que seas de otra organización. Las autoridades nunca se pusieron quisquillosas en la Provi y los tiangueros tampoco les dieron motivos.

Viendo, desde la entrada de urgencias, el tianguis sobre la calle de enfrente, saber eso no la preocupa. Piensa en lo desesperada que estuvo y en el mutismo en que se enclaustró su cuerpo cuando más lo necesitaba. Esta vez nada de risas ni de lágrimas. Nada de mocos ni de arcadas. No vientres llenos de miedo. Sólo la nada y su madre gritándole y jalándola para que reaccionara.

El día anterior, Felipe no había llegado. Sin llamadas, sin recados en el trabajo. Simplemente no estaba. Lo que había empezado como un secreto entrañable, algo que se asomaba divertido, revitalizador, ahora era un misterio. Todavía el fin de año había sido pasable, regalos a los suegros, a la esposa y a Raulito, pero después todo se desmoronaría con el descubrimiento infame. Felipe había estado empeñando las cosas de sus padres. Les había robado, también, sus joyas y al ser descubierto, sólo pidió paciencia. Con el año nuevo y las prestaciones, les recuperó las prendas y una de las joyas. Cierto era que al día de hoy faltaban menos cosas que al inicio.

Pero para Mónica, no volvió lo más importante: su marido. En sus pasos erráticos no lo veía, en sus ojeras marcadas y en sus ojos bruscos no lo hallaba. Pasados ya varios meses y los rigores del invierno asentados, el juego empezó a aburrirla. No por su complejidad sino por su

permanencia. Esas cosas deberían durar un rato o dos. En el fondo deseaba que dejara de importarle, pero afuera todo hervía, eclosionaba. Ante lo suyo, Mónica parecía dividirse. No tomaba un camino solo, siempre lo abría. Lo ajeno lo veía en dos tintas, lo propio, de colores lleno. Las ideas iban y venían y al final, las palabras quedaban.

—¿Por qué le robaste cosas a mis papás, Felipe?

—Necesitaba dinero, ya te dije que se los voy a regresar —Felipe giró la cabeza unos grados y susurró —cállate.

—¿Qué dijiste?

—Nada, Mónica —había algo incierto en su modo de escucharla, como cuando ella grabó unas canciones sobre una pista de música incidental. Al tratar de escuchar sus canciones nuevas, descubrió el ripio, tuvo que dejarlo así por falta de casetes y se concentró enormemente en escuchar y disfrutar la música que le interesaba. Desafortunadamente siempre regresaba la música de fondo, incluso aunque se escuchara menos, era como un reptil extraño que hundía la lengua en su oreja. Así sentía a Felipe desde hacía tiempo, como acosado por un zumbido ajeno a lo que escuchaba. Si se trataba de un tinnitus, como el que tenía su padre, por la presión alta, o el de su madre, por la presión baja; si era por eso, no debería haber mayor problema, podían ir juntos con el doctor para que les dijera qué hacer.

Era inconcebible que un amor terminara por un zumbido, por un silbido que nadie más oía. Doloroso para la imagen que tenía de Felipe, quien incluso en su sandez tuvo momentos gloriosos, como cuando jugó futbolito con Raulito en la casa. Lo cargaba por el estómago y le decía: “Soldadito de Plomo, “soldadito de plomo”, para que se pusiera firme y duro como los jugadores

metálicos del tablero, luego lo balanceaba y lo hacía patear una pelota de plástico azul que tenía un dinosaurio, juvenil y antropomorfo, dibujado a ambos costados.

O cuando cortó las páginas del libro de física para jugar a las estampitas con Raulito. Ambas cosas habían pasado antes de diciembre, previo al descubrimiento de los robos de Felipe. Lo más doloroso de éstos era que Felipe parecía no darse cuenta de lo graves que eran. Su mamá no le había dicho nada, lo cual parecía un sueño cumplido: su mamá callada al fin; su padre, menos, pero se notaba la gravedad de la situación en sus rostros. Primero, Mónica prefirió desentenderse. Le preparaba a Raulito la comida a deshoras, su mamá ya no le gritaba para que bajara a comer con ella y su papá. Mónica hacía comida sólo para tres y su madre, para dos. La casa estaba dividida por culpa de Felipe y ni siquiera se daba cuenta.

Había una cosa que alegraba a Mónica y era la ausencia de pedantería en la nueva actitud de Felipe, ya no era el insufrible déspota que la miraba de lado, ahora era un errabundo titubeante como cualquier persona. Lejos de certezas, su cara y sus acciones recordaban a las de un cachorrito asustado. Y ante esa actitud Mónica no había cambiado la suya. Lo cual era muestra clara de que ella no quería ninguna clase de poder para ella.

El merolico la aleja de sus pensamientos: ¿Su hijo no tiene ganas de hacer nada? ¿Lo manda a la escuela casi dormido, llega y lo único que quiere es descansar? (“Raulito, despierta mi amor, despierta”) ¿Usted lo manda al mercado, al mandado, a la tienda y el niño (“Mamá, mamá, no sé qué tiene el niño, ayúdame”) se niega, se siente cansado? ¿Sus calificaciones son bajas, no hace nada, sólo quiere dormir? (“No ves que está todo morado, Mónica, ya ni la chingas, quítate, háblale a tu papá, a ver mi amor, hermoso, despierta, mi amor, despierta, tráeme el alcohol para frotar... ¿qué haces ahí parada? ¡Muévete, Mónica! Lo que

faltaba”) ¿Su esposo llega cansado y se va cansado al trabajo? (“¡Jacinto, Jacinto!”) ¿Tiene una pesadez en las piernas, siente reumas, dolor, cansancio muscular? (“Buenas noches, doctor. Tengo una urgencia, ¿cree que podría darme el número de la ambulancia?, no, no se preocupe, yo llamo, sí, gracias... ponle este algodón, Jacinto, sí debajo de la nariz... sí, doctor, aquí tengo pluma cuatro, nueve, nueve, once, once, ¿correcto? Muchas gracias doctor”) ¿No tiene ganas de hacer nada, tiene un desanimo muy grande? A usted, ¿le duele la cintura, ya no aguanta las piernas? ¿El dolor en brazos, en las pantorrillas es horrible? ¿Ya no quiere lavar, le tiene miedo (“Le hubieras preguntado cuánto cobraban”) al lavadero porque termina cansada?, ¿fastidiada y con dolores musculares? Con sólo una frotada en la mañana y una en la noche antes (“Buenas noches, habla la señora Rosa Ramos, tengo una emergencia. Sí. Necesito, no, no escuche, ah sí, de traslado, por favor, sí, soporte vital básico, es muy grave, necesito que envíe una ambulancia a La Aurora 50 casi esquina con La Barranca, en la colonia Fuentes Del Valle, sí, en Naucalpan.”) de dormir. La Pomada del Soldado es la solución. Acabe con esos dolores (“¿Qué hospital les toca, Mónica?”) musculares, cansancio y demás cosas que la aquejan. Tome sólo lo que necesite con la yema de los dedos, aplique mientras frota en la parte con dolor (“El Primero de octubre”). Si el cansancio es general frote por todo el cuerpo, verá que su hijo, (“Sólo uno puede acompañar al menor en el módulo, la otra persona nos tiene que ir adelante con el conductor”) su esposo y usted misma se sienten mejor. Acabe con toda esa pereza que carga (“¿Qué parentesco tiene con el menor?”) su hijo, compre La Pomada del Soldado que acompañado

y en conjunto con las Pastillas del Soldado (“Señorita, ya casi llegamos, ¿se encuentra bien? Si se sentía mal debió de quedarse en la parte trasera, aquí adelante no tenemos nada para estabilizarla, ¿me oye?”) interactúan para que mejore sus calificaciones, esté más vivo, más acomedido, más listo. La Pomada del Soldado es la solución, únicamente (“Mi mamá va con él, mi mamá va con él”) tiene que aplicarlo un par de veces al día en la zona afectada. Lleve La Pomada del Soldado en su presentación clásica o Las Pastillas del Soldado para aliviar (“Yo paso con el niño, toma mi bolsa y mi saco y ya quita esa cara de pendeja, el niño va a estar bien”) el estrés, la fatiga y las reumas.

La puerta de entrada se abrió de nuevo, las personas en la sala de espera estiraron los cuellos, los que estaban despiertos movieron a los que estaban dormidos y los que estaban afuera, entraron. Mónica giró su cabeza hacia la puerta abatible que se cerraba de nuevo. Al frente estaba una enfermera con varias hojas sujetas a una tabla de madera. Los nombres comenzaron a sonar en la habitación, a veces los repetían, a veces el familiar saltaba inmediatamente de su asiento y se presentaba antes de que la enfermera terminara de hablar. No estaba segura del nombre que darían, la llamarían con el nombre de Raulito o con el nombre de su madre. Los dos comenzaban con “R”, por lo que estuvo pendiente de los ronroneos más que de los siseos, los tronidos y las vocales.

—¡Mónica Ramos! ¡Mónica Ramos! —pasmada por escuchar su nombre sin esperarlo, Mónica se paró dudosa y caminó hasta la enfermera —¿usted es la madre de Raúl Navarro?

—Sí, doctora.

—Necesito que me acompañe, por favor.

—Sí, doctora.

—No soy doctora. Lo primero que tiene que saber es que Raúl está bien. Lo segundo es que voy a necesitar que pase al área de trabajo social para que le realicen una entrevista y después voy a necesitar que lleve uno de los talones de pago de su esposo, o recibos de nómina, es igual al edificio que está aquí sobre Politécnico, para que la den de alta. ¿Me entendió?

Lo primero fue la entrevista. Alguien estaba ya en la oficina con la trabajadora social y hablaba con ella muy acaloradamente; pese al tono en general amenazante, la risa de la empleada no delataba ni nerviosismo ni miedo. Mónica se sentó a esperar. ¿Cuánto profesionalismo se necesita para esconder el miedo que nos puede causar la locura? Lo que más la angustiaba de la condición actual de Felipe era la posibilidad de que la razón se le hubiera quebrado, irreparablemente.

—Si vieras todo lo que tienen. Un patio inmenso y habitaciones calientitas. Les dan de comer y muy bien. El otro día vi cómo bañaban a los inválidos y el corazón casi se me parte, ¿ves? Yo no tengo a nadie en el mundo, mis padres ya están muertos y no quise tener hijos, ¿quién me va a cuidar cuando esté viejo? Luego con esta diabetes que me cargo, ¿y si me cortan una pierna o un brazo? Prefiero hacerme el loco; total dicen que ahí con todos juntos ni se nota —Mónica comprendió el tono clásico de la gente que está desesperada; en ese tono imaginaba las gotas de saliva y el incansable vaivén de las retinas que buscaban cubrir no sólo el blanco del ojo, sino todo lo abarcable —lo único que necesito es el autógrafo de mi amiga Raquelita.

Mónica imaginó al parlanchín cliente contento con su broma, con las manos cruzadas sobre la mesa, había visto tanta gente pobre angustiada (¿sería un pleonasma?) que ya conocía los países

que las manos realizaban, los enunciados que las bocas repetían, los recursos de convencimiento que el cuerpo intentaba proporcionar. Pero nada la preparó para lo que siguió.

—Alberto, voy a ser completamente honesta contigo —la pausa que hizo la empleada le botó el pulso a Mónica— Ni se te ocurra volver a La Posada del Sol. Sé que todo parece estupendo a simple vista, pero hay cosas que no sabes.

—¿De qué hablas, Raquel?

—Esto que te digo, te lo digo como amiga.

—¿Estás hablando en serio?

—Mira, todo lo que te puedo decir es que nunca han salido carrozas funerarias del lugar pese a que la mayoría de las personas que están allí son gente grande —de nuevo otra pausa— parece que experimentan con las personas que están allá. Les hacen cosas horribles. Es gente de la calle, sin familiares, nadie los reclama.

—Diría que me estás describiendo a mí.

—Cállate, Alberto. El mundo no gira alrededor de ti. Me refiero a gente que de verdad no tiene a nadie. Tú tienes una tía y varios sobrinos que ves de vez en cuando, pero muchos en La Posada de verdad no tienen a nadie. Son los locos solos. Y lo que les hacen ahí...

—Dime. No me puedes dejar así. Ya arruinaste mis planes de retiro así que me lo debes.

—En verdad me gustaría decirte más, pero ni yo misma sé lo que...

—Claro que sabes, si no, no me estarías diciendo esto. Si quieres que te haga caso y si te importo realmente, me vas a decir qué es lo que está pasando en la mentada Posada —el silencio que siguió a esa explosión de palabras murió cuando azotaron la puerta del pequeño cubículo.

Rodeada de esa sensación chiclosa que deja lo escabroso súbito, Mónica se giró en la silla, buscando una respuesta que huía de su curiosidad. Pegó su oído a la pared de fibra de vidrio que separaba los espacios con aparente fragilidad. No logró escuchar nada. La pared blanca era como el alma de un instrumento, los pasos, el anuncio del elevador y las voces de todo el sitio se arremolinaban sobre la resonancia de esa lámina que la separaba de un misterio que se había vuelto enorme y por ello más demandante.

Entre el fragor de ecos, distinguió un par de palabras: “gente enferma”, “mi hermana”, “orgullosa”, “mucho dolor”, en la voz de la trabajadora; “¿Loca?”, en la pregunta del señor. “Manera”, “encontramos”, “álbum”, “cosas” y luego quejidos y llanto seguidos de la voz masculina: “ya”, “ya”. Se notaba, en la mezquindad del monosílabo, que le molestaban las explosiones emocionales que no fueran propias.

Cuando el señor salió de la oficina, Mónica entró. Con los ojos buscó los rastros físicos de la conversación, algún indicio de lo que no había podido escuchar, pero no encontró nada. Contestó las preguntas de la mujer a la que acababa de escuchar quebrarse, sin verla a los ojos. Firmó donde debía firmar, se despidió de soslayo y se fue todo el camino hasta el teléfono público con un arrepentimiento muriéndole entre los dientes.

—Papá, bueno, bueno, ¿me escuchas?... Sí Raulito está bien, papá. No. Más bien necesito que vengas. Pero también te quiero pedir que traigas por favor algo, unos papeles que están en el cajón de la cabecera, por favor. Sí. Estamos en “El Primero de octubre”, sí. Vente en metro, es temprano. No, por eso te lo estoy pidiendo, sí, perdón, gracias.

Así terminaba la llamada y continuaba su vida: “perdón, gracias”. Era culpable y luego tenía una deuda de gratitud. Nacer y desgarrar a la madre, “perdón”, pero estar respirando, “gracias”.

Hacer que sus padres trabajen para cuidarla, “perdón”; pero recibir a manos llenas, “gracias”. Voy a tener un hijo, “perdón”; ¿me lo pueden cuidar? “gracias”. Estoy abrumada por las responsabilidades, “perdón”; ahí se las dejo, “gracias”. Felipe no contestó el teléfono en esta emergencia, no está tampoco en su trabajo, puedes venir a ayudarme, por favor, “perdón”.

—¿Te viniste en taxi?

—Sí, había mucho tránsito en Las Armas. Aquí están los talones, hija.

—Gracias.

Una muchachita, quizá dos años menor que ella, se recargaba en el costado de una señora que tejía lo que parecía ser una bufanda. Hojeaba, ávida, las hojas de una revista morada que traía la foto de algunos hombres en la portada. Arriba de sus cabezas se leía *Eres*. Era el especial de música de la revista que leía antes de juntarse con Felipe. Salía cada año con un recuento de lo mejor o peor del año. ¿Hace cuánto que no la compraba? Más de cuatro años. Puras porquerías, decía Felipe. No se burlaba abiertamente de sus gustos, lo cual le agradecía, pero un par de comentarios incisivos al respecto terminaron convenciéndola de que no valía la pena hablarle de ellos.

Ahora quería arrebatarléla a la niña de las manos, no tanto para salvarla de las porquerías que contenía, sino para llenarse de ellas. Necesitaba todas esas porquerías cubriéndole la cabeza y tapándole la vista. Haciendo más apacible la existencia. Serían un revestimiento noble, aunque quizá no tanto como la mierda de Raulito. Para ella no había momento de responsabilidad tan grande en el día a día como el de soportar las arcadas que le venían cuando le cambiaba el pañal a Raulito después de que se zurrara. Si se cubriera el cuerpo con esa mierda, que tanto la repelía, sería el ser más noble del mundo.

Un joven entró con otra revista en la mano. Por un momento anheló que fuera Felipe, quien arrepentido de todo volvía más amoroso y con una revista llena de mierda sólo para ella. Cerró los ojos y quizá levantó mucho los labios, esperando el beso que resolviera todo. Beso perdón, beso catarsis, beso gracias, beso sabía que te gustaría. La Tristeciente tornada en Dichesa con el acto de amor más puro.

—¿Estás bien, Moni Monita? —su papá no le decía así desde la primaria y un nido de insectos se desfragmentó en su estómago. No estaba bien, estaba triste y arrepentida. Muy arrepentida. De sus actos, de juntarse con Felipe, de embarazarse, de vivir con sus padres. No quería que las cosas se desvanecieran, pero sí que se solucionaran. Quería paz y certezas, que a menudo vienen juntas. Quería “de nada”, “con gustos” y “claros”.

—Sí, papá, gracias —no pudo decirle Papucho, le dio pena; el miedo al ridículo la paralizó. El joven de la revista fue a sentarse al lado de la muchacha. La que él traía era una *Cine Premiere* que en la portada exhibía el rostro de Johnny Depp. Esa no le gustaba. Esa era aburrida. Porquería pretenciosa. Giró la cabeza hacia la puerta de ingreso, que se acababa de abrir. Caminando tranquila, salió su madre, quien traía nubes en la mirada, futuras tormentas que limpiarían el cochambre que Mónica tenía en la cabeza. Afuera, desde otro mundo, el merolico habló: ¿Su hijo no tiene ganas de hacer nada?

### III

En el espejo eres otra. Te acomodas el cuello de una camisa real. Una camisa que te compraste hace poco con el dinero que has ganado preparando pollo frito. Tal vez no la alisaste lo suficiente. El calor de la plancha tan cerca de las manos te recordó el calor creciente de la lata azul a la que te obstinabas, aspirando. Así la vas a dejar. En el cuarto en el que estás, pocas son las cosas que te recuerdan la palabra hogar. Las evocaciones mueren sobre esos rincones, se despintan de las paredes. Pero no estarás aquí por mucho. Pliegas la falda de mezclilla hasta volverla un círculo deforme de tela y botones y te colocas en medio. Ensayas, mientras la subes por tus chamorros, tus rodillas, tus muslos, tus nalgas; el momento en que recorra el camino inverso, de tu cadera al piso.

Los tenis también te los acabas de comprar. Son unos Panam rosas que huelen a naftalina; sabes que en un par de meses su tufo será idéntico al de tus calcetines grises, los más usados. Triste el destino de los objetos, abocados a la peste, el olvido y la medianía de los que los ocupan. El amanecer se tiende en la ciudad y los ruidos de fuera pueblan tus calles internas, contagiando el rumor de tu sangre. Irremediablemente ajena a todo lo que ha pasado fuera de tu felicidad, sales a la calle.

El metro, durante estos cuatro meses, no ha sido el abismo que te juró tu hermana. Típico de ella, exagerar para poder defender su comodidad. Detestaste el modo en que el terror le modificó el rostro y aún más las palabras que le hizo decir. No la tomabas muy en serio cuando eran adolescentes. Sabías que haría lo que fuera para no moverse, para quedarse acostada otro rato más en la cama o para no tener que lavar los trastes o para saltarse la clase de educación física. Tú en cambio te movías, saltabas, lavabas, corrías, despertabas y también la lastimabas.

Dicen que el perpetuo movimiento de las olas es el responsable de la quietud de la luna. “Ciempieciés de garras negras”. Una vez jugaban a guerrear con papá; el otoño había tirado muchas bellotas de los árboles, todas ellas municiones, listas para ser lanzadas a diestra y siniestra. Huyendo de papá, Mariana, en contra de su naturaleza, se subió un árbol chueco que estaba en mitad del parque en que jugaban. La seguiste y una vez que estaban arriba de su rama más baja, comenzaron a avasallar a papá. Y él, paciente, fue recibiendo varios bellotazos mientras recogía los arbóreos casquillos y preparaba el inesperado contrataque, el cual llegó con desmedida furia, lo cual te asustó y sin escuchar ni sentir le comenzaste a aventar el cuerpo a tu hermana, hasta que la rama se terminó para ella y la gravedad la reclamó como suya. Escuchaste el grito de su caída y despertaste del trance impuesto por el juego, pero ya no podías hacer nada. El golpe en la nuca le aniquiló el grito a tu hermana. Lo siguiente fue una descarga de insultos preocupados y coléricos salidos, como desde una metralleta, de lo más profundo de papá.

Cuando ella se mostraba reacia a realizar algo, tú eras su contraparte. Todo lo que para ella representaba un no, en ti se tornaba un sí. Las estaciones del metro se deslizan una tras otras como si alguna mano fría y sin uñas las barriera con un pincelazo. El aviso de cierre de puertas anidó en tu oído en cuanto te subiste y con cada graznido posterior sus crías contestan desde tu interior. Salvo ese aguacero de sensaciones que tienes de la azul a la rosa y de Pino a Tacubaya, el metro no es una amenaza.

Terminas de pensar eso mientras aborδας el convoy con dirección a El Rosario, sólo una estación te separa de una tarde de diversiones al lado de tu amado. Pero el metro no se detiene en Constituyentes ni en Auditorio ni en Polanco. Para cuando el metro entra en el andén, bastante lleno de gente, de Tacuba sin disminuir la velocidad. Sabes que terminarás en el Rosario. ¿O el conductor intentaría suicidarse con todos los pasajeros a bordo? “Seguro se le descompusieron los

frenos”, dice un señor. “Pero pueden detenerlo desde el Binói ¿no?”, dice otro. “Más bien, todo lo controla el conductor”, alguien más sugiere. Ves una señora santiguarse al fondo el vagón. Felipe te ha contado tantas cosas del metro, datos y cifras y maniobras que no recuerda o que recuerdas tan mal que no podrías explicarles nada a los angustiados pasajeros. Nada que los calme al menos. Dependiendo del modelo del convoy, éste podía o no ser manejado manualmente. Buscas en las orillas algún código alfanumérico que te remita a los explicadores labios de Felipe, pero sólo están los sellos de los fabricantes y los borrosos números de serie. Alguien pregunta: “¿Y si no se detiene en el Rosario?”. Al llegar a Aquiles Serdán el metro se detiene y abre las puertas. Mientras pasas del otro lado para recorrer la línea en sentido inverso escuchas: “¿Te imaginas si nos hubiera tocado en dirección a Barranca del muerto?”, “No, ni lo mande dios, prefiero morirme afuera que abajo en los túneles”.

Piensas en las palabras de tu hermana, como no lo habías hecho antes. “No te acerques al metro”. Pero en vez de darles el peso que tu hermana hubiera querido en su momento, las descartas con el sentimentalismo fácil de pensar lo lindo que sería que ella estuviera allí, acompañándote en el camino hacia tu amor, echando pestes sobre el sistema de transporte colectivo. Luego te ves con ellos inmersos en las emociones extremas que los juegos les tendrían tendidas. Sales de Constituyentes y caminas por los puentes, anticipos del vértigo por venir. En la pista de la montaña rusa, asomándose por encima de las rejas como un faro, imaginas los bordes de una trampa para osos.

Felipe te espera a un costado de la entrada a la Feria. Le quieres contar tu odisea, pero él te abraza la cintura y te planta un beso, te extraña la impaciencia con la que su lengua busca separar tus labios y te sorprende la cosa dura, pequeña y porosa que te desliza adentro. “Es para que nos divirtamos”. Sus manos tiemblan y por un momento quieres irte de ahí. Correr en sentido contrario

y hacer que la mano fría componga el dibujo y que el aviso de puertas deshaga el nido, pero Felipe te extiende una botella de agua, de la cual bebes como si fueras un desierto.

—¿Qué pasó con eso de no drogarnos?

—Es sólo hoy. Para festejar el día en que dejé a mi esposa.

—¿Ya no vives con ella?

—Nunca más.

Logras contarle tu experiencia con el metro. Piensas que se entusiasmará y comenzará a soltarte tecnicismos, pero no hace eso. Ni siquiera te consuela, sólo te enseña las pulseras caquis que les darán acceso a todos los juegos, te arrastra por los torniquetes (“no te acerques al..”) y te señala “El martillo loco”. Giras y giras sin poder pararte, aunque de vez en vez el conductor suspende un poco la oscilación y quedas arriba, por segundos largos que se atorán más entre los espasmos que la droga te está causando. Bajas del juego mecánico con la boca seca, quieres algo de beber. Felipe te compra un agua que te ofrecen en bolsa, él dice sin popote y muerde una orilla, exprime la bolsa y te salpica. Ríen. No entiendes la desconfianza que se abate sobre tus ideas. La quieres detener y por instantes piensas lograrlo, pero después sabes que se retiró para volverse un tsunami de certeza: Felipe no está drogado.

Mientras el carrito de “La montaña rusa” asciende, tu hombre te cuenta que el recorrido de la atracción dura lo mismo que una canción de Los Beatles. Sientes repulsión por el recién divorciado y quisieras decirle que te da lástima, que no puedes creer que se haya desecho de su familia de esa manera y que lamentas que sea por tu culpa; quisieras decirle además que no te gustan los Beatles, que prefieres a José José y que te enamoraste de Pedro Infante cuando eras niña. Pero tu lengua está muerta, y poco a poco tus intenciones también. Menos mal quedan los

recuerdos, ¿no? Quieres al menos pensar en tu nombre en letras grandes y chuecas como las que ponías en tus planas de la ¿preparatoria? El carro se deja caer y olvidas el sabor del grito.

Regresas en “El ratón loco”, pero ya no eres un alguien. Pasaste a ser una bocina, un amplificador de tus sentidos. El freno que te impedía sentirlo todo se ha quebrado y ahora eres el espectro de las sensaciones del mundo. No ves colores, no oyes cosas. Las sombras de la realidad que te tocaban cuando aspirabas piedra no están más nunca. El filtro que te anunciaba lo que sucedía, no existe. Eres colores, eres sonidos, eres la forma que toca al mundo y sabes a ti misma. Te desplomas con las violentas sacudidas de la rata vesánica, eres las vueltas y los giros subes y bajas y descendes del juego. Ahora eres un tronco con agua en el vientre, un tronco helado cansado de desplomarse y de cargar con ruidos y emociones, pasas por un túnel y tus orillas hacen eco y eres eco que se aleja y vuelve en la punta de la rampa y te empapas mientras caes y al caer te ahogas, te entumeces.

Eres la silla que te sostiene en el aire y te lleva alrededor de ti misma, pero ya no hay nada en el centro ni Mariana ni papá ni mamá ni la tía ni la abuela ni Felipe ni su familia; intentas que esas vueltas signifiquen algo de veras y aparece en grande una frase, no sabes de dónde la sacaste: “Ciempieciés de garras negras”. Buscas a alguien, a cualquiera, pero estás sola, dando vueltas, como siempre las diste sin poder detenerte, condenada a estar ahí, a quedarte siempre en movimiento sobre ti misma sin entender nada del resto, sólo tu imperante necesidad de avanzar y avanzar una y otra y otra y otra y otra y otra y otra y una y una y otra y una y otra y una y una y una y otra y una y una y una y otra vez.

El truco más común para asustar a la gente en “La casona del terror” es golpear el piso con una vara de metal; después de ese, el siguiente truco es gritar. Tú eres el golpe y eres el grito, eres la voz cascada del actor cansado y también las piernas ligeras de la actriz caracterizada de enferma

y la nariz del payaso que se ríe convulso y la luz de estrobo en medio de un cementerio, eres el lugar común del miedo y presentes en tu existencia el cliché más grande. Eres una mujer más. Una mujer que ama a un hombre y que estaría dispuesta a todo, eres una mujer que odia a otra y la envidia, eres una mujer que siente mucho, una mujer que sangra y que depende, que está cansada como tantas otras y angustiada de su cruel sino. El vestigio de una idea que no podrá estar viva nunca, no como debería estar realmente. Aunque también eres la realidad y te aterriza conocerte.

Una puerta de emergencia se abre y Felipe te sostiene. Triste, rendida, entendida te dejas llevar a un hotel ¿cercano? Te desplomas de rellano en rellano, mientras suben la escalera. Felipe no sonrío y tiene las manos negras. En lo que queda de la droga en tu cerebro o en lo que queda de tu cerebro en la droga yace una corrección. Tu hermana no dijo “ciempieciés” o si lo dijo no era lo que quería que entendieras. Felipe te ata a la cama, brazos primero y piernas después. Qué triste la vida del que dice lo que no quiere. “No creo poder hacerlo”. Ves a Felipe suplicarles a sus manos, realmente no quiere hacerte esto, pero no lo perdonas y no te perdonas por no comprender a tu hermana, por no entender que el hombre que se empeñó tanto en que dejaras de ser quien eras, está a punto de lastimarte mucho. Piensas aquello mientras la voz de tu hermana se va desvaneciendo: “chimpancé de garras negras”. Una última imagen: Cuando ¿mamá? aún vivía, fueron todos al Zoológico, y se aguantaron un buen rato para poder seguir al guía, ¿Mariana? se quedó dormida, después del insectario, en los brazos de ¿papá? y entonces llegaron frente a un vidrio. La jamba de piedra era más alta que tú y no alcanzabas a ver.

—Este es el primo del hombre y se llama chimpancé.

—Mamá no alcanzo a ver al ciempieciés.

Justo como lo ensayaste en la mañana, lo último que Felipe te quita es la falda, descubre que no traes bragas y se aleja con las negras manos en la boca, sollozando y gimiendo. Volteas hacia abajo y en vez de encontrar tu solitario seno, tu ombligo, tu falda, círculo deforme de tela y botones, te ves desde el techo. Ahí está tu cuerpo mientras tú te alejas. Te ves boca arriba, con las piernas abiertas y tu pezón erguido, esperando a tu hombre.

#### IV

Tratando de que no se le resbalara la botella de agua de las manos, Felipe se bebió, temblando y lo más rápido que pudo, el contenido. Su mano derecha, color petróleo, aferró su cuello, contrayéndose. Felipe tiró el recipiente al suelo y al agitar su mano izquierda la desconoció. Vio, en su lugar, a una tarántula negra que se sacudía inerte cada que el brazo bajaba y subía.

—Es sólo tu mano.

—¿Y si no?

—Es sólo tu mano —Felipe dejó de mover la mano izquierda e intentó quitarse la derecha del cuello —No creo poder hacerlo, de verdad no creo.

*Pero no es cuestión de que Felipe quiera hacerlo. Hay cosas más importantes que lo que uno quiere. Ser egoísta le podría traer serios problemas a nuestro apuesto chimpancé. Por ello Felipe se detiene y contiene sus manos, se cerciora de que los nudos que hizo en la cama y en los manos y pies de Miriam, estén firmes y se acerca a olerle la vagina. Disfruta su aroma ácido, con suaves notas de orina y una fuerte esencia que no es otra cosa que miedo. Probablemente Miriam esté sufriendo mucho porque se encuentra tan vulnerable, Felipe cree que la entiende, pero no tiene ni idea. Nadie entiende el dolor ajeno y menos cuando lo provoca.*

*Felipe mete la lengua en la tibia carne y Miriam se estremece. Lágrimas breves y ardientes recorren sus cachetes de drogadicta. ¿A poco no te gustan las emociones fuertes?, piensa Felipe y se estremece ante la posibilidad de estarla lastimando. Matamos lo que penetramos y nos gusta. La verga de Felipe está dura y adolorida. Después de la danza de pretensiones, de escalar por la inmensa montaña del fingimiento y la empatía, al fin divisa el llano donde podrá descansar de su travesía y reponer sus fuerzas mientras escupe y grita a los cuatro vientos que ha triunfado.*

*Porque nunca se triunfa más que cuando se obliga y tener a Miriam así amarrada, patiabierta y quejosa es más de lo que cualquiera puede aguantar. La especie de Felipe celebra junta y grita de júbilo por sus logros. Miles de orangutanes, macacos, gorilas y changos se abrazan y gimen al ritmo de las venas del pene felipil.*

—Fili, ¿por qué? ¿Por qué me haces esto?

*Felipe tiene la mejor respuesta y se la propina en la nariz. Muy duro. Siente la sangre salpicando los oscuros nudillos de su mano y le crece el deseo. No lo nota, pero ambas manos brunas, se enrojecen. Felipe se baja el pantalón, listo para terminar de conquistar lo que se ha ganado. La victoria es celebrada como el pitido de inicio de un partido. Felipe le aprieta las narinas a Miriam y mientras ella abre la boca buscando aire, se encuentra con la carne hirviente del báculo de Felipe; ella trata de morderlo, pero la mano libre de Felipe le aferra el cabello y lo jala hacia atrás. Una manada de neblina cubre los ojos de Miriam.*

*Es el efecto puro de la droga. La Claudia blanca, madre y génesis del PTV, es una flor curiosa. Rodea las proteínas y lípidos del cuerpo mientras distrae al cerebro y a los nervios con altas dosis de adrenalina; así, cuando la primera fase acaba y comienza a disminuir la fiebre y el pulso se estabiliza, en ese momento, inicia la segunda; cuando las células y glándulas absorben los lípidos y las proteínas, caballos huecos de traición repletos, el cuerpo no sabe lo que le espera. Asimilar una droga a nivel celular no sólo te vuelve dependiente de ella a un nivel microscópico, sino que te garantiza una intoxicación permanente. Las células que se dividan a partir de entonces estarán corruptas.*

Felipe refugia su mente en un recuerdo. Logra alejarse de donde está, para no ver lo que está haciendo. Se acuerda del día que Mónica le habló desde el hospital. Mientras abría la puerta

de la entrada escuchó el timbre del teléfono y una vez adentro lo escuchó de nuevo. Se había vuelto común que sus suegros no estuvieran. Habían encontrado una especie de iglesia alterna a la católica y todas las tardes iban a orar, a cantar y a alejarse de su hija, su nieto y su yerno.

—Bueno —las uñas de Felipe se apresuran a aliviar la comezón de sus piños.

—Hasta que te encuentre, Felipe. Te estuve marcando a todos lados, en tu trabajo me contestaron una vez y después ya no, ¿a qué hora saliste?

—Salí apenas, no te contestaron porque vino el supervisor general y no le gusta que los empleados agarremos el teléfono.

—No tengo tiempo para eso, Felipe. Estoy en el hospital, con mis papás, en la mañana Raulito se cayó de la mesa, le estaba dando un ataque, temblaba y sacaba espuma de la boca —Mónica detuvo un sollozo —llevo toda la tarde buscándote y hasta ahorita me contestas, no me chingues, por favor.

Las palabras de Felipe se atoraron en su garganta, rodeadas por muros húmedos y ulcerados que se estrechaban a cada pulso. Mejor que se quedaran allí porque no portaban más que excusas y atajos que no venían al caso. Felipe llevaba semanas sin pasar las tardes en casa de sus suegros. Había hecho muchas cosas para Ellos. Pasó de ser el desconocido que todos hostilizaban al consentido de la Señora Cuarzo. La líder no sólo lo había introducido al culto, sino al corazón de sus enseñanzas y al respeto de las mismas. Quizá por haber aparecido de forma tan azarosa en su camino, ella lo valoraba más; como las setas que surgen entre el lodo sin señal ni orden, invisibles para los perezosos. O quizá sólo era una cuestión política, hallar al Mercado no podía ser poca cosa.

Porque eso era Felipe, el Marcado. Estigmas oscuros se le dibujaban sobre las manos, cuencas vacías que crecían hasta terminar avasallando la queratina de las uñas. Y al fin conoció el respeto y el temor que no se distinguen bien en el ceño de los rostros. Los que más dudaban de él eran los hombres gordos e inmensos, poderosos en ademanes y carácter; los que menos, eran los deformes, los famélicos, las ancianas y los muchachos, ellos lo adoraban. Mientras que, en la casa de sus suegros, ya no le abrían la puerta.

El círculo más cercano a la Señora Cuarzo, lo toleraba. Tres hombres y tres mujeres. Felipe supo que ellos convivieron con la mujer que él había rescatado en el túnel. Nunca les preguntó qué había sido de ella. ¿Acaso a algún héroe le interesaba el destino de la gente que había salvado? ¿O su origen? La Señora Cuarzo confiaba plenamente en ese grupo de personas. Dos de ellos eran notoriamente más activos y poderosos que el resto. Supo que el gordo y chaparro respondía al nombre de Leobardo, del otro no sabía nada más que fue aquél que les abrió la reja del edificio del Departamento de Aguas el día que la voz lo trajo a Ellos.

El círculo cercano había estado muy ocupado saliendo a diferentes partes de la República. Regresaban en camiones refrigerados con muchas bolsas y cajas. Felipe no preguntó que había en ellas, pero un día vio cómo la más grande de las tres mujeres les enseñaba a las otras dos y al más joven (¿Vicente, Víctor?) cómo desangrar a un pollo practicándole dos agujeros en el cuello. Al ver que el proceso era lento y agónico, tanto para el verdugo como para la víctima (se tenían que terminar exprimiendo las extremidades del ave y frotándolas para sacar la mayor cantidad de sangre rezagada), la que se veía más joven preguntó si no sería más fácil cortar el cuello.

—Es importante que las personas que encuentren los cadáveres piensen que fue otro animal.

—Pero ningún animal le chupa la sangre a los pollos —replicó el muchacho (¿Virgilio, Vinicio?).

—No sólo lo harán con pollos, mañana Celeste traerá un perro —la muchacha se puso los brazos en jarras y frunció la boca mientras asentía.

—De todos modos, Ángela ¿qué animal le chupa la sangre a otro? —la mujer que casi no hablaba, con su pregunta, logró que los otros asintieran, disconformes.

Ángela se quedó callada mirando a Felipe y advirtiéndole con los ojos que mientras no se fuera, ella no volvería a hablar. Ellos eran raros, él era raro y lo que sea que le contestó a Mónica fue raro. Felipe sólo se recordó colgando el teléfono y dirigiéndose al lavabo. Se recordó con la amable espuma del jabón resbalando de entre sus dedos. Tallando firmemente las orillas de una olla mediana en las que se había afincado una aureola roja de sebosa salsa. Doblando la rodilla izquierda, cansado por estar de pie, pegando la rodilla a la puerta blanca de la parte baja de la cocineta. Se recordó la existencia como un eterno lavar platos ajenos, los de sus abuelos, los de sus padres, los de los amigos, las novias, sus suegros.

*Le frota los senos con la mano izquierda mientras la derecha hurga su sexo. Le mete un dedo, luego dos, después tres, cuando está a punto de hundirle todo el puño, Miriam boquea saliendo del trance y emite un grito absoluto, de miedo y rabia; impotencia y determinación se atan en una calca que Felipe sofoca con la almohada.*

*Miriam entra en la abstinencia y pide más PTV. Pronuncia con tal énfasis la “V” que su labio inferior sangra, abierto. Felipe le vira que si se calma le puede dar más. Tienen las mismas iniciales. Miriam se queda quieta un momento y después comienza a patear. Sus piernas delgadas tiran golpes ágiles y huesudos. Pero las piernas muy diferentes. Felipe se talla el glande y con la*

*punta de una de sus uñas abre por un momento el orificio de la uretra. Se lleva esa uña a los dientes y comienza a rascarlos, dicen que la orina es buena para blanquear los dientes. No era necesario que hicieras eso. Salvo la reproducción, nada es necesario. Seguirán apareándose, aunque sean estériles, aunque no sientan nada, aunque duela; las hembras eran las únicas que hubieran podido evitar la pulsión.*

Cuando terminó de lavar los trastes se dirigió al cuarto en el que dormían. ¿De verdad le gustaría terminar su matrimonio... o lo que sea que tuvieran Mónica y ÉL... y Raulito? Por supuesto que no, pero ese es el tipo de pregunta que surge en el momento en que se está enamorando a alguien más, fuera del núcleo familiar. Pero no lo hacía porque quisiera. Sino por algo más grande. Por el bien de Ellos. Y de los que vendrían. De la misma Mónica y sus padres y Raulito. Por el bien del país. Cuando los drogadictos evolucionen, todo será mejor. Usar a Miriam, para contactar a los distribuidores menores y de ahí saltar a los mayores y con ellos a todos los usuarios, era sólo el primer escalón, quizá ni eso: más bien una mota de polvo en la esquina superior de C3, ahí donde podrían caer un peón o un caballo.

Pero aferrando la almohada a escasos metros del enrojecido rostro de Miriam. Al ver la sangre saliendo de su labio inferior, sabe que no es cierto. Felipe entiende que no está derribando un imperio sino haciendo uno más grande. *El imperio de los monos. Pero no te preocupes. Que, en un par de milenios, dentro de muy poco realmente, no quedará nada de esos perezosos bípedos.* Felipe sabe que muchos de Ellos son también empresarios, gente que cultiva la Claudia al sur y al norte del País. Ha escuchado muchos acentos en las plegarias que hacen todos juntos. Ha visto camiones llegar a tope e irse vacíos, gente estrechando manos, palmadas vigorosas en las espaldas. Con las sonrisas de los que van a la iglesia después de escupirle al prójimo en la calle. Con los peinados de los que ríen y bailan en los programas de televisión. Con los ojos cerrados de los que

fingen estar durmiendo ante las piernas frágiles de los ancianos, las espaldas rotas de las viejas y los vientres redondos de las preñadas.

Y él con la mirada de lado, igual que el resto.

¿Quién creía realmente en el culto? Nadie quería cambiar un carajo, pero ahí estaban. Aferrados a creer que lo estancado se puede desestancar solo. Rezándole, aventándole dinero, sacrificándole animales o personas.

*Felipe se debate en pensamientos idiotas y está a punto de perder su valiosa erección, pero saca hábilmente un comprimido de Claudia Blanca y se lo mete a Miriam entre los labios. “Qué me metiste”, dice ella. “Lo que querías”, dice Felipe. Y con el pene de nuevo macizo se tiende sobre ella y le empuja la droga por entre la vagina. Ambos se estremecen. Conforme se disuelve y languidece con sus sexos, la droga se traga sus cuerpos. Espasmos y gritos, ninguno reconoce de cierto quién está dentro de quién. El pello búbico de ambos se combina en una nata castaña que los raspa y consuela en el mismo instante. Las sábanas frondosas los picotean con sus ramas, de pronto caen de las copas y resbalan junto con la sabia, los tres lamen el tronco del ébano. Llegan a un claro del desierto y una iguana gigante los observa sobre la frente de un búho. La sonrisa del sol consuela y sus caricias son frías como anacondas. Los vientres anillados de éstas se separan y serpentinan sempiternas serpentean junto a ellos. Urogallo trova las desgracias del dodo y un enano los mira desde el arrecife, con la pierna cruzada y un cofre sobre las piernas. El estío los harta, la baba les resbala y todo bale sien.*

*La luz del sol nocturno quema el piso del cuarto. Las sombras se retractan de los cuerpos y gatean hasta que el hambre las vuelve a sus casas. Tiranas, las zetas que suben de la boca de Felipe, aniquilan las que abandonan la de Miriam. La dictadura termina cuando él cierra la boca*

*y las nuevas generaciones crecen con miedo y mueren en el techo con la certeza de que hicieron bien al no atreverse. Felipe se yergue, blande su espíritu como el que detesta el alto deber de no hacer mucho.*

*Se le cuela bajo la pestaña derecha una ere rebelde, nacida de un ronquido de Miriam. Se estira la membrana movable que cubre y protege el ojo y dirige sus labios de manera que pueda expulsar un poco de aliento sobre la enrojecida superficie de su globo ocular. ¿En serio te gustaba rodear de tantos silbidos y gruñidos, tus acciones? Todavía me gusta. Dejará de gustarte, te lo prometo.*

Felipe se talla ambos párpados, desorientado busca sus zapatos para poder ir al baño. Se mofa de ser quisquilloso. Hubiera entrado descalzo. Acababa de meter su pene en la vagina de una drogadicta. Y todo bajo el efecto del PTV. El rubor recorre sus riñones y los muele a golpes de vergüenza y pena. La irrigación de sangre que yace debajo de la piel de su rostro se descontrola y le cubre con una máscara. Sin verse al espejo, se lava las manos, manos negras de gorila, de engendro, de monstruo. Recuerda la primera vez que al ensuciarlas sintió asco.

Fue en alguno de los primeros años de la primaria, en una actividad con pegamento. Estaban cubriendo un globo con tiritas de periódico que habían recortado un día antes en casa. Uno de sus compañeros tuvo la ocurrencia de imitar la capa que debía endurecerse sobre el globo, con una que lo hiciera sobre sus manos. Los demás niños consideraron que valía la pena intentarlo. Las niñas los ignoraron, Felipe estuvo a punto de hacer lo mismo, pero al ver la mirada acusadora de otro de sus compañeros se apresuró a hundir ambas manos en el blanco grumoso.

Una arcada siguió a la otra, pero Felipe las contuvo, incólume. Practicando una respiración alentada que su abuelo le había enseñado en algún instante del pasado, el niño Felipe salió airoso

e inmediatamente corrió al sanitario para enjuagarse las manos. Pasó todo el recreo en el aula por haberse salido sin pedir permiso, pero fue tanto mejor para él, cuanto pudo limpiar concienzudamente sus manos. A partir de entonces se volvió tan meticuloso con el uso de sustancias de apariencia corruptora (pinturas, mermeladas, natas, aceites, cremas), que su destreza fue tildada, por su maestra, como artística.

Definitivamente tenían que llevar a Raulito a la guardería, aunque tuviera que iniciar a Mónica para pertenecer a Ellos. Quizá esas experiencias desagradables se podían evitar con una educación preescolar. De cualquier manera, el bien más grande del ser humano era la inteligencia y años de educación previa no podrían venirle mal al cerebro de nadie, menos al de Raulito. Había demostrado ser muy despierto. Era un niño ejemplar, quizá algo enfermizo, pero Felipe recordaba que muchas mentes brillantes habían tendido irremediablemente a la enfermedad.

*Acaricia la mejilla izquierda de Miriam; saliva y sangre solidificadas vuelven la trayectoria del dedo negro de Felipe un laberinto orgánico. En él no hay esquinas, ni curvas. La lógica humana no existe en esa figura de color crudo. Una belleza aleatoria y superior se entrega a los recorridos oscuros del dedo. La palma se extiende sobre la totalidad de ese patrón de fluidos secos y el calor del cuerpo de Miriam se desliza de piel a piel. Ella abre los ojos en una confusión dichosa y gira un poco la cabeza para besarle la palma. Felipe la retira, apenado de su pigmento. Miriam se la sostiene y se la besa amorosa. En el silencio del cuarto, que es el silencio de la ciudad entera, Miriam le dice que no le importa, con sus ojos de cristal y sus labios de piedra; en el silencio que crece cada año y es recorrido por líneas inmensas y subterráneas que transportan miles de personas al día, en ese silencio crece una promesa de comprensión y Felipe no entiende.*

*Tiene entre sus manos negras un rostro nublado de smog y amor y lo detesta, no lo conoce, no entiende por qué está ahí; quiere irse y dejar que ese gesto caiga entre las sábanas y se sepulte*

*hasta el centro de ese lecho, pero en vez de eso, sus manos descienden hasta el cuello de Miriam, el movimiento en apariencia tierno hace que ella tenga una piloerección en la que los dedos foscos de Felipe se hunden sin atajo.*

## V

La primavera le hace poco a la ciudad. O a la zona en la que Mónica está. Rodeada por dos avenidas grandes y muchos departamentos, ningún parque muy grande cerca, pero con árboles plantados afuera de cada casa. Aunque ya son otras. La ciudad y ella. No importa el sol paciente que monta el cielo con sosiego. Ni las aves que se confunden, por perspectiva, con las moscas cercanas. El viento se marcha de la azotea. Poco piensa en las semanas que han pasado desde que decidió dejarlo todo. La vida nueva se le arrimó con decoro, pero con muchos pendientes.

La vida nueva la despierta antes que de costumbre. La vida nueva no le grita que tiene que bajar a desayunar o que tiene que llevar al niño al doctor. No. Mónica lo hace sola. Y así no es difícil. Es vivir. El afluente de las acciones que llevan a la cotidianidad. Mónica sonrío mientras enciende el comal que le regaló su empleadora.

No esperó que sus padres le dijeran nada. Un día después de la estancia en urgencias, fue a comprar una cerradura nueva. Consiguió un cerrajero para que cambiara la chapa del zaguán que daba a la calle. Esa misma noche no fue necesaria la presteza con la que hizo las modificaciones. Felipe no volvió. Pero eventualmente tuvieron que tolerar que llegara a golpear la puerta o a aventarle piedras. Para el catorce de febrero, Felipe era ya una ausencia en sus vidas.

Del diecisiete al veinticinco, Mónica se dedicó a vender las cosas que su expareja tenía en la casa. Con ese dinero terminó de sacar las joyas empeñadas de su madre. Durante ese tiempo y desde un poco antes, también había estado buscando trabajo. Finalmente, el veintinueve de febrero, la señorita Verónica, de sesenta y nueve años, la llamó para decirle que estaba contratada.

Mónica había soñado con esa llamada antes de recibirla. De todas las puertas que había tocado la de la señorita Verónica le parecía la más acorde a sus deseos. No sólo por la paga, sino

por la zona, por el trato y sobre todo porque la empleadora le ofrecía un cuarto de servicio en la azotea. Muy seguro que la dama buscara más una compañía que una chacha. Ya se veía Mónica en ese rinconcito aéreo, sola con Raulito. Con un poco de suerte habría un Cendi cerca. Ese año Raulito cumpliría cinco años.

Mónica le coloca tres salchichas encima al aceite para que se calle. Éste las devora en ámbar y las va enrojeciendo. Mientras eso pasa, ella bate los huevos y les pone sal. Le crece el hambre y a un costado de ésta, un ansia. Abandona el batido y saca las salchichas, ya fritas, del sartén; pone una en el plato de “luni tus” y otras dos en un plato de peltre que también le procuró la señorita Verónica. Quisiera ver a Felipe para enseñarle lo bien que están Raulito y ella, vertiendo la revoltura amarilla en el sartén, Mónica desecha la idea, toma la pala de madera, y espera el momento en que el huevo esté listo para voltearlo.

Del departamento que queda debajo de ella, sube la estática de la televisión. La voz de la señora que vive allí, la nombra. Le pide que mueva la antena, por favor. Ella grita un por supuesto y menea y gira la antena de su vecina, hasta que la estática da paso a las voces claras y alegres que parece que le dan las gracias. Mónica apaga el comal con un jicarazo de agua. Se detiene pensativa y va al cuarto de servicio que ahora es suyo. Hay otros cinco cuartos de servicio, pero nadie vive en ellos. Se convirtieron en bodegas llenas de cosas que se deterioran en el desuso.

Ponlo tras las rejas, si no va a ser tuyo, que no sea de nadie. Mónica escucha el adelanto de la telenovela que pasarán en la noche y el paradero de Felipe se le agolpa en la cabeza. Si está con alguien más, ojalá sea feliz, piensa y se felicita por su política anti revanchista. Ya no lo necesita y eso la hace sentir libre. Aun así, duda. ¿Por qué pensar en él? Sería el cariño, la ausencia de un final entre sollozos. Sería la preocupación, el vínculo sanguíneo que tenían ahora.

Con sus padres tampoco tuvo una despedida apropiada. Después de la llamada de la señorita Verónica, en plena noche bisiesta, Mónica pidió un taxi. Le pidió que se estacionara en la acera de enfrente, a cuatro casas del domicilio real. Al fin no se iba a llevar muchas cosas. En dos cajas de huevo estaban sus pertenencias y las que aún servían de Raulito. Después le compraría ropa nueva, de eso no cabía duda.

También había estado pensando en los años de la secundaria. Luego de la sesión rememorativa que tuvo con Ernestina, lo había tenido muy presente en sueños, pero no había llegado a expresarlo del todo; ahora que estaba sola con su hijo cuestionaba más su actitud. Si alguien molestara a Raulito en la escuela, ella sería la menos feliz, la más enojada. Mónica sale de su cuartito con un pedazo de mecate y amarra la antena de la vecina para que ya no se mueva con el viento de los días o el de las noches. Mientras hace el nudo, Mónica se ve golpeando a los padres ficticios de los niños imaginarios que molestan a Raulito. Lo rápido que piensa en la violencia, la hace temblar. Pensar cruelmente, mientras se es feliz, es aterradoramente grato.

Unta, unta chantilly el grito cavernario se repite y el hambre de Mónica se agranda. Debería despertar a Raulito para que comieran juntos, pero se siente bien sola. Además, quizá le haga daño el cambio de temperatura: de calentito entre cobijas negras de leones reposando a la fría ventisca de mañana primaveral. Nada bueno puede salir de esa modificación gradual.

Así que se come su huevo. Lo mezcla con la salchicha frita y su panza ruge de dicha. Dirían que el dicho: “barriga llena, corazón contento” se quedaba corto después de tan sublime banquete. La untada del sabor, Primavera chantilly. Pero nadie puede decirlo, es una gran victoria para Mónica, pero un momento más de la humanidad.

Sacudiéndose el instante de pesimismo, Mónica enjuaga el plato con el agua que aún tiene la cubeta que ayer subió. La señorita Verónica vive en el segundo piso; subir los otros tres, la azotea es el quinto, se ha convertido en el ejercicio favorito de Mónica, sube y baja pensando en los músculos de sus piernas y en la noche se las acaricia, las siente cambiadas, más fuertes, más suyas.

—¡Mónica, voy a salir al mercado, quieres que te traiga algo?

—No, señora, muchas gracias —mientras lo dice, recuerda un deseo que pidió hace semanas en la sala de espera de un hospital y mientras piensa en cómo cambiar la respuesta que le acaba de dar a su vecina, para sonar acorde a como se siente ahora, escucha el golpe de la puerta al cerrarse. Al rato podrá decirlo, piensa. Había una vez un rico queso manchego y una crema natural, de pronto Caperucita los unió, creando algo único: no es crema, no es queso, es nuevo Creso la vecina se preocupa tanto por ella que le dejó la tele prendida. Y Mónica no se sabe su nombre, es algo con ele. ¿Lidia, Lavinia? Aunque probablemente se le haya olvidado apagarla, no es como que sea tan importante para la señora ¿Leonarda, Lizbeth?

El cielo de la ciudad se luce, amplio como un abismo. Le remite a los viajes que hacían a los balnearios de Morelos. En uno de aquellos centros recreativos a los que su padre los llevaba en vacaciones había una poza de agua cristalina. Su circunferencia era muy pequeña, de una de las orillas se desprendía un riachuelo que corría por encima de rocas rojizas cubiertas de lama amarilla. Le parecía brutalmente atractiva.

Ese rojo tan palpitante e intenso era lo más cercano que tenía a la sangre; no se interesaba mucho por la cocina y tampoco volteaba a verse las rodillas cuando se caía. Su mamá tampoco había hecho mucho al respecto. Pero Mónica sabía que algo rojo le corría por dentro. Lo aprendió

en la escuela. Por eso cada que iba a la poza se quedaba en la orilla, mirando fijamente el colorado matiz de las piedras.

En uno de esos viajes comenzó a menstruar. Al principio creyó que lo que le había manchado el pantalón era alguna especie de residuo proveniente de las piedras: como su ritual consistía en pasar, aún vestida, a la poza y luego ponerse el traje de baño para meterse en la alberca, tenía lógica. Se trataba, en realidad, de un coágulo, que con la prisa ya no supo si estaba fuera o dentro del pantalón cuando se lo quitó. Era la época en la que convivían mucho con el tío Edgar, hermano de su madre. Él tenía veintinueve y los acompañaba porque no tenía nada mejor que hacer, además de que las tías decían que era muy apegado a su hermana cuando eran más chicos. Ella tenía once y lo quería mucho.

Quizás era la única persona a la que le habría dicho lo que le acababa de pasar. De alguna manera se sentía como una ladrona. Le había quitado algo a las piedras. Mientras se ponía el traje de baño hizo un plan. Buscaría al tío Edgar para contarle lo que había hecho y después irían juntos a la poza a devolver lo ajeno. Pero Edgar no estaba por ningún lado. Cuando Mónica le preguntó a su mamá por él, ella le contó que se había ido a comprar un traje de baño, que seguro no tardaba. Mónica intranquila, con cólicos incipientes y ansiosa de meterse a la alberca, decidió que podría hacer la travesía ella sola. Caminó a la poza, que se veía igual que siempre, ninguna roca menos roja que la otra. Sin saber por qué se quitó las chanclas, subió sobre las piedras y gateó hasta que alcanzó la orilla del agua con las puntas de los dedos. Dejó que el coágulo rojo que traía de vuelta a la poza, se disolviera en el agua.

Ni la música, ni las emociones que habían recorrido su cuerpo hasta entonces le habían hecho mayor eco en el cerebro; en todo caso, el justo para ir viviendo. Lo cierto es que lo que observó allí, mientras el color rojo descendía a la parte más oscura, le provocó pavor. Con la

humedad bajo sus rodillas y el rojo entre sus muslos, Mónica vio un abismo lleno de cráteres que mientras más se hundían en la tierra, más parecían ojos añejos y profanos que la observaban con sorna.

Las superficies de las últimas rocas a las que el sol apenas tocaba, yacían hundidas con gestos de pena, adoloridos y rotos, gestos tallados con mareas imperceptibles. Al centro de ese inmenso ojo, la oscuridad devoraba a la luz y la densidad del agua la hacía palpable. Oscuridad de grumos, agazapada en esas retinas acuáticas y olvidadas. Antes de desmayarse, Mónica se entendió sola.

Pégale al gordo está obsequiando dinero a los que se atreven a jugar y con nosotros está como siempre la interventora de la secretaría de gobernación, la licenciada sin formas y sin perspectivas el color del cielo la remitía a esa infancia-trampa que por un lado era inofensiva y lejana y por el otro, parte de ella e irremplazable. Aunque lo cierto es que por hoy sólo tenía un lado, el amable. Las caricias del sol comenzaban a ser más hondas y duraderas, ya era hora de despertar a Raulito. En la carrera contra el tiempo, éste terminaba lento y torpe frente a las madrugadas de ella. Levantarse temprano le daba una soberanía en el reino nuevo que atisbaba desde su azotea.

Abre la puerta de su cuarto de servicio y se acomoda sobre el cuerpo acobijado de su hijo.

—Arriba Lito, arriba Lito, vamos a la escuela —agudizando la voz se contesta, —ay no, mamá, ay no, mamá, me duele la muela.

Con la mano derecha mueve el cuerpo pequeño de su hijo, le quiere compartir todo el nuevo día y toda la nueva vida que están empezando. Al fin libres de todo, del esposo imbécil, de los padres juzgones. Son libres hasta de ellos mismos. Mónica le dice a Raulito, acercando su boca al

cabello negro que se asoma debajo de la cobija, que ya se despierte, que tiene que comer para poder crecer fuerte y sano. Como si la hubiera estado escuchando, la televisión le contesta Apoya los lazos de la fundación México Unido y ayuda a que más niños como Hipólito García, puedan continuar sus estudios, porque un niño necesita de ti, el comercial termina y Mónica, ya desesperada, decide destapar al niño. Le hace cosquillas al ritmo de un comercial en el que una voz les explica a dos mujeres lo dañino de los residuos en el cabello, para después proponerles una solución con el nuevo shampoo: *Pure* dos en uno. No es cierto, piensa Mónica. Ayer mismo lo llevó a su consulta semanal donde le mandaron medicinas y lo revisaron:

—Fuerte como un árbol —dijo el doctor, chocando la palma con la de su hijo para seguir con el puño —ya no hay posibilidades de que recaiga, la tuberculosis, que sería lo más grave que podría tener, está descartada por completo. Me alegra decirle que tiene un niño sano.

La cabeza de Mónica giró y giró planteando reparos e ideas, mas ninguna de ellas fue lo suficientemente llamativa como para externársela al doctor. No entendía cómo un diagnóstico podía ser tan diferente viniendo de una misma institución. Claro que la clínica no era un hospital. Además, estaba el factor de que había recibido las impresiones y comentarios médicos de boca de su madre. No desconfiaba de la memoria de su mamá, pero sí de la exactitud de términos y explicaciones. La saña en las palabras de su mamá se mezclaba con la anécdota que Ernestina le había contado. Ella había visto a Raulito en estado catatónico. Quizá fuera cierto que no tenía nada en los pulmones, pero ¿y si el problema era su cerebro?

La enervaban las segmentaciones de los doctores. Como si fuera muy difícil ver que el cuerpo era una conjunción de órganos y experiencias; si una parte enfermaba, era probable que otra

también estuviese mal. Pero los doctores parecían ignorarlo o, peor, negarlo. Le recordaban el carácter obsesivo y parcelario de Felipe.

El comercial termina Que no te metan cosas raras en la cabeza igual que la paciencia de Mónica, quien levanta al niño entre brazos, frío y gomoso, como si estuviera hueco por dentro. No te pierdas el episodio de esta noche de Lazos de amor por el canal de las estrellas y Mónica desea perderse todas las partes que vienen, no sólo las que siguen al momento en que se da cuenta que, de la boca de su hijo sale la tira de goma por la que se sujetaba la mano pegajosa, sino todas las demás en las que él ya no podrá estar. Tira de la goma y le saca de la garganta el juguete a su niño. Nada cambia. Mónica avienta la mano de goma a un costado, en donde queda, sucia y húmeda, ajena a lo que está pasando. Carga el cuerpo de Raulito y sale con él a la azotea. A la derecha de los cuartos de servicio está la puerta de entrada a esa sección del edificio. Sin soltar a su hijo empuja la puerta con el pie. Pero está cerrada.

—Sólo hay un detalle que espero no te moleste, hija —la señorita Verónica vertió una generosa cantidad de azúcar en su té y lo revolvió —la puerta de acceso a la azotea se abre por dentro. Si por algo se llegara a cerrar, tendrías que esperar a que alguien más te abra.

—No se preocupe, señorita. No creo estar mucho tiempo arriba, con todo lo que se tiene que hacer acá abajo —Mónica le sonrió y después hizo un gesto con la mano para recalcar que sus servicios abarcarían realmente todo.

—De cualquier modo, yo voy a subir a las diez todos los días a cerciorarme de que la puerta está abierta; ¿crees que la muchacha que tuve antes siempre cerraba la puerta y comenzaba a trabajar a la hora en que alguien más subiera a abrir? Me decía que ella se paraba temprano, pero que la puerta estaba siempre cerrada, que por eso se tardaba en bajar; —sorbo de té —cuando mi

comadre Ángela, que vive justo debajo de la azotea, me dijo que subía todas las mañanas, a las nueve, a colgar ropa, fue cuando me di cuenta que la escuincla mañosa la cerraba y después se quedaba dormida hasta bien tarde. Un día Ángela, Dios la tenga en su gloria, bajó por mí y me dijo que tenía algo que enseñarme —sorbo de té — ¿creerás que, desde su departamento se escuchaban los ronquidos de la floja? Le hice ver la rutina de la vecina, ella pensaba que yo no sabía, y no le quedó de otra más que levantarse temprano, —sorbo de té —no me duró ni una semana así. Tómate tu té, hija, se te va a enfriar. Entonces, ¿tienes algún problema con que suba a las diez?; tampoco necesito que estés antes en la casa, es trabajo, no una manda.

—No es ningún problema, señorita. Si la vecina sigue levantándose a las nueve, bajo en ese preciso instante, además los niños entran a la escuela a las ocho, yo creo que voy a tener que comprar un tope para dejar la puerta emparejada.

—No hay necesidad, aquí abajo tengo uno; nomás ayúdame a buscarlo porque no sé dónde está —las dos sonrieron y sorbieron sus tés. Media hora después, el topo seguía perdido. Ambas lo habían olvidado.

Desde el departamento de la señora Ángela subía el tema musical de la película “Liberen a Willy”, el anunciante daba datos importantes sobre la realización del filme en México y después le hacía una entrevista a una muchacha que hablaba de lo especial y maravillosa que había sido la experiencia actoral de Keiko. Mónica esperaba con el cuerpo helado de Raulito en brazos a que alguien subiera. Ahora en VHS, vive una y otra vez la aventura más grande de Keiko. El poco tiempo que llevaba trabajando para la señorita Verónica le había enseñado que cuando el sol golpeaba de ese modo la puerta cerrada que separaba su reino nuevo de todo lo que había abajo, todavía faltaba una hora para que su nueva jefa subiera a abrirle.

## VI

El metro está vacío. Igual que las calles que lo rodean. La soledad del caminante, es perseguida por faros inservibles. La última imagen del exterior, antes de descender por las escaleras grises, es un pequeño y estocástico cosmos en el suelo. Un lustro de taquerías en esa calle dejó decenas de corcholatas en el chapopote negro; ahora, hundidas en él y mostrando sólo una orilla o un centro brillante, renacen con la luz que cae de las ventanas, los semáforos y los focos de otros puestos. Los astros inmóviles yacen desperdigados alrededor de la entrada del metro como si esta fuera un agujero negro disfrutando el lento discurrir de su apetito. El caminante entra, aborda un tren.

Es el día señalado, Ellos te esperan en el recinto nuevo que es más grande. Aunque éste se encuentra más cerca de la nueva estación, San Juan de Letrán, se puede llegar por una abertura en el túnel entre Isabel La Católica y Salto del Agua. El conductor del último tren con dirección a Observatorio, tiene la consigna de detenerse en el recorrido entrambas estaciones y abrir las puertas.

El caminante llega a Balderas y asciende para recorrer el trasbordo. No puede controlar su desesperanza. Detesta el rodeo que debe dar para llegar desde la dirección contraria; las lámparas azules y blancas de los túneles le son insoportables, minutereros que ajenos a todo se mantienen fijos, descomponiéndose regularmente para brindar trabajos a personas como él: ajeno a todo, está cansado. *Tuvimos muchas aventuras juntos.*

Recuerda el extrabajador. La dicha de saberse escogido para trabajar en el metro. Era un trabajo estable, decía su suegro. Me da gusto que ya tengas algo seguro, le dijo su mamá (la última vez que la vio). *¿Hace cuánto que no ves a tus padres?* El estudio, la terquedad, todo el esfuerzo,

al fin daban frutos y sazonados además por el placer de no haber sido recomendado, de no haber pagado una plaza. Sí se podía obtener algo sin atajar para ello. *Yo llevo siglos sin ver a los míos.*

Las primeras reparaciones, la convivencia con los compañeros, las bromas, los compadrazgos, el afecto masculino. Por sus calificaciones y estudios, pensó que lo mandarían al vórtice de la construcción de la línea 8. Sabía que tenía cosas que aportar, sabía que lo poco que había aprendido en la escuela podría servirle a toda la ciudad, a generaciones futuras que atestaran el metro y desplazarán sus obligaciones, querer y esfuerzos por neumáticos trenes eléctricos. Pero lo mandaron a mantenimiento.

Aun así, su esfuerzo lucía. Frente a la repetición y cotidianidad de los compañeros que ya tenían tiempo en el trabajo, él trajo esmero y pulcritud. Y aunque a algunos les irritara su tono burlón y condescendiente, lo seguían. Era claro que el nuevo traía entusiasmo. Pero pensaron que pronto se le pasaría; un año después, se dieron cuenta de que estaban equivocados. *Los devoré.* Temiendo perder sus puestos, le sugirieron que se afiliara a la Central o al Sindicato o a la Federación. Él optó por la última y sus compañeros, por volver a la mediocridad que ayuda a tolerar lo insoportable.

Sentado en el piso frío de la estación Moctezuma, el exesposo espera. Siente las palabras de Mónica caminar sin prisa por su cerebro. Como si estuvieran en un museo, los reproches se quedan viendo los cuadros; con la atención del crítico, entran en comunión con piezas como *El enamoramiento*; *Las primeras idas al cine*; *El primer beso*; *No le puedo decir a mis padres* y la controversial *Perdámosla juntos*. En la siguiente sala, detrás de sus lentes y libretas, las palabras comienzan a desesperarse por los lugares comunes que la trayectoria de la obra no supo evitar: *Celos*; *El despecho es una bestia peluda*; la casi olvidada *Primera pelea*; la esperanza artística que

representó el lanzamiento de *Hasta ser pasitas*. Pero todo fue tirado a la basura con la pose del autor que ya se sentía consagrado y seguro de sus logros y mensajes.

Menos palabras, y las que están quisieran no estarlo, pasan a la tercera galería: *Como quieras*, era la obra eje sobre la que giraban las demás obras de esa etapa. *No necesitamos un hijo; ¿Cómo le quieres poner?; Siento que lo amas más que a mí; Es que tus papás; No digas que no te toco; ¿Por qué mueves mis cosas?; No entiendes lo que digo, tontita; También es tu hijo y Yo trabajo* son muestras, a ojos de las palabras restantes, de un exceso de cantidad sobre una ausencia de calidad. Antes de abandonar la exposición, las palabras agitan la cabeza y se echan miradas, desanimadas.

Las bocinas anuncian el último convoy y el hombre se levanta del piso, la pierna izquierda le avisa que se va a privar de circulación por un rato y el hombre la arrastra hasta la línea amarilla. Mientras el viento cambia de temperatura y dirección, anunciando la llegada del veloz armatoste, el hombre se transforma dolorosamente en el expadre arrepentido. Todo su cuerpo se contorsiona en un signo de interrogación viviente. Su cerebro es un salón donde las culpas empiezan a calentar estirando sus cuerpos, arreglando sus prendas (alisando tutús, pellizcando medias, amarrando zapatillas).

El espectáculo inicia y con una música compuesta por llantos desesperados y golpes a objetos, las culpas danzan. Al máximo sus ánimos, tan corpóreas que duele verlas; los músculos de sus cuellos se tensan y relajan; sus brazos y piernas se mezclan en abanicos. Como es un montaje contemporáneo al fondo de ellas se levanta una pantalla que muestra imágenes de Raulito jugando, riendo, llorando, dormido. El vórtice de imágenes se detiene cada tanto en la nítida tarde en que Raulito le arrebató la cuchara a Mónica y le dijo que podía hacerlo él solo. Al expadre le encantaba grabarlo, fotografiarlo y bañarlo, por ello el collage de escenas que se sucede tras los cuerpos

sudados de las culpas, no guarda momentos en los que Raulito y él aparezcan juntos. De vez en vez, la música moderna se detiene y la voz de su suegra recita: “Mónica me pidió que te dijera que Raúl no está más con nosotros”, pausa quebrada por el jadeo de la señora, “Dios lo tiene en su santa gloria” y la música se reanuda *forte, fortísimo*.

El tren se detiene en donde debe detenerse y Felipe desciende. *¿Quieres que continúe?* Mira a ambos lados para buscar algún rostro conocido, pero el túnel está vacío. Las puertas anuncian su cierre y minutos después un destello naranja le arrebató luz al túnel que queda en penumbra. Nadie entró hoy por acá, prefirieron pedir una entrada de permanencia voluntaria especial en las taquillas del Teresa, pagando al acomodador con una moneda rayada por ambos lados, o tocar tres veces siete la puerta roja y herrumbrosa del Edificio Cosmos. Así que camina por el pasaje, acompañado por su aliento, su culpa y sus palabras. *¿No vas a pensar en Miriam?* Felipe no se siente ex amante, el primer paso hubiera sido considerarse amante, pero todo fue un encargo, un deber. *No niegues que la querías.* Felipe considera que nada que esté fuera del orden natural de las cosas debe perturbarlo y sigue caminando. *Tienes razón, en tu especie ese es el orden natural de las cosas.* *¿El qué? Que un estorbo sea invisible, que la hayas matado...* Tú la mataste con mis manos *¿Y no pudiste detenerme?* No voy a discutir eso contigo. *Ni con nadie, amigo.* *¿A qué te refieres? A que esas cosas se callan, ellas las callan, ustedes también. Siendo una especie tan capaz de sentir, encontraron en el viento el único medio de transporte para sus imágenes interiores. Un viento que es inaprensible, que no puede sentirse más que en la nuca o en la cara, un soplo que no infunde nada porque lo han vaciado repitiéndolo; en el fondo no los culpo, si dejasen de respirar, morirían.*

Mientras camina por el túnel, Felipe decide callar la voz para siempre: estrella su mano izquierda en la lámpara más cercana que se parte a la mitad. Toma el fragmento que considera más filoso con la mano derecha y comienza a cercenar la izquierda. *Está harto y cansado de escucharse*

*tanto, no se soporta como es, a nadie le gustan las contradicciones subterráneas. Esperan que, si parten de A puedan llegar a B sin pasar por K o por M, pero no es así, muy adentro hay transbordos tortuosos que ingenieros más sabios han puesto ahí.*

Al ver que no avanza mucho pinchando y arrancando piel y tendones con el filo de la lámpara y, pensando que el hueso será aún más difícil, Felipe lanza su brazo desmembrado contra la piedra fría del túnel. Al fin, después de un rato, la mano se desploma, pero en vez de quedarse en el suelo, inerte, se aleja correteando sobre sus falanges. Felipe, va tras ella mientras su mano derecha se aprieta el muñón, mudando sus negras ropas por unas bermellón.

*¡Si eres un poeta! ..., el manco de Aragón, célebre autor del Don Raulito de Naucalpan, que al enfrentarse a los molinos de viento que tenía en el pecho, murió sonriente empapado en sangre y como única testigo, la Moniquea del Conaleposo, llorosa e impotente... Cállate, cállate, por favor. Felipe se comenzó a morder la muñeca, piel músculo tendón, piel músculo tendón, la sangre resbalando por sus encías; su mano, casi desprendida, se movía paródica, retorciéndose y fingiendo una muerte telenovelesca.*

*Cuando sale a la vista el hueso, lo golpea contra el piso; prueba haciendo palanca, Felipe, así, sí, muy bien, un poco más de peso al frente y bien... ya está. La mano se para sobre el índice y el medio y hace una reverencia, dice adiós moviendo el pulgar y va corriendo tras su hermana ¿o serán primas? ¿amigas? ¿qué son las manos?*

\*\*\*\*\*

—...Y así es como después de mucho esfuerzo y algunos contratiempos, podemos decir que nuestro camino continúa. El legado que Bernardo Quintana Arriola ha construido, continúa en todos nosotros. Porque antes de él hubo otros y antes de esos otros, miles de generaciones, personas que han servido a los intereses más altos de Eekinsik, Padre de la Piedra y los Dolores, Señor del Cielo Nocturno, Enemigo de la Luna, salve Eekinsik... salve Eekinsik —el recinto vibraba bajo los gritos de los feligreses—, miles a quienes agradezco en tu nombre y que están, estamos ansiosos de poder agradecerte en persona en cuanto te encuentres con nosotros. A aquellos que han conseguido la sangre, agradezco enormemente; y al portador de su vástago que ha venido por voluntad propia, agradezco también. No somos malagradecidos Padre Eekinsik, hemos cumplido tu mandato, desde hace treinta años hemos buscado tu verdadera morada y ahora que la encontramos y la hemos conectado con el resto de este espacio que te pertenece desde antes de que los hombres existiéramos, esperamos tus órdenes. A los fundadores de ICA, a las autoridades de esta Ciudad, aquí presentes, a los representantes del sentir popular y al pueblo mismo que nos acompaña en este Nacimiento Verdadero del Día, gracias de nuevo; en nombre de todos los que trabajamos en este proyecto y en los que vengan. Eterna vida a Eekinsik.

—Gracias al señor Pedro Luis Benítez Esparza por sus inspiradas palabras. Han sido años difíciles, recuperarnos del escepticismo del Licenciado Echeverría es y ha sido un reto para todos. Sin embargo, gracias al apoyo incondicional de Miguel, aquí presente; el no menos grande sustento de Carlitos, que no pudo venir, pero que sé que cree en este proyecto y ama a Nuestro Amado Padre Eekinsik; y por supuesto el apoyo incondicional del hermano Zedillo; gracias a todos ellos y a ustedes, ahora podemos darle un nuevo rostro, no sólo a nuestra ciudad, sino a nuestra realidad y a los caminos equivocados del resto de humanos que pronto sabrán de nosotros y de la Verdad Misma. No tengo más que agradecer personalmente a todas las personas al mando de las viejas

instituciones que en el Nacimiento del Verdadero Día caerán. No hay nada que temer, hermanos. Nos esperan tiempos mejores y de dicha interminable. Ya lo decía uno de nuestros primeros hermanos en el himno mismo de la nación: “y sus templos, palacios y torres se derrumben con hórrido estruendo”. Para comenzar un Verdadero Nuevo Día debemos derruir lo que no le sirve y por eso estamos todos aquí. Un aplauso para el Elegido, por favor.

*Los que estaban sentados se paran para ovacionar a Felipe, los que estaban parados se ponen en puntas para poder verlo, mientras golpean sus manos descoordinadamente; nadie quiere perderse lo que vendrá a continuación. Al fin le aplauden al héroe incomprendido. Al héroe que se desangra enfrente de todos; nadie cuestiona que le falten las manos y que la sangre de los muñones, resbalando entre huesos y músculos desgarrados, se desplome sobre el piso de la tarima, han visto cosas peores.*

*La cortina guinda que ha estado cerrada todo este tiempo al fin se separa, mostrando un tanque inmenso de vidrio. Una potente luz cae sobre el tanque y el público aplaude al descubrir que está llena de sangre.*

—Pido un aplauso para los hermanos incansables que han aportado toda esta sangre, ha sido el trabajo de un año. Un trabajo arduo que el hijo de nuestro Tigre, quien viene en representación de su amado padre, se empeñó en difundir como el ataque de una bestia incierta para mantener temerosos a los que estaban apartados del Verdadero Conocimiento. Les recuerdo que este es un trabajo de todos, nada sería posible sin el esfuerzo de cada uno de los que estamos presentes e, incluso, de los que, desgraciadamente, ya no están. Eterno agradecimiento recibirán del Padre Eekinsik.

*Más aplausos. Más gritos desaforados. Mientras, Felipe es desnudado y subido por unas escaleras a la orilla del tanque. La concurrencia aspira el olor crudo y nauseabundo con fuerza, deseando impregnarse. Felipe observa sin ver el estanque de sangre que tiene enfrente, él no requiere aspirar la corrupción en la sangre de las bestias, él es la corrupción misma sobre las aguas rojas.*

—Gran Eekinsik, acepta por favor esta ofrenda que vino por cuenta propia y que ha cuidado a tu vástago en su interior. Recíbela y preséntate ante nosotros con la forma que consideres adecuada, pues sólo tú eres capaz de decidir nuestro destino. Padre Eekinsik, tú que eres el único que puede nacer de su propio hijo, ven a esta tierra que tanto te anhela y que a ti se entrega para que cumplas en ellas tus designios, sin olvidar a aquellos que siempre han creído en ti y que han apoyado tu reinado y llegada. Sal de tu morada, oh Gran Eekinsik, y toma la nuestra que tanto has deseado, pues siempre ha sido tuya.

*Al terminar su discurso, la señora Cuarzo empuja a Felipe al interior del estanque que no salpica ni una gota al recibir su cuerpo. Olvidando su cuerpo y su pasado al destino que Ellos le otorgan. Ya no hay culpa ni dolor. Ni siquiera ideas. Él, tan acostumbrado a pensarlo todo y a medirlo con la vara de su insufrible intelecto, se entrega a lo desconocido con vocación humilde. Lo prefiere así, pues sabe que no puede hacer nada.*

*Sosíégate Felipe. Aunque no quieras, lo escucharás todo. Estás a punto de conocer a mi hija y no es lo que aspiraban y respiraban allá arriba en el culto. Tu especie es tan ciega como tonta. Viven en ese mar de aire, sorbiendo vida de él y regresándole desechos; lo peor de ustedes sale de sus bocas: abortos de sentimientos, deformes declaraciones, comen y excretan por el mismo orificio. Como tú mismo, creen que este lugar es importante, que es un lugar marcado por los dioses. Le oran a seres imaginarios que vendrán y que fueron, porque fueron hechos para alabar*

*y olvidar. Ofenden a los animales y a las plantas, quienes son sus iguales; con sus faroles y casas, se protegen de lo que los rodea y se afanan en destruirlo. En eso se parecen a nosotros. Somos devoradores. Y los devoradores no pueden dejar vivos a otros devoradores.*

## Paralipómeno

Ya no pudiste enderezar los puentes de Pantitlán para que quedaran como los del Rosario. Hay algo detrás de tu silencio que es imbatible. Ni un mejor pasado podría arreglarnos. Cuando salíamos las primeras veces e ibas por mí y nos íbamos a cualquier parte que no costara tanto. Nos chocaban esas parejitas que se iban a aplastar a los parques. Teníamos nombre y todo: algo así como los parqueteros. Fíjate cómo vas caminando.

—No te me adelantes, espérate.

Tu brazo caliente y débil. Alguna vez intentó cargar mucho, pero era inconsistente. Los dos lo fueron. Yo ni lo intentaba. Desistí muy pronto de los deportes y más porque parecía no necesitarlos. De por sí me fastidia sudar y en general las cosas calientes no me gustan.

La calidez me hace estúpida. Suelo tomar mejores decisiones fría. Es como el lugar común en el que todas nos encontramos. Pero poco sabe la mente sobre esto. El órgano más excitable del cuerpo no puede quedarse en paz en los momentos difíciles. Aunque, ¿quién decide en qué momento podemos enfriar la cabeza y las acciones? Probablemente, algo externo, eso que no es... ojalá te dejaran de ver las manos... no es... ¿Cuál es la palabra? De cualquier manera, no te das cuenta. Como vocera de lisiados, no ganaría un premio. Susurrarle a alguien ciego que no dejan de ver sus muñones, ¿qué?, ¿incrementaría su paranoia? ¿haría evidente lo que ya presiente?

—Dos boletos, por favor. Gracias.

—Ya sabes que yo no necesito boleto, sólo saca de mi cartera...

—Cállate.

Ya no pudiste evitar que el metro subiera de precio. Quizá subieron el precio por tu culpa. Y por la de todos los tullidos que ha dejado. ¿Te imaginas pagarle una pensión de por vida a alguien que ya no va a servir para nada? Tú no lo harías. Si no le diste a tu familia el dinero que necesitaba, mucho menos a un desconocido. Aunque pudiera ser que después de muchos años de servicio, te animes a hacerlo. ¿Por qué no darle unos cuantos huesos al perro que tan bien te ha obedecido en sus últimos años?

—¿A dónde vamos?

No le diste a tu familia ni el afecto que te pedía. Lo mínimo que se espera de un padre, de un esposo. En menos de un año te has deslindado de todo. De mis papás, de tu hijo, de mí. Entiendo que pudieras hacerlo con nosotros, pero ¿con tus manos? El doctor me dijo que encontraron restos de tu piel entre tus dientes. Si eres tan cobarde, ¿cómo pudiste arrancarte las manos?

—Mónica, ¿a dónde vamos?

A seguir viviendo con miedo.

—Vamos a bajar las escaleras.

—¿Pero después?

Anoche soñé que caminaba sobre un rinoceronte gigantesco. Sobre su lomo estaban los lugares de mi infancia, subía las escaleras de una casa y llegaba al patio de mi primaria, atravesaba el patio y encontraba las puertas de las casas de mis tías. Mientras caminaba sobre esos lugares traspuestos, escuchaba los bufidos del animal enorme. No sabía si estaba excitado o si estaba muriendo. El tamaño no me dejaba sentir el movimiento. Si corría o si caminaba no era importante, pero hubo un momento en el que ya no quise que avanzara. Sabía que lo que vendría no era agradable. En una escala inmensa, que me llenaba de vértigo de sólo intuirlo a mi alrededor,

reconocí el balneario de la poza. El rinoceronte tenía sed. Pero las albercas que estaban cerca de la entrada estaban llenas de cloro. Trataba de advertirle, pero ¿cuándo escuchamos a nuestras pulgas? Sentía cómo el cuerpo gris se erizaba y extendía con cada espasmo que el cloro le provocaba. Comprendiendo que moriría, corrió a la poza donde yo sabía que estaba el agua clara y fría. Pero yo no quería que llegara. ¿Has sentido el oscurecimiento de un sueño, el ocaso de un recuerdo o una ilusión, ese instante que anuncia que detrás de todo lo luminosos se esconde un paraje amenazante? Quizá eso fue lo que viste en nosotros, Felipe. Por eso te fuiste. La enfermedad de Raulito, mi insensatez, la indiferencia de mi papá y la insistencia de mi mamá. Yo también quería escapar, pero nadie puede huir de sus pesadillas.

¿No has sentido que el metro es un sueño, que debes tomar un tren que llega y que el rumbo no puede ser cambiado? Seguro que no, para ti la vida no es un túnel que alguien ya ha hecho. Había una canción en inglés que lo explicaba bien: el cantante gritaba y luego la orquesta le contestaba. Mi mamá ponía el disco cuando mi papá se iba. Odiaba a los músicos gringos, sin importar su raza o talento. Los odiaba porque lo habían sacado de su tierra. No podía ver más allá de ese rencor. Odiamos a los que nos arrebatan.

Espero que estés disfrutando la soledad del metro en domingo, Felipe.

—¿Dónde estamos? Estoy cansado, Mónica —caen tus lágrimas en el suelo marmolado, esperando a que el calor las evapore, o que alguien las pise y las embarre o se las lleve en las suelas —Mónica... ¿estás aquí?

Ojalá supieras lo gracioso que es ver a un inválido conteniéndose. Susurrar su rabia y hacer movimientos chiquitos intentando pasar desapercibido. Esconder sus carencias. Supongo que era lo que escondías detrás de todo ese conocimiento. Ahora eres más como yo. Moviendo el cuerpo

poquito para que nadie vea el tamaño de las heridas, lo torpe que puede ser un ciego. Tan acostumbrada estoy a esconder las llagas, que tengo que poner en sueños lo que no me atrevo a tener enfrente.

Cuando llegamos a la poza, había un ser humano allí, igual de grande que el rinoceronte. Era el tío Edgar. El rinoceronte en el que viajaba se abalanzó directo sobre él, pero en vez de embestirlo o quitarlo del camino para beber el agua limpia, aterrizó en sus brazos y comenzó a lamerlo. Palabras cavernosas inundaron todo el espacio onírico. De cuando en cuando, comprendía la letanía. Sentía los graves en el pecho y los agudos en la cabeza.

El rinoceronte bajaba de los brazos del tío y éste se bajaba los pantalones. En vez de un pene enorme, había un vagón del metro. Naranja y brillante, yo lo lamía. Las palabras de Edgar eran más claras a cada movimiento del animal. Eran tan claras como oscuro se estaba volviendo el cielo del bosque. Cristalinas rebotaron en mi cabeza, pero no como las palabras que dice un producto de nuestra imaginación, que son como una fuente recién nacida, no; eran como las olas que chocan contra un empedrado y regresan más violentas a intentar derribarlo, eran las palabras de un recuerdo.

—Aquí estoy, Felipe. Anoche estaba pensando que no te dije algo muy importante cuando empezamos a salir. Yo tenía un tío que adoraba. Era la clase de amor que uno siente por la familia que una no ve muy seguido, intenso y raro. Una combinación de afecto ciego apoyado por los lazarillos del parentesco y del gusto físico. Ya sabes que los niños están discapacitados de perversión.

—Así no se usa la palabra discapacitar, está mal dicho.

—Cállate y escucha, bueno, espera porque acaba de llegar un ferrocarril.

—No es un ferrocarril, en todo caso puedes decir que es un...

Me abduce el sonido del metro entrando a la estación y la música tétrica con la que remata su viaje, como anticipando el último. Si hay alguna melodía en el infierno, seguro es esa. Triste y apagada, parece que va a repetirse, parece que va a cambiar de tono. Pero termina. Es desconcertante porque parece no tener un propósito. Sólo suena. A Felipe tampoco le gusta.

—¿Qué dijiste que significaba esa canción?

—No sé. Además, ¿no que no querías escucharme?

—Cierto. Te decía que todo este tiempo no había sido capaz de decirte que Edgar, mi tío, abusó de ese cariño que le profesaba para obligarme a chuparle el pene cuando nos dejaban solos.

Cuando las cosas feas son dichas así, pierden fuerza. La gente parece acostumbrada a las formas sufridas y pausadas. Como si las cosas importantes de la vida fueran grabadas en algún lugar, así las decimos todos. Con ese tonito lento y solemne que nos garantiza el entendimiento del escucha. Pero en el fondo sólo serán chismes, quizá mejor contados que vividos. Dudo que Felipe le cuente esto a alguien, sólo asiente. Los párpados fofos que mal cubren sus cuencas se retraen un poco; ya no puede contraer el rostro, sabe que si aprieta de más se le pueden abrir las heridas internas. ¿Recuerdas cuando intentaste meterte un muñón en la cuenca para sacarte varias pestañas que te estaban dando comezón?

Así será nuestra vida ahora, Felipe. Una contención constante. Las cosas que nos diremos morirán con nosotros. Sin ningún gesto, sin ningún juicio. Sólo el silencio después del bramido.

—Por favor, permita el libre cierre de puertas. Gracias.